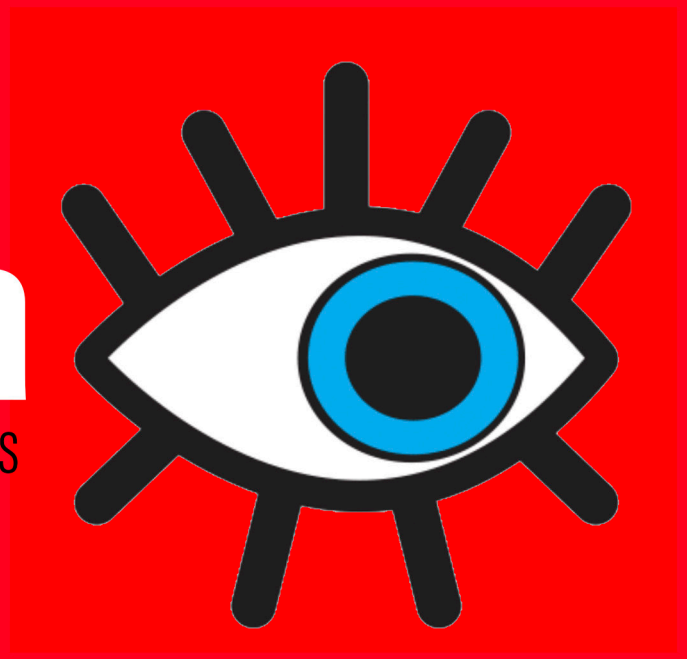
El ojo de Diotima

Ensayo / entrevistas / ficción / poesía / reseñas



El Ojo de Diotima es una producción de Ediciones Diotima. Los suscriptores están invitados a colaborar con ensayos, ficción, reseñas y poesía. Los textos son sometidos a un comité de lectura que selecciona el material a publicar. La revista se entrega a los suscriptores sin cargo por e-mail. Para suscribirse, pueden presionar el siguiente enlace. Este es el número uno. El próximo saldrá a mediados de mayo de 2023.

Ensayos

Literatura y envidia / Mariano Quirós
Leer levantando la cabeza de María Claudia Otsubo / Roberto Ferro
Giles Deleuze y Kafka: lo menor, lo fluido, el devenir / Graciela Scarlatto
Todo lo que puede un cuerpo: Notas sobre Pedagogía y experimentación escénica / Florencia Cima
Una odisea hacia el caos: La travesía, de Luisa Valenzuela / Gwendolyn Díaz-Ridgeway

Ficción

Silenciar historia / Gonzalo Unamuno
Little lizard / Graciela Scarlatto
Espedal / Mariano Ducros
Guerra / Omar Asán
Ayer es ayer y también hoy / Susana Szwarc
Erika / Gustavo Carrasco
Despiertos de noche / Julieta Villamil
La máquina del diablo / José Mazzaro
No seas tan dura conmigo / Matías Perini
El aprendizaje / María A. Rubin
Museo / Mariel Pardo
El ala de la mariposa / Marina Gómez Alaís
La pollera plato / Mónica Berjman
Gloria estuvo aquí / Nora Riccardi
Adiós a Guayasamín / Rafael Robles

Poesía

Poemas de Claudia Ferradas / Claudia Ferradas
¿El huevo o el poema? / Rubén Valle
Poemas de Roberto Domínguez / Roberto Domínguez

Entrevistas

Sebastián Grimberg: entrevista / Ediciones Diotima
Elandamio, una gran editorial desde el Cuyo del mundo / Alejandro Frías

Reseñas

El aroma de la comida de la infancia, la rispidez del clima, la voluntad de escapar lo más lejos posible / Gonzalo Ciaño

El ojo en la lupa: opinión

El fin de la generación X o la inútil resistencia de todos los días / Federico Vilar

El ojo de Diotima

Ensayo / entrevistas / ficción / poesía / reseñas

En este número, un ensayo de Mariano Quirós y una entrevista a Sebastián Grimberg, ambos escritores miembros del Comité de Lectura de Ediciones Diotima.

Un ensayo de Roberto Ferro, ganador del premio Konex por Ensayo literario.

Agradecemos a todos los participantes por sus excelentes contribuciones y la generosidad de compartir su destacada obra con nuestros lectores.

Ensayos

Literatura y envidia / Mariano Quirós
Leer levantando la cabeza de María Claudia Otsubo / Roberto Ferro
Giles Deleuze y Kafka: lo menor, lo fluido, el devenir / Graciela Scarlatto
Todo lo que puede un cuerpo: Notas sobre Pedagogía y experimentación escénica / Florencia Cima
Una odisea hacia el caos: La travesía, de Luisa Valenzuela / Gwendolyn Díaz-Ridgeway

Literatura y envidia

/ Mariano Quirós
Del libro *Ahora escriba usted*

En 1998 leí *La velocidad de las cosas*, una, por así decirlo, deforme y estruendosa novela de Rodrigo Fresán. Ya en su primer capítulo —"Apuntes para una teoría del lector"— Fresán —o la voz narradora que Fresán asume en ese capítulo— establece dos preciosas categorías de lectores: "Están aquellos —dice Fresán, o su voz— que al final de un cuento suspiran *¿Por qué no se me habrá ocurrido a mí?*, y están los que optan por sonreír *¡Qué suerte que se le ocurrió a alguien!*".

Aún hoy, tantos años después, recuerdo y reconstruyo el efecto que me produjo semejante ingenio: "Por qué no se me habrá ocurrido a mí", fue lo que pensé, fue lo que sentí.

Fresán, y junto con él Juan Forn, fueron algo así como "los Cortázar de mi juventud" —asumiendo a Cortázar como esa especie de símbolo, de bandera literaria que enarbolaron las juventudes lectoras, y no tan lectoras, de los últimos 60', casi todos los 70', y de buena parte de los 80'. Una bandera que casi degluta al pobre Cortázar. Con feliz irresponsabilidad, yo dejé —y lo haría otras mil veces— que gente como Fresán y Forn me volara el cráneo, que me alterara la vida.

El consumo cultural que ambos proponían, el torrente de nombres propios en cada cuento, en cada párrafo, el ritmo vertiginoso, la sensación tan adolescente de que alguien habla —y escribe— en mi mismo idioma.

La velocidad de las cosas, para seguir con el libro de Fresán, venía precedida de epígrafes como estos: "La clase de historias que la gente convierte en vidas, la clase de vidas que la gente convierte en historias" (Philip Roth); "O nuestras vidas se convierten en historias, o no habrá manera de darles algún sentido" (Douglas Coupland); "La propia vida no existe por sí misma, pues si no se cuenta, esa vida es apenas algo que transcurre, pero nada más" (Enrique Vila Matas); "Las historias sólo le suceden a aquellas personas que pueden contarlas" (Michael Cunningham); "Nos convertimos en las historias que contamos de nosotros mismos" (Paul Auster); "Sólo la parte inventada de nuestra historia —la parte irreal— ha tenido alguna estructura, alguna belleza" (carta de Gerald Murphy a Scott Fitzgerald).

Frases sueltas, como eslóganes, como pancartas. Yo asumí aquellos eslóganes con el mismo sentimiento reseñado por Fresán: "Por qué no se me ocurrieron a mí". Arribé a la literatura desde la envidia, desde el venenoso deseo de ser uno de aquellos autores, de ser alguien capaz de escribir una cosa así: "Es curioso, vivimos la vida en primera persona del singular pero llegado el final, se nos aparece la opción de un cambio en la composición del relato. Esta nueva velocidad de las cosas es la que nos permite entonces vernos desde afuera, mirarnos mirar, sentirnos sentir, muriendo morir".

Hace unos pocos meses, la envidia me asaltó con fuerza hacia el final de un cuento de Alejandro Zambra, escritor chileno más o menos de mi edad pero mucho más lúcido, brillante y delicado que yo: el cuento se llama "Yo fumaba muy bien". Se supone que la literatura de Alejandro Zambra calza a pie juntillas en lo que algunos llaman autoficción, una especie de abordaje ficcional del pasado —incluso del presente— personal o colectivo que asume y altera procedimientos propios de la biografía. Pavadas, o sea. El asunto es que, en su cuento, Zambra recurre a una canción de Roque Narvaja: "Menta y limón", quizá la canción más mentada —ya que de menta hablamos— del gran Roque. Como tantos de mi generación, yo también crecí con esa canción en los oídos. Era de las preferidas de mi madre.

No hace mucho le regalé a mamá un enorme par de auriculares. Nada me cuesta imaginar, de hecho la veo, a mamá con los auriculares puestos. Escucha y canta —mal, modificando la letra— "Menta y limón". Pero aun así su voz es tan dulce... O yo, que soy su hijo y soy muy mamengo, la siento así.

El estribillo de "Menta y limón" es hermoso: lo digo yo, pero también lo dice Zambra en su cuento, y si Zambra lo dice debe ser cierto. Así dice el estribillo: "Espero despierto la mañana / fumándome el tiempo en la cama / llenando el espacio con tu cara / canela y carbón". Dice Zambra que a él, a los seis o siete años, le impresionaba la imagen de un hombre fumándose el tiempo. Que seguro fue ahí, dice, que por primera vez asoció el paso del tiempo con el acto de fumar.

Hace menos de un año que mamá —mi mamá, no la de Zambra— dejó el cigarrillo. Fumaba mucho, mamá, mucho más de lo que asegura haber fumado el remilgado de Zambra. A mí lo que me impresionó siempre de "Menta y limón" fue mamá, que mamá fuera el hombre ese que se fuma el tiempo. Para mí, esa canción es mía y de mi madre, aunque Zambra diga que es de Roque Narvaja.

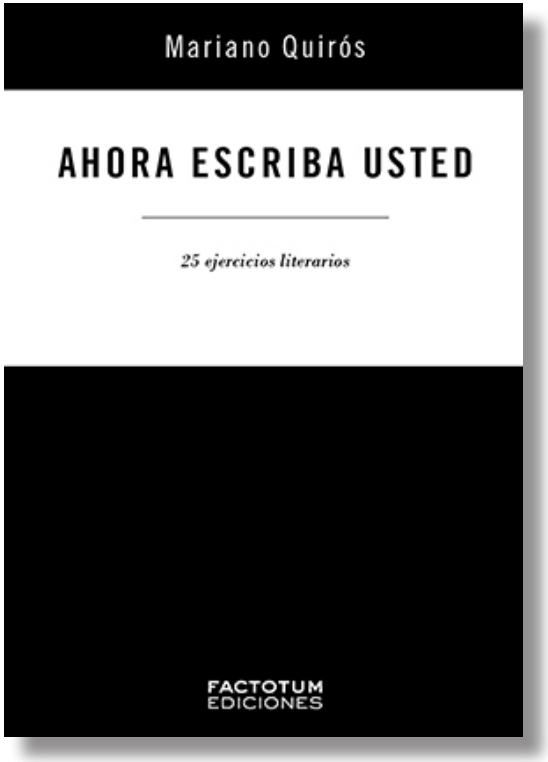
Pero no es el tiempo, y tampoco es el acto de fumar: es la literatura. La literatura, que invade cada resquicio de vida y provoca trastornos. Uno supone que es uno mismo quien se lanza, quien va en busca de la literatura. Uno se imagina invadiendo ese territorio con ímpetu arrollador, con la convicción de un poeta. Pero resulta que no. De pronto un día te descubrís leyendo el cuento de un chileno y, en el momento menos pensado, ese cuento —la literatura— te toma del cogote y te arrastra años, meses atrás, cuando la madre de uno fumaba y escuchaba "Menta y limón", igual que hace ahora con ese hermoso par de auriculares nuevos...

Pero por Dios, piensa uno, cómo es que no se me ocurrió antes a mí. Y entonces odio a Zambra. Pero el odio dura poco, entre otras cosas porque al toque me doy cuenta de que, de una manera retorcida, de una manera muy literaria, Zambra soy yo. Y yo soy también Roque Narvaja. Entonces "Menta y limón", y el mismísimo cuento de Zambra, "Yo fumaba muy bien", es evidente que son obras mías. En última instancia, hace tiempo sabemos que la literatura se sostiene en dos nobles gestos: el robo y la mentira. "Por las calles de mi vida voy mezclando la verdad y la mentira", dice otra estrofa de mi canción "Menta y limón".

Pero eso sí: mi mamá nunca va ser

la mamá de Alejandro Zambra. Y por un momento, entonces, dejo de preocuparme y pienso: Qué bueno que se le ocurrió a alguien. Qué bueno que se me ocurrió a mí.

Mariano Quirós (Resistencia, 1979). Escritor y comunicador social. Ha publicado las novelas *Robles* (Primer Premio Bienal-CFI), *Torrente* (Premio Festival Iberoamericano de Nueva Narrativa), *Río Negro* (Premio Laura Palmer no ha muerto; publicada en Francia por la editorial La dernière goutte), *Tanto correr* (Premio Francisco Casavella) y *No llores, hombre duro* (Premio Festival Azabache; Memorial Silverio Cañada, Semana Negra de Gijón). Junto a Germán Parmetler y a Pablo Black, publicó el libro de cuentos *Cuatro perras noches*, ilustrado por Luciano Acosta. Un jurado integrado por Fernanda García Lao, Félix Bruzzone y Elvio Gandolfo otorgó a *La luz mala dentro de mí* el primer premio en género cuento del Fondo Nacional de las Artes, edición 2014.



Ahora escriba usted

Contratapa

Un escritor comienza a dictar su propio taller literario, pero antes de invitar a sus estudiantes decide ponerlo a prueba consigo mismo. Mariano Quirós elige hacer un pozo para meterse dentro y así refugiarse del calor bajo la tierra fresca, con la premisa de que un buen cuento o una buena novela se parecen a ese pozo: mitigan algo sin hacer a un lado cierta incomodidad, cierta inquietud, ya que el placer no debe ser completo para ser un verdadero placer.

Podrá encontrar aquí originales y novedosas propuestas de escritura para ejercitar su práctica y deleitarse con los desarrollos que su maestro ha resuelto más a modo de inspiración que como si fuera un ejemplo. Ahora escriba usted.

La mirada y el trazo de una tenue ilusionista
Leer levantando la cabeza de María Claudia Otsubo

/ Roberto Ferro
Crítico literario

Lea estos versos como si fueran de otro, y sentirá en lo más hondo del alma cuán suyos son.

Rainer María Rilke

Imagino un lector que se aproxima a *Leer levantando la cabeza* de María Claudia Otsubo, se detiene en el diseño minimalista de la tapa, toma el libro entre sus manos y revisa el índice como quien se asoma por anticipado a un recorrido deseado. Para Otsubo, leer es viajar y cada una de los apartados de su libro: "Escritoras perdurables", "El estante del canon", "Latitudes del presente" y "Adolfo Bioy Cásares" son estaciones de múltiples derivas. Ese lector, si asume el desafío de adentrarse en las páginas se transformará en un cómplice de la incesancia del sentido de los textos literarios. La voz de Otsubo no impone una guía unívoca, sino que reverbera como un latido inestable que convoca a la salvación por la escritura. Cada uno de los artículos de este texto establece un sutil equilibrio entre la crónica, la crítica literaria y el registro minucioso de las modulaciones que entreveran sensaciones e ideas. Las crónicas de las lecturas de *Leer levantando la cabeza* alientan cualquier acercamiento que privilegie una topología del fragmento; puesto que cada uno de ellos tienen autonomía, se podrían desprender de la sucesión y ser leídos como formas breves, es decir como unidades sin vínculos que las condicionen. En este punto, mi lectura crítica se enfrenta a otra suspensión: la textualidad se hace en el encuentro, la diferencia, la contaminación, el deslinde, de formas genéricas más o menos establecidas y reconocibles, pero tensadas en un entramado que las trastorna. La configuración inestable con que se presenta la urdimbre narrativa a la mirada lectora disloca las taxonomías tradicionales de normalización genérica.

Hay marcas propias del diario íntimo como la minuciosa constatación de hechos cotidianos, la localización precisa del momento de la escritura, la intensificación de la subjetividad de la voz narrativa que se limita a un ámbito interior.

La escritura del diario se despliega encubierta, secuestrada a la mirada del otro; un diario exhibe desaforadamente un estadio narcisista fundado en la mostración de su propia producción; refleja desnudando, enmascarando en la letra una constante relación de los linajes, las genealogías literarias. La mano que escribe y el ojo que lee se confunden en un acontecimiento sincrónico, exponiendo la escenografía de una figuración íntima. En *Leer levantando la cabeza* las zonas de la escritura que participan de los rasgos del diario se desplazan para mostrarse, es decir para incluir una otredad que lo lea, esa otredad no es un simple observador sino un copartícipe, involucrado en todas las modulaciones del secreto de una subje-

tividad dispersa; esa otredad es, en primer término, la de una lectora, que no puede afiliarse simplemente a la que ha escrito y se detiene para leer, sino una otra que puede ser considerada como una intérprete que ha sido alcanzada por la perturbación de un envío que ha cambiado de destinatario:

> Leo la novela de una sentada. Como ocurre cuando me embarco en esta clase de lectura, al atravesar el punto final, la mirada, en el regreso a la realidad, al universo que me rodea, está cargada de extrañeza.
>
> Por empezar, al levantar la vista enfrento la inmensidad del mar (y evoco nuevamente a Barthes, creo que lo evocaré demasiadas veces y espero no agotarlo en mi insistencia). El mar es un horizonte que no deja de asombrarme. (1)

También son frecuentes los procedimientos propios de las memorias, género en el que se impone la exigencia de una exposición más amplia de la realidad y la de los otros partícipes, más allá de que se haga en función de voz narrativa asume el relato como un escrutinio de su pasado:

> Vagos recuerdos de haberla leído cuando era chica. *Los Galgos* y *El país del humo*, ambos de mi madre, forman parte hoy de mi biblioteca. Libros que llegaron junto a otros heredados y atesorados, como la obra –nunca investigué si completa– de Graham Greene, que ocupaba el estante central de la biblioteca blanca de la casa donde crecí.

La forma genérica del ensayo se desmina por todo el texto de Otsubo, en tanto que una escritura que se desarrolla sin responder a una estructuración establecida, que se presenta como una exposición argumentativa que no excluye las digresiones y no presupone una pretensión de exhaustividad:

> La recurrencia a ciertos temas que, como la punta de un iceberg, asoman en la narrativa poética del escritor, de la escritora es, a veces, involuntaria, incluso para el propio autor. Como el trazo del pincel sobre la tela, la mano se dirige, misteriosamente, hacia un algo, procurando retener con palabras la imagen, el sentimiento, la emoción, la idea.
>
> Más adelante, por la lectura de los otros o por el propio camino de madurez sobre el continuo desplegarse de la letra, se van advirtiendo esas marcas, las recurrencias (prefiero más esta palabra que obsesiones) con las que el escritor ha ido construyendo su narrativa.

El detalle minucioso de los rasgos genéricos que se marcan y demarcan en *Leer levantando la cabeza* no es el objetivo de estas líneas, pero sí se impone la exigencia de un señalamiento preciso de su importancia constructiva. Hay capítulos que participan del microrrelato ficcional, de las memorias, del ensayo, del cuaderno de bitácora de la escritora –la enumeración no pretende ser exhaustiva- entregándose a la mirada lectora en perpetua mutación. La escritura de Otsubo perturba la pertinencia de las demarcaciones genéricas porque la textualidad que va urdiendo debilita la nitidez de su funcionamiento. No es que se produzcan corrimientos de límites, las constantes recurrencias hacen ostensible que la impronta prescriptiva de los géneros ha quedado suspendida en su valor de legalización del sentido textual. En cada itinerario de lectura se producen posibles simultáneos y sucesivos sin que esa paradoja cancele alternativas, sino que más bien las potencia. La liquidación de los modelos y de las prescripciones genéricas aparece como una condición de posibilidad de emergencia del texto.

Una cartografía posible de *Leer levantando la cabeza* se configura como una dramatización que pluraliza lo que es un yo, voz de la escritura, y a la vez un yo sujeto de la representación de la lectora, que en ese pasaje, a la manera de una cinta de

Moebius, aparece implicada como una otra de la anterior, distribuyendo roles en un escenario y, de ese modo, se disponen las diferentes instancias con que cada una se confabula con la otra.

Un motivo reaparece insistentemente en el hacerse texto de la letra escrita: se narran las variadas peripecias de las escenas de lectura; por lo tanto, no sería arriesgado referirme a la imagen de un escenario con todos sus compartimentos y adyacencias: decorado, tramoyas, proscenio, apuntadores, iluminación, telones, bambalinas, para intentar caracterizar esa puesta en movimiento del proceso narrativo; un escenario en el que se representa un yo que escribe las lecturas, se multiplica y convierte en actriz-narradora, que es la misma y la otra, exigiendo simultáneamente un yo espectadora-lectora comprometida y representada.

Llueve en Imbassaí. Por momentos a la lluvia se le suman el viento arremetiendo contra los ventanales y el quejido del mar. Ese mar que avanza sobre la playa con olas remotas y abundantes, desplegándose desde el horizonte. Un horizonte que, incluso, se disuelve en la bruma fantasmal confundiéndose con el cielo gris.

"Mientras escribo, Thaís está sentada a mi lado dibujando".

Así hubiera podido comenzar esta crónica, que en realidad es un imposible. Junto a Thaís no puedo hacer otra cosa que jugar, saltar, estar en movimiento. Junto a ella no podría estar escribiendo, menos aun con el universo abierto de la computadora frente a sus ojos.

Así que voy pensando en mi escritura mientras la espío.

Un relato de la memoria como cifra del pasado que se construye y descifra en la escena presente de una lectura comprendida en el teatro de la escritura dramatizada en el texto como un más acá del futuro.

Ficción de escena compartimentada, que una vez que va configurando el espacio que el texto da a leer como viaje interior inscripto en la letra, forja la dramatización de la lectura y la re-lectura como otro pliegue de la textualización, transformando y deslizando el estatuto de la escritura en todos los niveles.

Otsubo una y otra vez regresa al momento primordial y agónico de comienzo de la escritura. Reescribe la escena del origen, reescribe el aparecer en la letra de una otra, lo que supone la mostración del valor distintivo de ese proceso: un texto que se constituye jugando a establecer y borrar las diferencias entre la posición de enunciación y los enunciados producidos y a través de una práctica de construcción/desconstrucción, entrelaza, teje, trama, las dos dimensiones para hacerlas proliferar. Se trata de una articulación coral apoyada en una sola relatora que maneja la instancia codificadora y decodificadora conjuntamente, depositando y propagando su vacilación retórica en una fingida sucesión lineal, que se irradia en puntos de fuga.

Así como las palabras que se eligen desechando otras, que no por eso dejaran de existir o tener valor.

Así también como los caminos que se toman, que no hacen desaparecer los otros.

Así en este relato, elijo desde dónde mirar, para situarme entonces en ese movimiento de la Virgen y en su deseo.

Observo al hombre, un negro desnudo que no puede negarse a sus pedidos, convirtiéndose tan solo en un instrumento. Como sus manos sirvieron para matar al "bruto blanco" (que asesinó a su Hijo, dice la Virgen), ahora ellas se entregan para satisfacer a la mujer.

El motivo de la ventana en conjunción con el efecto metafórico del umbral funciona como una puesta en abismo de *Leer levantando la cabeza*, en particular por la heterogeneidad genérica, la reaparición de motivos, la tensión con la alteridad y el

ritmo de la espacialización con que se escanden las secuencias. La narración se va extendiendo como una suma explícita de restos tramados, en la que la tensión estructural entre el enunciado y lo anunciado, es decir, entre lo que la escritura asume como proceso en curso, por una parte, y la enunciación representada, por otra. El relato se constituye como una textualidad anterior, injertada en un escenario en el que se está representando la emergencia y escisión de un sujeto que escribe sus lecturas para ser otra, para inventarse o ser inventada.

Pienso que las fotografías son nuestras "ventanas" al pasado y al recupero de la memoria.

La renovada lectura me permitía superar el primer sentimiento de melancolía –provocado por el contraste entre esos tiempos "de esplendor cultural" y nuestro desangelado presente– para fijar la mirada en ella, la única mujer, vestida de sirena, reina y dueña total de la situación.

En *Leer levantando la cabeza* aparecen intersticios, sutiles fisuras en un decorado inexistente que separa el escenario de los lectores; se presenta como una puesta en abismo de la escena narrativa, una escritura que, en tanto participa de la generación de su trazado, propone una poética de su propio origen. La lectora que escribe y el texto que va produciendo, por lo tanto, no alcanzan nunca un grado de estabilidad. Su especificidad es especulativa, es decir: no se deja atrapar en ninguna asignación de identidad, todo intento de fijación se desconstruye por la propia dinámica textual.

En *Leer levantando la cabeza* las fechas no conforman una serie lineal y sucesiva, no se instalan en una trayectoria, al estar dichas todas en enunciados presentes, son figuradas en una planicie, quedan emparentadas con un movimiento de desmontaje de la ley del género, perturban su legalidad porque reniegan de su función indicial de una referencia anterior y, diría por comodidad aunque erróneamente, externa. Se deslindan de los protocolos de lectura de los géneros autobiográficos.

Pero ese deslinde de las fechas que opera la escritura de Otsubo, esa retirada de la función referencial enviada hacia afuera no borra sino que amplifica la datación textual. Leo la fecha como una incisión que el texto presenta (la elección de la inflexión verbal es sintáctica y semánticamente deliberada) en el cuerpo de la escritura como si fuera una herida abierta hacia el pasado o hacia la consistencia de la rememoración. *Leer levantando la cabeza* hace presentes sus marcas en el cuerpo de la escritura, muestra sus heridas en sus fechas.

La práctica cervantina amplificada por Borges de hacer ficción de la lectura (una materia prima con apariencia de producto terminado), tiene en María Claudia Otsubo una continuadora de esa tradición. Con un enfoque diferente al de Cervantes, quien prefirió no enredarse en al submundo sedentario de las lecturas críticas, y tomando cierta distancia de Borges, aceptó el desafío de ficcionalizar a los escritores en el marco de viajes de ficción por las rutas imaginarias de una lectora.

Otsubo le da a sus lecturas el máximo espacio de proliferación para que de cada una parta, como un barco hacia altamar, una idea de relatos en formación, transitoria y fugitiva. En sus crónicas de sí misma, la lectura es la literatura, y su forma es la de las intuiciones escritas, asediadas por la me-

moria personal y una licencia para imaginar combinaciones que tanto digitan la razón como el delirio. No hay viaje más profundo ni aventura más incierta que la del acto de leer, la gran aventura de la inquietud sedentaria.

Otsubo desata sus relatos rozando asuntos de una manera sensual tanto para argumentar como para dejar caer rastros, de un modo cotidiano surgen el dato inesperado, la asociación nueva y la iluminación de asuntos personales

Nombrar a Cixius, Bejamin o Jitrik, por ejemplo, es un riesgo que asume sin temblor. Pero María Claudia, como avanzando a ciegas por una carretera atiborrada de tránsitos, se fija en las zonas marginales de la obra que está leyendo y la remite a su memoria personal.

El arte de Otsubo consiste en negarse a entrar a las lecturas por las puertas abiertas por múltiples guías, ni el de recorrer las grandes superficies gastadas por maratones de hermeneutas que se codean para llegar primero a la misma meta. Prefiere, como Henri Bergson, que la lectura sea una "experiencia de adivinación" a cambio de que esa adivinación sea la de una realidad arcana a la que la lectura está todavía por llegar.

Otsubo lleva a cabo una labor propia de un detective turbado por la exigencia de desentrañar los recovecos de la sensibilidad a la que llegan las palabras que recorren sus ojos. Hay también instancias en que la lectora lee para salvarse, que busca y encuentra en un texto el sentido de sus búsquedas, temples de ánimo o agobios. La lectura es así una fuente en la que quiere encontrar sentido a su vida, es decir, hallar en la lectura una razón para la construcción de sus proyectos vitales. Esta cronista es sin embargo una lectora que bien se podría llamar "de elite", alusión que incomodaría a Otsubo. En efecto, ese tipo de lectora es, básicamente, en mi opinión, la que tiene en la escritura creativa su oficio por excelencia. Asimismo el ojo afinado, que con un inusual estrabismo escribe lo que va leyendo, exponiendo la forma cómo está urdida la trama de las crónicas que se despliega con su propia escritura. Como creadora, en esencia, por eso, no tiene, ni aceptaría tenerlo, un patrón modélico para su talento de bordadora. Otsubo es, en todo caso, una especie de ilusionista que al atraer la atención sobre la figura de esa lectora la alude sin cesar, la que dispone de una vasta sensualidad imaginaria para recorrer los transitados senderos del mundo literario y descubrir nuevos itinerarios para su escritura. La nombro como ilusionista porque lo que surge en la superficie de la letra deja asomar una modalidad de la escritura que finge esconder lo que exhibe desembozadamente.

Es decir, la conjetura que articula esta aproximación es que en las crónicas de mí misma a diferencia de las formas discursivas del espacio autobiográfico, hay una potenciación de los mecanismos del recuerdo en detrimento del carácter sistemático y organizativo de la memoria; y que es esto justamente lo que permite la entrada de la ficcionalización en el relato de la propia vida.

La voz narrativa, la cronista, levanta las censuras que presenta la memoria y pone en funcionamiento una trayectoria íntima que desborda la subjetividad. A partir de esa estrategia, crea una lengua propia y un registro genérico para

contar escenas de una vida centrada en la lectura. Las crónicas sacuden la noción misma de la identidad personal que funda la escritura del yo cuando pone en evidencia su carácter inasible.

Las crónicas se extienden como un entretejido de deslindes genéricos y en una primera lectura pueden aparecer como la invención literaria de una existencia, la invención de un yo, es decir, hacer del yo un elemento literario, un sujeto imaginario. Sin embargo, entiendo que en el proceso de la escritura de Otsubo se trata justamente de lo inverso: su existencia se hace ficción porque se expone a lo desconocido. Esa existencia no se convierte en imaginaria, sino que se trata de una exposición ficticia sobre el carácter real de su existencia. Narración de un pase de ilusionista tan sutil y sensual que convierte al lector en cómplice de su tenue seducción.

Las crónicas de sí misma que van deshilando los viajes de lectura de María Claudia Otsubo encuentran en el borde de la página un muelle en el que recostarse; se dejan mecer levemente sobre el blanco, el ojo del lector los acaricia antes que la mirada los lea, el cuerpo de la letra es una incisión en la piel blanca de la hoja que se pliega y se despliega tendiendo a una perspectiva cribada por puntos de fuga. La voz se apaga, cuando la mano se desliza y deja la línea lanzada en el cuerpo de la letra que insiste en decirse siempre otra cada vez.

Los fragmentos en su ilación rapsódica desorganizan la insistencia de la imitación de lo mismo, el lector, que muta en voyeur, ya no puede elegir su lugar en ese muelle, ese tan apacible refugio que ha ocupado hasta hace apenas un instante; ya instalado en cada recorrido asiste al pase de prestidigitación por el que han desaparecido los cómodos guías, los críticos/acomodadores se han esfumado, mientras el texto se niega a hacerse solo. El muelle en todo caso no se deja constituir solo en el afuera, se sitúa en un lugar en que se podría tener que re-escribir con el ojo que espía y la mirada que lee lo que desde siempre le ha aparecido dado, es decir pasado, donde apenas habría que reconocer lo ya escrito. El lector teniendo que componer la escena, se pone en escena y suelta amarras. La letra marca el ojo y a partir de entonces se inscribe en su cuerpo, que es repuesto en escena por el vaivén de las mareas que mueven las palabras.

En la imposibilidad de tener que revisar lo leído para hacerlo pertenecer a alguna tipología anterior a la palabra leída y recién entonces reconocerla como eco, el lector debe penetrar en el texto, abriendo aquí, situando la estatura de su vuelo imaginativo, mostrando la composición de su postura, las resonancias son superficies vueltas al revés, el lector escribe, la mirada distante e inminente afronta el sentido.

De ese modo, en esas entretelas, trascurren las crónicas de sí misma de *Leer levantando la cabeza* en una constelación que exhibe aquello que puede hacerse con los textos y, al mismo tiempo, trama la red inasible e incalculable que se tiende entre la mirada lectora y el trazo perenne de la escritura. Ansiada confabulación que excede la propuesta, la desborda en las páginas de un libro que deja intuir largos recorridos en un tiempo enriquecido por la sensualidad, el pensamiento y el deseo de entrega por ese

territorio de infinitudes tan arcanas como intensas que solemos llamar literatura. El arte de María Claudia Otsubo consiste en trasladar al lector de sus crónicas de lecturas a un punto fronterizo en el que el pensar y el imaginar figuran la disolución de su diferencia, haciéndolo partícipe de sus pases lúdicos de tenue ilusionista.

Buenos Aires, Coghlan,
julio de 2022

(1) Todas las citas remiten a María Claudia Otsubo, *Leer levantando la cabeza*, Buenos Aires, UUIRTO ediciones, 2022.

Roberto Ferro

Escritor y crítico literario. Doctor en Letras por la Universidad de Buenos Aires, profesor e investigador de la Facultad de Filosofía y Letras. Ha dictado cursos de posgrado en Uruguay, Brasil, Venezuela, México, Colombia, Francia, España e Italia. Participa del Consejo Editorial de numerosas revistas académicas y literarias. Entre sus libros publicados están *Lectura (h)errada con Jacques Derrida -Escritura y desconstrucción* (1995), ***La ficción. Un caso de sonambulismo teórico*** (1998), *El lector apócrifo* (1998), *Sostiene Tabucchi* (1999), *Onetti/La fundación imaginada* (2003), *De la literatura y los restos (2009), Derrida- El largo trazo del último adiós* (2009), *Fusilados al amanecer* (2010), T*extos y mundos* (2015), *Cortázar – Un nómada de otras orillas* (2018) y *El aparejo de un crítico* (2021). Ha dirigido el volumen dedicado a Macedonio Fernández en *La Historia Crítica de la Literatura Argentina* (2007), y la edición crítica de *Operación Masacre* seguido de *La campaña periodística* (2009). También ha publicado las novelas *El otro Joyce* (2011), *Los borradores de Macedonio (Una casi novela sin final)* (2016), *Fuera de Foco* (2018), *Desde aquella ventana* (2019), *Y tendrá tus ojos* (2019), *El pozo de Funes,* (2020) y T*odo viene del pasado*, (2020). Algunos de sus libros han sido traducidos al inglés, al portugués y al italiano. En 2016 fue distinguido con el Premio Konex a "Ensayo literario" por el período 2004-2013.

LEER LEVANTANDO LA CABEZA

María Claudia Otsubo

Crónicas de lectura experimentadas como un viaje por rutas literarias en tiempos de pandemia (2020-2021). Leer-escribir-leer como un continuo incesante

Giles Deleuze y Kafka: lo menor, lo fluido, el devenir

/ Graciela Scarlatto

Abordar un pensamiento como el de Deleuze, en un ensayo que busque la claridad y la lógica, me pone en un grave problema, hasta diría que en una imposibilidad, precisamente porque, para este autor, tales categorías son sospechosas –promueven la generalización, el prejuicio y la interpretación palmaria de los significados–.

Les propongo comenzar, entonces, resumiendo aquello que Deleuze no es. No es estructuralista.

El estructuralismo, desde una aproximación muy general, piensa la relación del sujeto con la experiencia como "determinada" por el significante, por la estructura simbólica. Se trata de un discurso regulado por un código que le pone límites a la persona acerca de aquello que puede "ser dicho y pensado". Los seres humanos no decimos lo que queremos, sino que, al contrario, queremos lo que decimos. En otras palabras, el mundo no está poblado de significados presentes, sino representados; está poblado de sentido por la interposición del significante. Las "diferencias" que introduce el lenguaje en ese todo amorfo que es el mundo son las que organizan, dividen, imponen un orden en el caos –pensamos en Saussure–. Ellas "representan" aquello que puede ser dicho y también pensado. Estas diferencias introducidas por el lenguaje son la condición de posibilidad para que el mundo sea inteligible. Por consiguiente, hay una jerarquía; y si el mundo es un caos, la Literatura es orden –Deleuze llama críticamente a esta literatura "mayor", jerárquica, solidaria con un origen, con la tradición–. Hasta aquí el estructuralismo.

Para entrar ahora de lleno en el pensamiento de Deleuze, que tiene múltiples entradas y conexiones, elijo una palabra clave: "devenir". El mundo no es una totalidad indiferenciada que el lenguaje viene a hacer inteligible al imponer un código, un orden de representaciones mediante la interposición de diferencias. La diferencia no es un mero representar, por el contrario es un ser del orden de lo real; es afirmación, es devenir, proceso y deseo. No es una cosa y no se puede encerrar dentro del lenguaje y de lo humano. La vida es en sí misma diferencia.

No hay cosas que yo pueda fijar y describir. Hay velocidades, relaciones de fuerza en perpetuo proceso. Es decir, el mundo es mucho más rico que sus representaciones: en la medida en que la literatura es "menor" –y aquí el autor utiliza el término con sentido positivo– es también colectiva y revolucionaria: es política. "Literatura y vida hacen rizoma y máquina de guerra". Dice Deleuze: "El Arte y la Vida no se oponen más que desde el punto de vista de la literatura mayor." En consecuencia, nociones tradicionales como autor, representación e interpretación caen ante este planteo por la "afirmación" de un devenir. La diferencia no se genera por oposición. No es negativa, sino todo lo contrario. Es creativa, "productiva".

Con relación a Kafka, Deleuze dice que, al hacer una literatura de tipo menor, renuncia a entidades como el narrador, el personaje. La "K" de sus escritos es un "agenciamiento maquínico", un concepto que desarrollará en sus escritos y que en pocas palabras significa: no hay sujeto de enunciación, como causa; ni sujeto del enunciado como efecto. La "K" renuncia al fundamento del narrador y a una literatura de autor o de maestro. "Pasamos –dice Deleuze– del animal a la jauría". Hay una multiplicidad colectiva. No hay sujetos, solo dispositivos colectivos de enunciación. Agenciamientos. El libro lo es, también el autor. Dispositivos. En una literatura menor, todo es político: es decir, colectivo. Si el individuo destaca en la literatura mayor con lo social como trasfondo, en la literatura menor estamos ante una articulación de lo individual en lo inmediato político. "Escribir es devenir otra cosa que escritor". Y es también una desterritorialización de la literatura mayor. Es decir, una línea de fuga que escapa de la representación, de la jerarquía, de la univocidad, de la tradición.

Unas pocas palabras con respecto a la representación: para Deleuze no hay un sujeto que mediante el lenguaje acceda a la representación de las cosas. Hay velocidades, intensidades que recorren la lengua. "Gritos", "murmullos" en la literatura menor, que deben encontrar su desierto, dice Deleuze, su Tercer Mundo para ser revolucionarios, su línea de fuga. Así, el lenguaje de la literatura mayor está en proceso de desterritorialización y reterritorialización permanente. Entra y sale de sí. Deviene. No hay un sentido como lugar o posición que sea posible representar *per se*. Y no hay cosas que lleguen a ser. El ser humano deviene animal pero no como una cosa que llega a ser otra. Estamos siempre en el terreno del *entre*. Hay un uso puramente intensivo de la lengua opuesto a cualquier uso simbólico.

Este planteo rompe con el esquema estructuralista de la representación y del lenguaje como límite de la experiencia.

Para Deleuze, el devenir es productivo porque está constituido por deseo y poder. El devenir es creativo. Corroe el orden jerárquico de la literatura mayor y de la lengua. Si la representación cae ante esta "operación" del discurso, también lo hace la "interpretación". No estamos ante un "orden" en el que se proceda por distinción y complementariedad. El lenguaje como código no puede existir sin un sujeto de enunciación (con respecto al sentido) y un sujeto del enunciado (en

relación con la cosa designada). Dice Deleuze que, entonces, "habrá que abandonar el sentido". Retener de él solo el esqueleto. Neutralizarlo. No hay designación en sentido propio ni asignación de metáforas en sentido figurado. Solo la cosa como secuencia de estados intensivos. No hay nada que interpretar en sentido tradicional. Solo hay una distribución de estados en las cosas según intensidades recorridas por sonidos de palabras desterritorializadas, que siguen su línea de fuga. Hay máquina de guerra, múltiples entradas, rizoma. Agenciamientos maquínicos que extraen del lenguaje tonalidades que pululan sin significación. Se trata de un uso "intensivo, asignificante" de la lengua. Hay tensores intensivos, dirá Deleuze, un circuito de estados que forman un devenir

mutuo en el interior de un agenciamiento necesariamente múltiple, colectivo. No podemos fijar la forma. El concepto de "producción" se opone al de "estructura" en el sentido de que el texto "es" operación, proceso de transformación, producción de lo real. Y con esto quiero decir que no hay nada como una "esencia" susceptible de ser interpretada, dilucidada mediante la asignación de un significado –que siempre es Uno, fijo, cerrado–. Aquí hacen falta los ejemplos. Si vemos la realidad como una serie de intensidades en devenir, lucha y movimiento, no es tan sencillo establecer una esencia unívoca para una cosa. Si digo "economía", esa palabra está atravesada por líneas de fuga, por una máquina de agenciamientos que tirotean de ella y logran que escape a la representación –desterritorialización– hasta caer luego en un nuevo anquilosamiento, en una estabilidad ficticia de unicidad –territorialización–. Toda palabra es un combate. No hay que preguntar qué quiere decir un texto, qué "significa", sino al contrario, qué es lo que un texto "puede" como agenciamiento, como máquina de guerra, como poder de desterritorialización y línea de fuga. Eso es una literatura *menor*, como la de Kafka, en el sentido de agenciamiento, lucha contra la representación y el significante, pura fuga del territorio jerárquico y de la tradición. No supremacía del significante: movimiento, devenir. No interpretación: líneas de fuga, agenciamiento, operación. Lo colectivo, y no lo individual. En suma, política.

Graciela Scarlatto nació en Mendoza, Argentina. Vive en Buenos Aires desde el 2000. Estudió Filosofía y cursa ahora algunas materias de Letras en la UBA. Es poeta, narradora, editora en Ediciones Diotima y traductora. Actualmente se desempeña como directora de comunicación del Centro PEN Argentina. Ha publicado, entre otros, el libro de poemas *Ciclo Lectivo,* (Mono Sabio, Málaga) y participó en varias antologías, entre ellas *Cine de Papel* (APIV, Valencia). Cuentos suyos han aparecido en revistas literarias como *No tan Puan*, de la carrera de Letras en la UBA, y sus traducciones se han publicado en varios medios literarios, entre ellos *La copa del árbol.* En 2021 publica, en Ediciones del Dock, Buenos Aires, el libro de poemas *Clepsidras en la lluvia*. Ediciones Simurg publica su novela *Vaselina* en Buenos Aires, en 2021.

Todo lo que puede un cuerpo:
notas sobre Pedagogía y experimentación escénica

/ Florencia Cima
Investigadora y formadora en
artes escénicas y del movimiento

Considero de vital importancia impulsar el universo singular del intérprete en el marco de la experimentación escénica. Propongo una pedagogía que indague en investigaciones que pongan de manifiesto el cuerpo como territorio poético y sus cualidades plásticas y expresivas. Siempre me interesó habilitar una búsqueda que le permitiera al alumno amplias libertades, tener márgenes de libre asociación para que la síntesis interpretativa fuera una combinación de los recursos técnico-expresivos con su imaginario poético.

Pienso que, para lograr presencias escénicas elaboradas y originales y para desprendernos a su vez de patrones conocidos de asociación, los conceptos que se le transmiten al "performer" tienen que provenir de una experiencia pedagógica interdisciplinaria. Esto permite la puesta en juego de amplios recursos para componer, que despuntan novedosos recorridos de asociación física, entendiendo el cuerpo como un entramado expresivo complejo.

Todo esto me interesa ponerlo en juego en la improvisación como método de búsqueda experimental, ya que es a través de ella que el intérprete dialoga con el aquí y ahora. Improvisar nos invita a desarrollar una actitud abierta y receptiva hacia el no saber, y la experiencia se torna vertiginosa, pero a su vez liberadora.

Jerzy Grotowski nos dice que el "performer" es el hombre de acción y que el conocimiento es un problema de hacer. Llamaba a sus "performers" "doers", es decir, los que hacen.

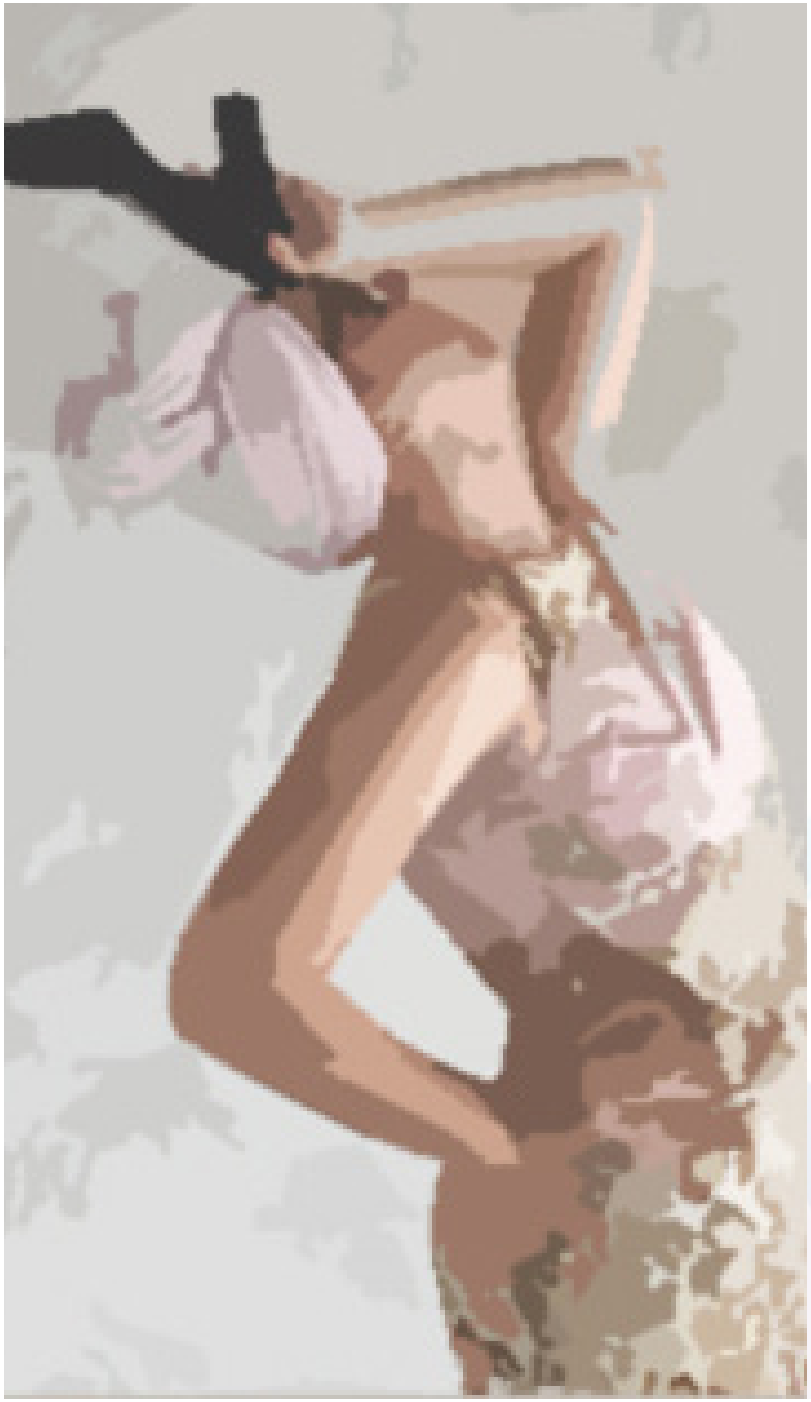
Pienso entonces en la importancia de generar un marco pedagógico que les proponga a los alumnos pensarse actores transformadores de la escena. En la improvisación se va direccionando el juego con reglas y consignas que necesitan tener cierta plasticidad para ser intervenidas por el intérprete. En esa decisión *in situ* de intervenir la consigna se pone de manifiesto el rol activo y poderoso del "performer" que ensaya una acción/respuesta incierta a una hipótesis propuesta por el maestro. En ese dudar haciendo, en ese resolver en el instante vacilante es en donde radica la potencia de su intervención, su rebeldía.

Se necesita cierta desobediencia ante la pauta para pulsar la propia poética. Esa cualidad rebelde e irrespetuosa es fundamental incentivarla en el marco de la improvisación. No es sencillo para el alumno asumir esa condición, ya que lo que nos han enseñado es a respetar la regla, a mantenernos en los márgenes seguros y predecibles de la acción. La consigna es, simplemente, un disparador que impulsa el universo de asociación del alumno; el maestro promueve ese desafío y va direccionando el material que se abre a raíz de la regla planteada, lo

motiva a asumir riesgos y a continuar en ese camino titubeante, pero a su vez rico y novedoso.

El vértigo que desencadena este tipo de práctica es un sentimiento compartido tanto por el alumno como por el docente. Este ensaya hipótesis de experimentación, pero no conoce la respuesta del alumno, para esto debe estar receptivo y disponible como su "performer". Es un diálogo que navega en el terreno de la incertidumbre y ambos deben mantener una actitud permeable, atenta y abierta para captar el acontecimiento. Vibrar con la trama, sus ondulaciones, sus vacilaciones, su ritmo, resignificar el error, tomar lo que sucede por azar, habitar la acción que se tuerce, se desvía, que crece, que se descarta, que se enmudece, que se manifiesta, que estalla, es decir, realizar operaciones en el instante, esculpir el presente siempre cambiante. Habitar la duda con total certeza y exponerse, esa es la gran tarea para ambos.

En definitiva, lograr plasticidad. Un actor/bailarín plástico, un docente plástico, la plasticidad es compleja de lograr porque por lo general tendemos a fijar formas y conceptos, a tener preconceptos sobre nuestras acciones, a no actuar con libertad y elasticidad, a remitirnos a soluciones viejas para resolver problemas nuevos. Pero para ser creativos hay que ser plásticos y la plasticidad es, en definitiva, adaptabilidad al cambio. Cuando esa cualidad nutre la experimentación y el maestro se muestra permeable, blando y el "performer" está disponible, aparece otra cualidad que es la organicidad. Resonar con lo que verdaderamente está sucediendo. Subirse al pulso orgánico y vital. Resonar con lo que verdaderamente está sucediendo. Subirse al pulso orgánico y vital. Invitar a aventurarse a nuevos modos de decirse en escena es una tarea difícil, porque la exposición de un material más vulnerable, profundo y comprometido cuesta. Estamos cómodos en nuestra zona de confort, pero si alentamos a que el cuerpo se adelante al pensamiento o que el pensamiento lata junto con el cuerpo, entramados, disueltos en un mar de impulsos, ideas, imágenes, errores, olores, colores, dudas, texturas, tonos, todo eso junto, en simultáneo, a la vez; si todo eso ocurre, recién ahí quizá podamos comprender todo lo que puede un cuerpo.



Florencia Emilia Cima es formadora en artes escénicas y del movimiento. Investiga en la poética de cruce de lenguajes escénicos desde la dirección y la docencia, así como también en su propia técnica de entrenamiento para el actor-bailarín. Realizó la escuela de formación para el intérprete de Danza-Teatro del Centro Cultural Borges, coordinada por Adriana Barenstein. Incursionó y profundizó en diferentes estilos y lenguajes de la danza . Se formó en teatro. Se recibió de Profesora de danza *jazz* en el Estudio Cambree, dirigido por Tatiana Flaker. Realizó el instructorado de *ashtanga* yoga con Ramiro Ventura, docente autorizado por Sri k. Pattabhi Jois Ashtanga yoga institute, India.

Fue jefa de trabajos prácticos de la Cátedra Barenstein para la Licenciatura en Composición Coreográfica en Danza-teatro de la UNA. Se desempeñó como docente de entrenamiento actoral en el Centro Cultural Borges durante más de diez años. Participó en varios congresos dedicados a la investigación en artes escénicas: Trama de diseño, UBA 2007; Artes en cruce, UBA, 2014; Congreso Tendencias Escénicas, Universidad de Palermo, 2013; Congreso de Diseño, Universidad de Palermo, 2015. Pertenece a la Facultad de Diseño y Comunicación de la Universidad de Palermo desde 2019. Dicta la materia *técnicas corporales y expresivas III* en la carrera de actuación. En la actualidad continúa sus investigaciones interdisciplinarias dando clases de danza-teatro, entrenamiento experimental y *Ashtanga* yoga.

Una odisea hacia el caos:
La travesía, de Luisa Valenzuela

/ Gwendolyn Díaz-Ridgeway
Del libro *Luisa Valenzuela sin máscara*

All that is solid melts into air, all that is holy is profaned, and man is at last compelled to face with sober senses his real conditions of life and relations with his kind.

Karl Marx

Botadura. *La travesía* es una novela de viaje por el tiempo y el espacio, pero la aventura central no es la travesía geográfica, sino la trayectoria interior de la protagonista, que sufre un proceso anímico de desintegración y reintegración comparable con el de un sistema caótico. Según Ilya Prigogine, Premio Nobel de Termodinámica, las estructuras caóticas van cambiando a través del tiempo, alternando fases de orden y de desorden (caos). La novedad de la teoría del caos es que demuestra que el desorden genera la reorganización espontánea del sistema. Tal sistema se denomina "disipativo" porque, en su vaivén entre estados de desiquilibrio y estabilidad, se va disipando la energía (Prigogine 142-43).

¿Tiene sentido aplicar una teoría científica a una estructura tan compleja como el proceso mental de un ser humano representado en una obra de ficción? Prigogine considera que los principios de la teoría del caos son aplicables a los procesos psíquicos, sistemas dinámicos afectados por una cantidad enorme de cambios estructurales (bifurcaciones) (311-12). Sugiere también que la teoría del caos sirve para analizar fenómenos sociales (una revolución, por ejemplo), fluctuaciones económicas (las alzas y bajas de la bolsa), regímenes políticos (un golpe de estado), en suma, todo lo que está sujeto a alteraciones abruptas (turbulencia). Tanto nuestros procesos mentales como nuestras estructuras sociales fluctúan entre el orden y el desorden, entre la estabilidad y la inestabilidad. Como en las ciencias, los procesos psíquicos y sociales están sujetos también a la turbulencia, el azar, los atractores extraños (fenómenos catalíticos que cambian el curso de un sistema), y las bifurcaciones o cambios de trayectoria en el tiempo y el espacio.

La teoría de la relatividad de Einstein da origen a una reconceptualización filosófica e ideológica del tiempo. En el esquema clásico newtoniano el tiempo era reversible; un momento dado era igual a cualquier otro momento. Pero con el desarrollo del concepto de la entropía, según el cual el mundo está sufriendo una pérdida constante de energía, el tiempo ya no es el mismo sino que tiene direccionalidad, cambia a través de su duración y cada momento es, en efecto, diferente y sujeto al azar (Gleick 22).

Es notable que las ciencias y las humanidades lleguen simultáneamente a la conclusión de que el individuo no posee una esencia absoluta, sino que está sujeto al tiempo y la localidad en que vive. Ortega y Gasset fue profético en su noción del "yo soy yo y mis cir-

cunstancias", como también Sartre, con su planteamineto sobre la preeminencia de la existencia sobre la esencia. Esta perspectiva posmoderna se extiende también al campo de la psicología. Mientras que la psicología clásica se centra en la consciencia del sujeto y en la actividad transparente y previsible, la psicología moderna pone énfasis en la opacidad del inconsciente y en lo reprimido e impredecible (Freud, Jung, Lacan, et. al.). Prigogine percibe que tanto las ciencias como las humanidades se desarrollan en forma paralela: de la claridad hacia la opacidad, de la certidumbre a la incertidumbre (311-12). (1)

Heisenberg y el Principio de la Incertidumbre. *La travesía* cobra vida dentro de este esquema caótico de incertidumbre. La novela en sí es un discurso narrativo (y como tal temporal y dinámico) situado dentro de un marco geográfico dado. La estructura del viaje implica un movimiento a través del tiempo y el espacio. Pero el viaje geográfico es un reflejo concreto de un viaje más importante aún, el viaje subjetivo de la protagonista que emprende una odisea personal o búsqueda existencial que la lleva a un cambio radical. Este estudio reflexionará sobre la estructura del viaje interior como sistema dinámico disipativo, es decir que tiene un movimiento interdependiente entre el caos y el orden, entre la inestabilidad y la estabilidad del sujeto. A su vez, se señalarán las bifurcaciones y fluctuaciones de este sistema anímico que depende de la turbulencia y la incertidumbre. Es significativo que al comenzar la novela la narradora mencione a Heisenberg y su Principio de la Incertidumbre, según el cual todo sistema está sujeto a la arbitrariedad de sus circunstancias: "Lo que observamos [piensa, a raíz de Heisenberg] no es la naturaleza en sí, o la naturaleza de la realidad, sino la naturaleza expuesta a nuestro método de cuestionamiento" (78-79). Heisenberg, precursor de la teoría del caos, pone en juego la centralidad del azar y lo incierto en toda experiencia.

Estructura disipativa. ¿Cómo se da la estructura disipativa de *La travesía*? Prigogine define una estructura disipativa como un sistema que está en desequilibrio y que llega a un punto crítico donde se disipa hacia el caos. En un momento dado de la fase caótica el sistema se reorganiza espontáneamente y se vuelve a formar con un nuevo orden (12-13). Las circunstancias que rodean al sistema, la turbulencia, gravitan hacia un eje catalítico llamado "atractor extraño" ("strange atractor"), nombre designado por el físico David Ruelle y que él mismo consideró poseer una carga psicoanalítica sugestiva) el cual pone en movimiento una serie de cambios de dirección o bifurcaciones que eventualmente generan un orden nuevo (Briggs & Peat 45). (2)

Opera una dinámica análoga en La travesía. El personaje central se encuentra en un proceso dinámico de evolución a lo largo del argumento. Su aparente equilibrio psíquico se ve alterado por una serie de acontecimientos que actúan como turbulencia y causan su desmoronamiento y desequilibrio anímico. Cara a cara con un pasado negro que ha tratado de evadir, la protagonista se ve forzada a enfrentarse al caos de su existencia y finalmente termina por integrarlo

a su persona llegando a un mayor equilibrio vital y psicológico al concluir la novela. El atractor extraño o elemento catalítico que precipita la fase caótica es un manojo de cartas eróticas que incriminan a su autora.

La protagonista (sin nombre) es una antropóloga argentina que vive en New York. Se fue de la Argentina veinte años antes del presente narrativo y pasa los primeros años viajando por el mundo a lugares exóticos para investigar culturas primitivas. Se radica en New York, donde da clases de antropología y entabla una serie de amistades con personajes del bajo mundo, artistas, profesionales y bohemios. Uno de ellos, Bolek, artista que trabaja en un manicomio, es poseedor de un secreto suyo: el secreto de las cartas. Ella había relegado las cartas a un pasado reprimido y olvidado, pero Bolek se las echa en cara. Son cartas eróticas que le había escrito a su marido argentino durante sus viajes. Son precisamente estas cartas que estructurán la dinámica de la novela generando una serie de episodios que llevan al desequilibrio emocional de la protagonista y a su descenso órfico hacia el caos de su pasado.

Turbulencia. Desde el momento en que ella aprende que Bolek tiene las cartas en su posesión éstas se convierten en motor generador de sus acciones. Bolek dice: "Conocí tus escritos en la Argentina, pero no los publicados, no, los otros ocultos, tantísimo más *atractivos*. Cartas." (71). Es significativo que califique a las cartas de "atractivas" porque dentro de la estructura de la novela funcionan como el atractor extraño que precipita la desestabilización y lleva al proceso caótico. Son el elemento catalítico que impulsa la búsqueda de la protagonista y su movimiento del aparente orden de su vida en New York al desorden obsesivo que la incita a la recuperación de las cartas. Su poder de atracción reside en que son historias eróticas escritas y protagonizadas por ella para un marido que tuvo en Buenos Aires. No le ha dicho a nadie que había estado casada, ni que tuvo amores con un joven desaparecido (Juancho), ni que se costeó los viajes escribiendo cartas eróticas. Es decir, nadie sabe, y ella ha tratado de olvidar quién es ella; significativamete, es el único personaje sin nombre.

Atractor Extraño. El primer cambio o bifurcación en la trayectoria de la protagonista se produce con el hallazgo de las cartas que ejercen un misterioso poder sobre ella. Las cartas son el atractor extraño porque todas las acciones subsecuentes de la protagonista gravitan hacia ellas. ¿Por qué tienen tanto poder sobre ella y cómo es que llegan a cambiar el curso de la vida cómoda y ordenada que se forjó en New York? Las cartas delatan un pasado perverso, todo lo que ha querido olvidar en lo personal y en lo político. Bolek se niega a entregárselas; las retiene en su posesión para evitar que ella las destruya.

Fueron escritas para Facundo Zuberbuhler, su profesor de antropología, su marido secreto, un hombre siniestro asociado al poder y a la represión. También son evidencia de una sexualidad pervertida. Facundo le propone el sexo hablado, el sexo oral como lo describe ella (86), que consiste en decirse lo que van a hacerse y hablarse el deseo sin realizarlo físicamente. Además de los rituales de palabras, Facundo le exi-

ge otro tipo de tributo sexual, que salga a buscar aventuras con otros hombres para contárselas a él en un juego vicario que estimule su placer. Ella acepta, pero las aventuras que le cuenta son imaginadas y no vividas. Así comienza su "autobiografía apócrifa" (105), narrada primero oralmente, y luego por escrito en carta: acto sublimado en texto.

Las cartas también delatan una forma de prostitución. Facundo le propone pagarle los pasajes por el mundo a cambio de que ella le envíe cartas eróticas contándole sus aventuras sexuales. Acepta esta forma de "prostitución epistolar" (127) no sólo por los viajes sino porque piensa que le conviene escaparse de la Argentina; son los años de la más fuerte represión y ella estudia una carrera perseguida por los militares. Las cartas evocan también los años de dictadura militar, los desaparecidos, y su decisión de huir del país y olvidarse de tan devastadora realidad. Son lo callado, el silencio, lo no dicho que quiso olvidar. Justamente por ser parte de su inconsciente reprimido ejercen tan fuerte poder psíquico sobre ella. Y es así como el hallazgo de las cartas olvidadas precipitan una serie de acciones, de bifurcaciones, que la llevan al encuentro con el caos.

El azar. Como en la teoría del caos, el azar juega un papel importante aquí; la turbulencia es producto del azar y causa las bifurcaciones. Nada más azaroso que la forma en que Bolek encuentra las cartas. Está en un edificio de departamentos en Buenos Aires montando una exhibición. Desde su balcón intenta colgar una banderola con el anuncio de la exhibición y ésta cae varios pisos más abajo atascándose en el balcón del departamento donde antes vivía la protagonista. El portero le da entrada al departamento vacío para rescatar la banderola y encuentra dispersadas en el piso las cartas devueltas por Facundo quien las había echado por debajo de la puerta. El azar lo conduce al encuentro con las cartas, estableciéndose así la relación entre la turbulencia, el atractor extraño y el azar. Como en este caso, el azar tiene un papel importante a lo largo de la narración ya que precipita incidentes que causan cambios definitorios. La mención frecuente a lo largo de la obra de Kurt Schwitters, un artista del Dada, sirve para enfatizar la importancia del azar en el proyecto artístico. Schwitters era conocido por recolectar basura y objetos descartados y armar con ellos sus obras de arte. Su método de rescatar lo perdido y convertirlo en *object d'art* refleja la dinámica disipativa del caos al orden (lo que fue basura es transformado en arte) y al mismo tiempo hace resaltar el papel del azar en toda creación. (3) Como Schwitters, la protagonista debe embarcarse en el rescate de lo perdido y descartado.

Bifurcaciones. Si cae una roca en un río, su curso se bifurcará. En toda trayectoria donde se presenta un obstáculo éste produce un cambio de dirección, una bifurcación. En esta novela hay básicamente cuatro bifurcaciones definitorias en el trayecto de autodescubrimiento de la protagonista: el enfrentamiento con lo abyecto, la limpia o comienzo de la recuperación de la identidad, la reincorporación del lado oscuro de su ser, y la reintegración del pasado en el acto de la escritura. Como en los sistemas

disipativos, las bifurcaciones crean el caos pero también terminan por crear un nuevo orden.

Primera bifurcación hacia el caos: Lo abyecto. Como las cartas eróticas y su pasado con Facundo, Joe, su amante negro, también forma parte del bajo mundo abyecto y promiscuo que explora la protagonista. Su relación con él es deseo puro, deseo físico y corporal, no de palabra (como Facundo), sino de cuerpo. Siente por él una atracción incontrolable a pesar de que está adicto a la heroína y posiblemente tenga SIDA. Pero es justamente su reencuentro con Joe que la lleva a una revelación. Se da cuenta de que su intenso deseo por Joe, como su relación promíscua con Facundo, representan su propio deseo del peligro, de lo oculto, de lo oscuro, de lo escondido, del caos interior:

> El impulso de pasearse por los arrabales del mundo, lo más bajo de los bajo fondos, es uno de sus impulsos más profundos. Primario, primordial, nacido justo allí donde el ser es sólo una pasta amorfa confundiéndose con los desechos cloacales y el magma incandescente del centro de la tierra. Un imán son los submundos para ella. (178)

El reencuentro con Joe la hace encarar su propio deseo de lo abyecto. Debe enfrentarse a lo que ha temido y reprimido, a su monstruo interior. Ya no los puede culpar a ellos, se da cuenta que es ella misma que busca el lado siniestro de la existencia: "siente una deleitosa sensación de vértigo cuando incursiona en los reductos envilecidos de las grandes ciudades dispuesta a husmear sus intestinos. ". . . ver qué oculta aquel abismo oscuro. . . " (178-79). Toma conciencia de que está impulsada a buscar el porqué de lo abyecto.

Segunda bifurcación: La limpia. Teme que cuando Joe vaya a verla sucumbirá a acostarse con él. Sin embargo, el acto sexual que creía inevitable se transforma en otra cosa, un acto oral de catarsis. Como un vómito, le confiesa a Joe todo su pasado, el miedo, las cartas, Facundo, la represión en su país, y todo lo que por tantos años ocultó: ". . . todo empieza a manar como lava de su boca, un vómito más bien, o una catarata como si se hubiera roto por fin una compresa completamente saturada (186)". Con Joe, personificación de su deseo más oculto y peligroso, ha tocado fondo. El encuentro con lo abyecto y el reconocimiento de su propia complicidad con ello la impulsa hacia un descenso órfico hacia el caos emocional y psíquico de su interior. Al mismo tiempo ese reconocimiento es el primer paso hacia su recuperación y estabilidad. La confesión de su pasado, el hecho de que lo ha asumido por primera vez, representa la posibilidad de una nueva dirección. Para emprenderla se hace una limpia, un ritual de purificación, acto simbólico de la catarsis.

Tercera bifurcación: La reincorporación del lado oscuro. A partir de este momento la trayectoria de la protagonista se bifurca hacia el camino de la recuperación. Surge otra vez el artista Kurt Schwitters con un consejo: "Nunca olvides que el arte lo libera a uno de la vida" (187). La técnica de Schwitters de recuperar objetos perdidos o desechados para armar sus collages sirve de referencia oblicua al método que debe emplear la protagonista para salvarse del caos que la consume: el rescate del pasado y su representación en la obra de arte. Bolek le sugiere que escriba una novela, que se dedique a la creación de algo nuevo. Tanto Joe como Bolek la dirigen

hacia el arte de la escritura para recuperarse, pero ella se resiste. Aún no puede, aún debe indagar más en las profundidades de su ser para entender mejor su propia identidad. Su trayectoria hacia el pasado culmina en la escena en que pasa la noche atrapada en un cuartito oscuro del manicomio. Allí recuerda el olor a miedo, el miedo que sufrió en la Argentina y sufre ahora. Es otro momento de autoreconocimiento y enfrentamiento con el inconsciente.

El proceso de reconciliación entre su interior (el inconsciente) y su exterior (el consciente) está descrito simbólicamente en el episodio mágico donde conoce a la vieja Ida, quien le enseña la forma indígena de ver el mundo: "Hay que verlo dos veces, le dijo, de frente y con el rabillo del ojo, ver el muy definido mundo de la claridad y el mundo de las huidizas sombras. . . mirada doble, a contrapelo de la oscuridad como fuente de luz" (340-41). Esta mirada doble del inconsciente al consciente, del caos al orden, es el proceso necesario para la creación. Reconoce ahora que debe incorporar su sombra, asumir el pasado sangriento que tiene escondido en el inconsciente.

Cuarta bifurcación: Eros y escritura. El mandato de Facundo fue de olvidar. Ahora se da cuenta de que lo tomó al pie de la letra, porque en los veinte años desde su partida el pasado no existió para ella. Para recuperar el olvido decide ponerse a escribir:

> Escribir es mirar hacia atrás, revolver el montón de escombros para ir encontrando las piedritas que marcarán el camino de retorno. Las piedras buscadas del hacia atrás, los escollos que encontrará a su paso y deberá sortear para retornar a lo que espera ser narrado. (74)

La escritura como salvación del olvido surge también en el episodio de la carta erótica sobre una aventura sexual en Nepal. Al releerla se da cuenta que su escritura es sumamente poética y descubre que tiene una voz narrativa. Comienza a tomar consciencia de que tal vez la escritura le ayude a reestablecer el orden en su vida: "Algo estaba entendiendo y tal vez buscando, no la mujer [del cuento erótico] . . . sino esta mujer frente al espejo que una vez supo vestir a la otra de palabras" (286). Llega a la realización de que la creación es su salvación y su sino:

> Ella hoy lo cree, cree del verbo crear, se le da vuelta el universo construido a duras penas, sabe que está sola en la vida y ese reconocimiento le da un vértigo que todo lo encierra, la tristeza, y la sensación de poder absoluto, es un vórtex, pasa a otra dimensión, se atomiza, sale disparada y sin embargo la fuerza no es centrífuga, es centrípeta. (289)

Así describe la sensación del acto de crear, una sensación de poder absoluto, un vortex por el que pasa a otra dimensión. Compara el acto de la creación con un proceso dinámico y entrópico que gira hacia su centro y luego sale. Refleja el proceso de interiorización, mirar hacia adentro, y exteriorización, expresarse en palabras exteriorizadas estableciendo orden, significado.

Sangre y tinta. Ha llegado el momento de su travesía en que puede mirar hacia adentro. Pero su inconsciente está teñido de sangre y de él emana un discurso ensangrentado. La sangre es un símbolo y elemento central de la obra y tiene un significado doble. Por un lado la sangre representa el pasado sangriento de su país, la relación

nefasta con Facundo, la desaparición de su amante Juancho, el miasma represivo de la dictadura militar, sus compañeros secuestrados y torturados, y, a ella también, con su tesis sobre los ritos de la sangre y su amistad con Ava Taurel. Ava, dominadora profesional de un salón sadomasoquista, representa el oscuro deseo humano por lo perverso, por llegar a los extremos de la vida y la muerte donde el deseo sexual se tiñe de sangre. En un ensayo de *Página* 12, Eva, dominadora y musa real del personaje de Ava, comenta que si un cliente le pide que juegue con la estrangulación, siente miedo de su propio deseo de ir más allá, hacia la muerte (*Ocho escenas*). Cordones de sangre en el cuello, son los demonios internos los más temibles.

Pero la sangre también connota significados positivos. En el cuento erótico de Nepal, predomina el motivo de la sangre y el color rojo. El hombre del cuento monta a la mujer sabiendo que está menstruando porque en su cultura "la sangre es esencia de vida . . . con la sangre de mujer sembramos" (274). Y en el relato el amante de la mujer le hace dibujos sobre el cuerpo con la sangre menstrual. Así se establece el valor positivo de la sangre como elemento vital y creador: es la tinta que narra la vida, es un flujo vital divino, es la palabra creadora, la escritura como arte y vida. La tesis de la protagonista sobre los ritos sagrados de la sangre demuestra que la sangre representa la creación y como tal es un tributo a los dioses. En su trayectoria vital, la protagonista ha aprendido a reconciliar el pasado sangriento con un nuevo orden en que la sangre se convierte en creación.

Tierra. Sistema en equilibrio. Al finalizar la novela, la protagonista organiza una instalación en el manicomio de Bolek al que llama significativamente "Viaje por el tiempo". La instalación sirve de ceremonia fúnebre para uno de los locos que han muerto. También simboliza el comienzo de un nuevo orden en la vida de la protagonista. En un momento dado de la instalación, ella recupera las cartas que Bolek había escondido en una valija. Al recobrarlas pierden instantáneamente el poder que tenían sobre ella y entonces les confiesa airosamente a sus amigos la historia de las cartas y de Facundo. Ya no les teme; ha decidido asumirlas, y es como si hubiese recuperado su identidad y su soplo: "Ella larga un sonoro suspiro al que los demás parecen unirse pero más bien son resuellos o recuperación del soplo" (396). " Yo conozco el caos y la mugre", dice ella, y añade que ahora deberá dedicarse a "una puesta en orden del sitio que cierta vez entendió como el palacio de su propia desmemoria" (396). La fase caótica de su existencia ha llegado a su fin. Al recobrar el equilibrio emocional vuelve el orden a su vida. En las últimas líneas de la novela la protagonista revela su nombre. Es Marcela Osorio y va a volver a Buenos Aires: "Sonó la hora de enfrentar tanto gato encerrado que dejé por allá" (398). Las cartas recobradas se han convertido en catalizador de su arte. Al enfrentarse con su sombra ha recobrado su palabra, su identidad y su orden.

Termino con el comienzo. La novela empieza con un episodio significante donde una escultura de vidrio construida por una amiga de la protagonista es derrum-

bada por el Huracán Candy. Se hace trizas y sólo queda un montón de vidrios rotos. La escultora toma una escoba, barre los pedazos de vidrio y polvo "en un prolijo montículo con reflejos de oro" (64) y lo titula con un cartelito que dice "Obra en colaboración: Raquel Rabinovich-Huracán Candy". Este episodio prefigura en forma visual la trayectoria de Marcela del orden al caos y de vuelta a un nuevo orden. La dinámica disipativa se da tanto en los sistemas científicos como en los psíquicos y emocionales. Prigogine comenta que tradicionalmente se ha pensado que las ciencias reflejan el mundo de la realidad, mientras que la literatura refleja el mundo de la ficción (225-26). Pero aclara que no es tan simple, todo sistema que existe en el tiempo y el espacio está sujeto a la incertidumbre y al caos. Lo importante es que el caos conlleva en sí un nuevo orden.

Gwendolyn Díaz
St. Mary's University
San Antonio, Texas

Notas

(1) Katherine Hayles estudia la relación entre la cultura y la ciencia del caos en el capítulo "Chaos and Culture: Postmodernism(s) and the Denaturing of Experience", de su libro *Chaos Bound: Orderly Disorder in Contemporary Literature and Science*, Ithaca, Cornell UP, 1990.

(2) Ver el artículo de David Porush citado abajo para un estudio sobre la novela como estructura disipativa.

(3) Para más información sobre Kurt Schwitters ver *Dadas on Art*, Ed. Lucy Lippard, New Jersey, Prentice Hall, 1971,

Obras citadas

Briggs, John and F. David Peat. *Turbulent Mirror. An Illustrated Guide to Chaos Theory And the Science of Wholeness*. New York. Harper & Row. 1971.

Gleick, James. *Chaos: Making A New Science*. New York. Penguin Books, 1987.

"Ocho escenas en busca de autor". Página 12. Sec. Radar Libros. (Buenos Aires, Argentina) 8 de abril, 2002.

Porush, David. *Fictions as Dissipative Structures: Prigogine's Theory and Postmodernism's Roadshow. Chaos and Order: Complex Dynamics in Literature and Science*. Ed. N. Katherine Hayles. Chicago. Chicago UP. 1991.

Prigogine, Ilya and Isabelle Stengers. *Order Out of Chaos: Man's New Dialogue With Nature*. New York. Bantam Books. 1984.

Valenzuela, Luisa. *La travesía*. Buenos Aires. Grupo Editorial Norma. 2001.

Obras consultadas

Díaz, Gwendolyn & María Inés Lagos. *La palabra en vilo: Narrativa de Luisa Valenzuela*. Chile. Cuarto Propio. 1996.

Kellert, Stephen H. *In the Wake of Chaos*. Chicago. Chicago UP. 1993.

Knoespel, Kenneth. *The Emplotement of Chaos: Instability and Narrative Order. Chaos and Order: Complex Dynamics in Literature and Science*. Ed. N. Katherine Hayles. Chicago. University of Chicago UP. 1989.

Lorenz, Edward N. *The Essence of Chaos*. Seattle. University of Washington UP. 1993.

Nicolis, Gregoire and Ilya Prigogine. *Exploring Complexity*. New York. W.H. Freeman & Co. 1989.

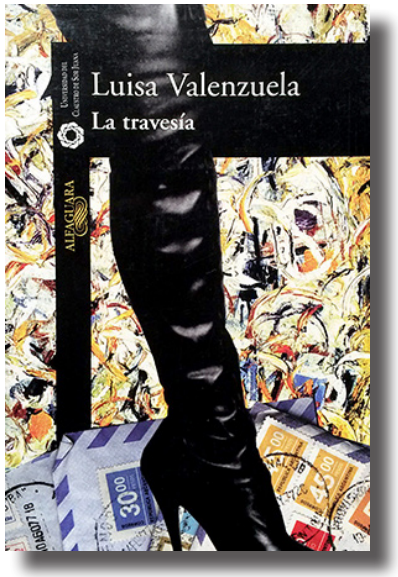
Luisa Valenzuela nació en Buenos Aires, Argentina, un 26 de noviembre. Residió varios años en París y en Nueva York, con largas estancias en Barcelona y México. Durante su dilatada carrera, que abarca ya cincuenta años de ininterrumpida dedicación a la literatura, ha publicado más de 30 libros, entre novelas, volúmenes de cuentos, microrrelatos y ensayos.

Su obra fue editada en más de 17 países de América, Europa, Asia y Oceanía, y traducida al inglés, francés, alemán, holandés, italiano, portugués, serbio, coreano, japonés y árabe. Su particular abordaje de temas y motivos relacionados con el poder, el cuerpo, el humor y el lenguaje la han convertido en objeto de estudio en universidades de todo el mundo.

Acreedora de las becas Fondo Nacional de las Artes, Fulbright (Programa Internacional de Escritores en Iowa City) y Guggenheim, entre otras, Luisa ha desarrollado una gran tarea como docente, dictando cursos y talleres, sobre todo en Universidades de Estados Unidos y México. Su actividad académica se completa con membresías en destacadas instituciones, entre otras: el New York Institute for the Humanities, la Cátedra Alfonso Reyes del Tecnológico de Monterrey y la American Academy of Arts and Sciences.

Durante diez años fue redactora del *Suplemento Gráfico* del diario *La Nación* y su notoria labor la hizo merecedora en 1965 del Premio Nacional Kraft. Posteriormente, trabajó durante mucho tiempo en la revista *Crisis,* y fue columnista y colaboradora de muy diversas revistas y periódicos de la Argentina y Estados Unidos.

Gwendolyn Díaz-Ridgeway es escritora y profesora de Literatura comparada y de lengua inglesa. Recibió su doctorado en la Universidad de Texas en Austin, donde se especializó en autores del Boom. Ha escrito 7 libros sobre literatura, una colección de cuentos y está por publicar su segunda colección de ficción. También autora de numerosos ensayos, da conferencias tanto a EEUU como a Europa. Es Directora del Comité de Escritoras del Centro PEN Argentina y está en la Dirección de la Casa Argentina de Houston y del University Women's Club de Buenos Aires. Es fan de la física cuántica y escribe sobre la relación entre la cuántica y la literatura. Reside parte del año en Bs. As. y parte del año en Houston, Texas.



La travesía

Con ácido impulso y humor tierno, Luisa Valenzuela realiza un profundo retrato de la intimidad de fines del siglo XX, como si investigara los espacios invisibles que unen a las personas en los sitios más inesperados.

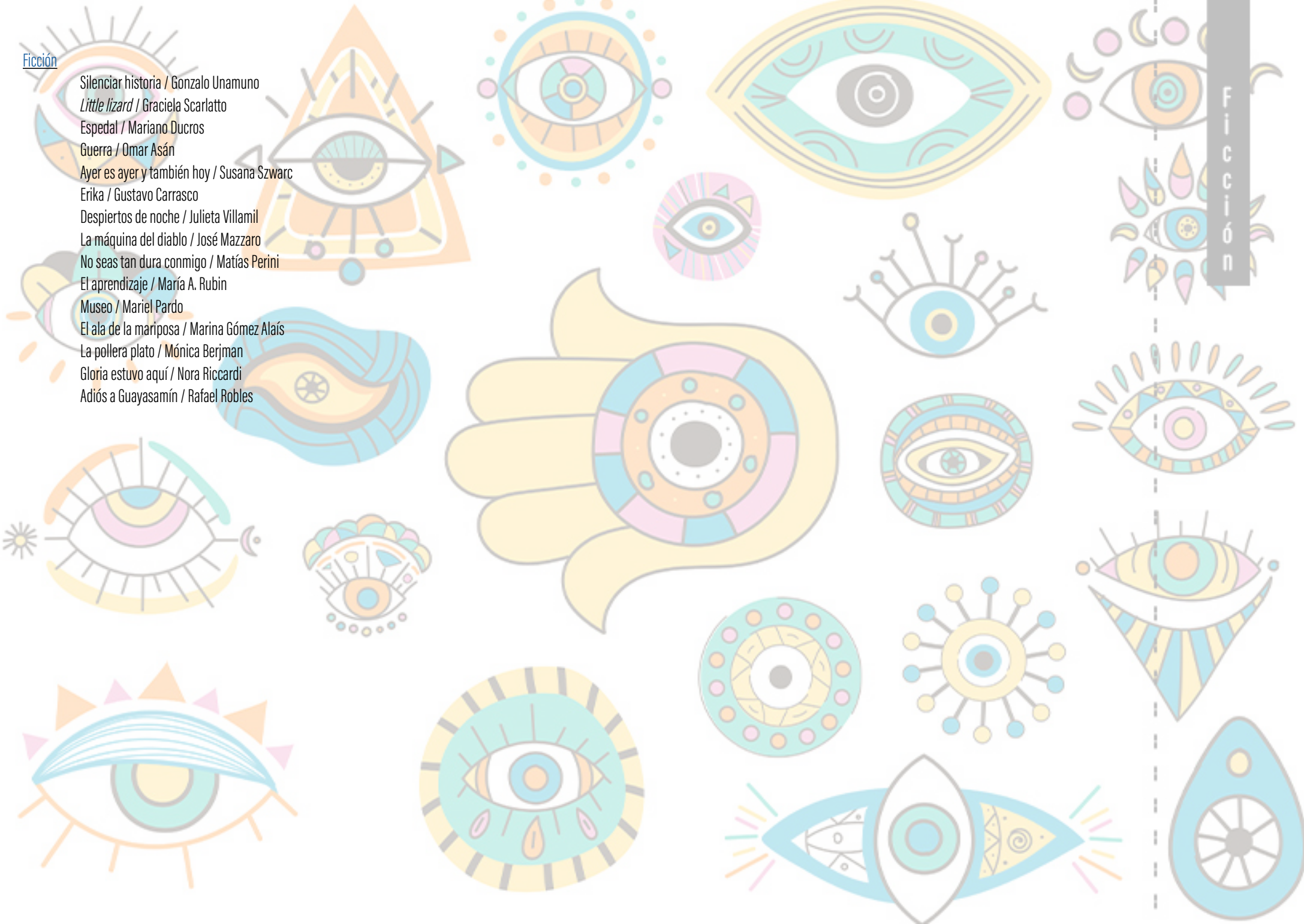
A su vez, registra el pasaje del tiempo (la extrañeza, el descubrimiento) en aquellos que se fueron del país portando un secreto, y volvieron distintos, sin olvidar nada de lo que perdieron.

Nueva York y Buenos Aires son los escenarios reales de esta travesía literaria, interiores y exteriores de una mujer que hace de la antropología su carrera y su espejo multiplicador. Los espacios privados se despliegan en el anonimato de las ciudades, desde el Greenwich Village a la Plaza del Congreso en Buenos Aires, postales de una novela que se convierte –del corazón a la calle- en mapa móvil de una mujer audaz. *La travesía* no se priva de ninguna intensidad y consagra a su autora como una de las plumas más lúcidas, lúdicas y voluptuosas de América Latina.

Ficción

Ficción

Silenciar historia / Gonzalo Unamuno
Little lizard / Graciela Scarlatto
Espedal / Mariano Ducros
Guerra / Omar Asán
Ayer es ayer y también hoy / Susana Szwarc
Erika / Gustavo Carrasco
Despiertos de noche / Julieta Villamil
La máquina del diablo / José Mazzaro
No seas tan dura conmigo / Matías Perini
El aprendizaje / María A. Rubin
Museo / Mariel Pardo
El ala de la mariposa / Marina Gómez Alaís
La pollera plato / Mónica Berjman
Gloria estuvo aquí / Nora Riccardi
Adiós a Guayasamín / Rafael Robles



Silenciar historia

/ Gonzalo Unamuno
Cuento

Ella presagió el horror un rato antes del horario en que él embarcó rumbo a la isla Martín García, para un reencuentro pactado diecinueve años después de la última vez que se vieron y treinta y cuatro después de que se desvirgaron en el baño de una discoteca ya extinta que, en aquellos años, relucía sobre la costanera norte de la ciudad de Buenos Aires y convocaba a multitudes.

Agustina llevaba más de una década viviendo en la isla, enamorada de su cualidad fantasmagórica. Esto podría deberse, supuso ella siempre, a sucesivos hechos de una vida disfuncional que alimentó sus anhelos de invisibilizarse: la separación de sus padres cuando tenía dos años y ellos apenas pasaban los veinte, el desmembramiento que eso le significó a la familia, la omnipresencia de una hermana cuatro años mayor que tumbó el muro de la rebelión a costa de buena parte de su salud —física y mental—, y un embarazo avanzado devenido en aborto a poco de cumplir los dieciséis años después de su primera relación sexual en el mencionado baño, factores todos que la llevaron a que encontrase en la vergüenza, en el retraimiento, y en una ira solapada, su forma de escrutar y de habitar el mundo.

Durante su adolescencia las vertientes del trauma inicial se hicieron patentes en su conducta, en su pobre adaptación al entorno o en el flaco discernimiento del bien y del mal, en su imposibilidad de prestar atención en clase o a cualquiera que le hablase unos minutos sobre el tema que fuere, incluso los escasos que le interesaban, aunque también en déficit de cuidado personal, en ganas de no estar donde estaba, en instancias de histrionismo, instancias de silencio.

No obstante, casi a su pesar, con el paso del tiempo se convirtió en una mujer ante cuyo magnetismo era imposible no desarmarse. Pero nada resultó en su favor. Los mecanismos de atajo y supresión de su inteligencia hicieron que rápido se defraudase del mundo adulto y, en cuanto estuvo en condiciones de hacerlo, perdió todo contacto con su familia y aceptó la propuesta que le había hecho una escuela para que integrase su cuerpo de docentes titulares.

Pero la oportunidad efectiva de ser un fantasma le llegó mucho tiempo después, durante sus años como maestra de séptimo grado en San Fernando, Tigre, colegio José de San Martín, y consistía en algo entre fascinante y disparatado. La única escuela de la isla Martín García se había quedado sin maestra de inglés y matemáticas y la querían a ella como su reemplazo. Con treinta y ocho años recién cumplidos, manipulaba muy bien su emocionalidad, no estaba en pareja ni tenía hijos, carecía de vínculos estables, no llevaba una vida estridente ni figuraba en el teatro de redes sociales, donde sí lo hacían la mayoría de sus pares, y, a juzgar por las autoridades escolares y de la Dirección de Islas, compartía muchas características con los isleños, lo que,

naturalmente, iba a favorecer la comunicación y el intercambio, que era escueto y casi nunca fácil entre los únicos cuarenta alumnos para los cuales, junto a un cuerpo de cuatro docentes, impartiría clases en caso de aceptar.

Luego de sopesar la idea durante semanas de vacilaciones y de miedos, aceptó. Si bien los esfuerzos que tendría que hacer cuando poco se iban a triplicar, en igual proporción lo haría su salario.

Sin embargo existía un problema: eso que las autoridades escolares juzgaban como *características en común con los isleños*, era, ni más ni menos, que un Trastorno Límite de la Personalidad, la afección mental que le había sido diagnosticada, décadas atrás, por distintos psiquiatras y neurólogos. Las personas con este trastorno suelen sufrir un paralizante miedo al abandono, dado que viven con la sensación de haber sido abandonadas; padecen ansiedad, fluctuaciones en el humor, en la autopercepción y en la autovaloración, son capaces de producir laceraciones varias en el cuerpo y en la psiquis, y son incapaces de mantener vínculos sólidos, perdurables. ¿Cómo iba ella a lidiar con sus cambios radicales de humor pasando cuatro horas diarias viajando sobre el agua?

De su acotado entorno nadie sabía de esto. Era fácil inferir que algo no andaba bien en ella, que era un ejemplar infrecuente, un ser escéptico, pero no mucho más.

El primer año de trabajo fue brutal. Se despertaba de lunes a viernes a las cinco de la mañana y embarcaba en la estación fluvial de Tigre sobre las seis y media. A las nueve en punto estaba en la Isla. Daba sus clases en tres turnos separados por una pausa de cuarenta minutos y, sobre las cinco de la tarde, volvía.

Para el segundo año el trajín constante la dejó abatida y fue entonces que tomó la decisión de establecerse en la isla de manera definitiva.

Nada la ataba a la ciudad más que unos pocos muebles y algunos libros, así que la mudanza no fue una molestia. Sí lo fue el rechazo de las autoridades de construirle una vivienda sencilla, ecosustentable —que sirviese en adelante para todos los profesores— por lo que finalmente tuvo que consentir que anexasen un rancho improvisado no tan lejos de la escuela y sin varios servicios básicos. Solo contó con las facilidades de traslado y mano de obra dispuestas por la gobernación, quién gestionaba de manera directa todas las propiedades de la isla.

De esto habían pasado ya varios años, por lo que estaba completamente adaptada a una vida furtiva, donde nada era lo que aparentaba ser.

Ahora quien iba a alterar la planicie de sus días y a pasar las fiestas con ella era Gerardo, un viejo conocido con el que se comunicó de manera intermitente todos los años que estuvieron sin verse.

De él también puede decirse que tuvo una vida escoltada por distintas variables de la locura. Su padre murió en un choque en Panamericana, su madre tuvo un temprano Alzheimer y fue a él —su único hijo— a quién primero olvidó, lo que siempre le generó más que dolor e incomprensión, una horrible sospecha. A sus veintitrés años ya era huérfano de padre y madre y desde entonces vivía de los magros ingresos de los periodistas que firma-

ban con seudónimo en medios gráficos.

Gerardo llegó a la isla el sábado 22 de diciembre a las diez de la mañana. Agustina lo esperaba en el pequeño desembarcadero. Era un día nublado y la resolana picaba en la piel. Se dieron un abrazo prolongado y recién después se miraron a los ojos. Los dos notaron cuánto se habían marchitado, lo que los hizo sentirse en pardas.

Caminaron veinte minutos en los que alcanzaron a ver el viejo penal militar, el faro tanto más chico que el tanque de agua que abastecía a todos los habitantes, y unas casas abandonadas repletas de vegetación en sus esqueletos, como emergidas de la tierra.

En cuanto entraron a casa de Agustina, ella le mostró su cuarto para huéspedes y Gerardo apoyó su valija sobre la cama individual, seguro de que no dormiría una sola noche en ella. Enseguida empezó a sacar todos los recados que Agustina le había pedido: champagne, pan dulce, yerba, cartones de cigarrillos, paquetes de fideos, de arroz, de conservas, salsas de tomate, aderezo, bebidas, dentífrico y cepillos, algodón, repelente, antidepresivos, cremas, calmantes, antipsicóticos.

Las clases de ese año habían concluido y casi todos los jóvenes de la isla viajaron al continente para las vacaciones. Los cuatrocientos o quinientos turistas que llegaban a diario y los pocos jóvenes del camping apenas se hacían sentir en el punto geográfico donde ellos estaban. La soledad o su sensación rozaban lo absoluto. Agustina preparó mate y se sentaron en la mesa de la cocina, donde conversaron.

—Que nos reencontremos acá —fue la oración con que Gerardo abrió el diálogo.

—¿A que no sabías que existía la isla? —lo toreó Agustina. —Mucha gente no lo sabe.

Gerardo juzgó estúpido de parte de Agustina no suponer que alguien que pensaba alojarse veinte días en una isla no hubiese recopilado datos sobre la misma. Sin embargo, dijo que sabía de su existencia por los presos ilustres, pero que no la había tenido presente, hasta su invitación.

—Ni yo, hasta que me ofrecieron el cargo —respondió ella.

—¿Por qué la casa se llama Angustia? —cambió de tema Gerardo.

—Porque es la palabra que se forma con mi nombre. Moviendo de lugar la ene. Y porque me define o lo hacía en el tiempo en el que tallé el cartel y lo colgué en la entrada.

A Gerardo el comentario le pareció una especie de coraza para no ser tomada por loca, por abyecta. ¿Ahí vivía un ser angustiado? Él bien sabía que sí.

Agustina volvió a hablar:

—Mentira. Angustia es uno de mis poemas favoritos.

—¿De quién es?

—Nunca supe. Me lo recitó una chica hace tiempo.

—¿Y cómo dice?

—Tampoco sé. Era largo. Recuerdo una sola estrofa, que decía algo así como que es preferible extinguirse a ser la única llama que no consumió el incendio.

El fragmento era pobre y a Gerardo le resultó raro que ella no recordase más, siendo que lo llamaba de sus favoritos. En ese momento un chico de unos quince años, descalzo, solo vestido con un short, entró en la casa. Agustina le dio un paquete de galletitas y le ofreció un mate, que chupó con una fruición tal que

cualquiera lo hubiese supuesto frío. Luego le hizo un mimo en el pelo y el chico salió corriendo. Ella explicó que era un niño al que una pareja había abandonado en la isla con apenas cinco años de vida, y todos los habitantes, de alguna manera, lo *acogieron*, dado que nunca quiso establecerse con nadie en particular y pasaba las noches dentro del teatro abandonado.

Gerardo se asombró de lo que oía. Le resultó inconcebible que nadie hubiera sido capaz de avisar a las autoridades pertinentes para no tener de mascota a un menor de edad nómade y semisalvaje, pero eligió callar pensando que era apenas una de la serie de excentricidades que viviría y oiría.

Pasado un tiempo de diálogos entrecortados, se les hizo difícil continuar hablando y evidente que esto era así. De pronto las miradas se evitaban, inseguras de dónde fijarse. Una sensación de que aquello era una ridiculez los invadió por igual y los silencios empezaron a hacerse espesos. ¿Qué buscaban, a la fuerza, compartir o reconstruir?

Agustina puso un viejo compilado de música brasilera creyendo oportuno retrotraerse a los días en que esas canciones marcaban el pulso de los veranos de sus infancias. Fracasó. No eran más que dos viejos intentando pasos que sus cuerpos ya no podían, sin ganas de intentarlo.

Advertir esto perturbó a Gerardo, que no quiso prestarse al juego. En cuanto se detuvo alegó que la luz natural era excesiva, por lo que pidió permiso y entornó todas las cortinas —incluso las del baño y los dormitorios— y la casa quedó en semipenumbra.

Al rato se hizo mediodía. Agustina enjuagó el mate y abrió un vino, que sirvió en dos copas, y cambió el disco. Empezó a sonar un piano, una melodía que sin duda era de otra época, imposible de bailar, que Gerardo no supo reconocer. Ella dijo:

—Vos hiciste que amase a esta música —¿No te suena?

Gerardo no tenía idea de qué era eso, aunque rápido aventuró: jazz. Agustina hizo una mueca de reproche y le dijo que estaba segura de que no iba a reconocer siquiera *Rhapsody in blue*, la pieza más conocida de Gershwin, porque también habría olvidado el poema que nombraba a la canción y que él le recitó en la cama, los ojos cerrados apuntando al techo, la última vez que durmieron juntos. A ella le había gustado tanto que le pidió que se lo escribiese de puño y letra. Él lo hizo sobre la hoja de un cuaderno desde la que ahora Agustina leía un fragmento.

—Hermoso poema —la interrumpió Gerardo.

—Por varios años creí que era tuyo.

—¿Hasta qué?

—Hasta que un día sentí la necesidad de releerlo y no encontraba la hoja. Entonces pensé que, si era necesario para mí, no podía venir de vos. Y bueno, busqué en Internet. Por la señal que teníamos entonces en la isla, el poema descargó al día siguiente, cuando ya no me interesaba recordarlo.

Gerardo empezó a ensayar lo que parecía una disculpa, pero ella le pidió que no abriese la boca.

Volvieron a sentarse a la mesa y se sirvieron más vino. Un rato después, cuando lo terminaron, Agustina dijo que necesitaba dormir una siesta. Fue a su habitación y se metió en la cama. Encendió el velador y lo dobló hacia la pila de libros.

Gerardo la siguió y se detuvo en el umbral de la puerta, que abrió en su totalidad con el pie.

—¿Puedo? —preguntó, amagando un paso hacia adelante.

Ella palmeó el lado vacío de la cama en señal de aprobación. Él terminó su copa de vino y se tumbó a su lado. En breve estaban desvestidos, la sábana cubriéndolos hasta mitad de los cuerpos. Tardaron poco en coger. Había, entre ambos, mucho pasado, idealización, fantasía. Sin embargo, Gerardo no podía con la situación. La penetraba sin una frecuencia natural porque era la primera vez que tenían sexo consentido.

Agustina, favorecida por la oscuridad y el ensimismamiento de Gerardo, abrió el cajón de su mesa de luz, extrajo su facón y lo retuvo con habilidad debajo de su almohada. Cuando Gerardo acrecentó el ritmo de la penetración ella lo empujó hacia un costado, sacó el facón a toda velocidad y lo hundió frenéticamente varias veces en su propio estómago.

Gerardo saltó de la cama gritando, sin entender. Quiso frenar las múltiples hemorragias apelotonando las sábanas mientras le preguntaba por qué, una vez y otra. Agustina no pudo responder. Se desangraba sobre sí misma en posición fetal.

Gerardo asistió de pie al espectáculo de gargajeos, pequeños vómitos y retortijones, intentando sin éxito toda maniobra de reanimación, hasta que finalmente Agustina murió y él salió corriendo a hacerlo saber.

Al rato, una veintena de vecinos rodeaba la casa con absoluta incredulidad. Nadie, en ese momento, sospechó de Gerardo. El único médico entre los presentes decretó lo obvio y marcó las 14:10 h como el horario de defunción. Para los isleños la noticia fue un cimbronazo sin paralelo. La isla era virgen de suicidios y la fábula del fantasma de la maestra que habita en la vegetación, nació casi en el acto. Hallaron una escueta nota escrita a mano por Agustina, donde pedía que no fuera un hombre quien contase su historia. Fue tal la repercusión y el alcance que la noticia adquirió en los días sucesivos que varios medios nacionales la difundieron, haciendo incluso que aumentasen a cifras récord las visitas de turistas y de curiosos.

A raíz de esto los isleños se vieron forzados a adoptar la historia, a entretejerla y engordarla, al punto de que llegaron a hacer todo tipo de *suvenires* y artesanías con la figura de Agustina, en los que sintetizaban su vida, no solo en castellano, sino también en inglés y portugués, desde donde se puede leer completa escaneando un código QR.

Su casa quedó inhabilitada para el cuerpo docente y ahora es una suerte de museo no oficial. Las visitas guiadas hasta ella —dos por día en temporada alta, una cada dos días en baja— se cobran a precio dólar. Nunca nadie supo qué la llevó a quitarse la vida, y en una sociedad que descalifica al suicida y enaltece la permanencia, se entretejieron pocas hipótesis. Solo Gerardo supuso la más cercana a la verdad, que obviamente calló.

El resto de las especulaciones sobre lo sucedido nacen del cartel que da nombre a la casa, tallado por las manos de Agustina con el que devino en su facón insignia, y la conclusión mayoritaria suele ser que era una demente, una po-

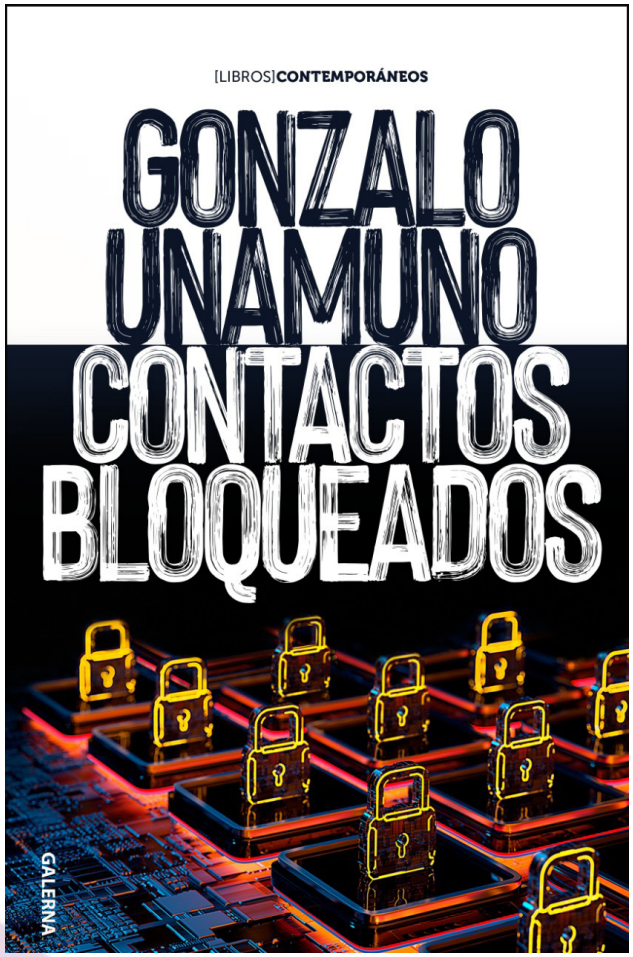
bre loca, otra mujer muy angustiada.

Gonzalo Unamuno (Buenos Aires, 1985). Es autor de los libros de poesía *De otra luz* (2007), *Distancia que nadie ocupará* (2011), y de la *nouvelle Acordes menores para Marion Cotillard* (2011), entre otros.

Su novela *Que todo se detenga* (2015) fue estrenada como película en 2022 bajo la dirección de Juan Baldana y *Lila* (2018) se encuentra en proceso de filmación.

En 2021 publicó el libro de relatos *Tu jardín salvaje*, resultando el cuento "Padres" ganador del concurso de la Universidad del Cine (FUC) en categoría cortometraje. Entre 2008-2009 asistió a la Escuela de Letras en Madrid, España. En 2013 compiló la *Antología Buenos Aires respira poesía.* En 2019 participó del Encuentro de Jóvenes Escritores de Iberoamérica y el Caribe, en La Habana, Cuba. Parte de su obra fue traducida al francés, al portugués y al italiano.

En la actualidad es coconductor del programa *Narraciones Extraordinarias* (Radio Provincia, Am 1270). Cuentos, poemas, crónicas y artículos suyos integran diversas publicaciones y antologías, tanto de la Argentina como del exterior.



Little lizard

/ Graciela Scarlatto

Cuento

1

El televisor decía que el paso a Vallecitos estaba cerrado por la nieve. La radio Nihuil, que no podían cruzar automóviles con provisiones y que los andinistas estarían aislados en los refugios. Se esperaba viento blanco en altura. Ambos coincidían en que la emergencia se prolongaría por veinte días.

El hermano de Gonzalo, Néstor, estaba en el refugio de la universidad, a diez kilómetros más allá de la entrada a Vallecitos. Su mamá tendía ropa blanca en el patio mientras la televisión funcionaba en la cocina. Entró a buscar la escoba justo para oír que los escaladores se habían quedado sin alimentos. Su hijo más chico estaba en la escuela y José, el marido, en la fábrica. Ella se puso un tapado y corrió a la casa de la vecina a pedir el teléfono.

¿Qué podía ser tan importante para que ella lo llamara?

–Están aislados, José. No tienen qué comer y viene viento blanco –dijo ella.

–Calma. Se llevaron atún y salchichas para un regimiento.

–¡Pero José!

Él cortó con fastidio. La madre se sentó en la cocina a llorar sin consuelo. Prendía la radio y apagaba la televisión para ver si el punto de vista mejoraba. Pero los chicos no eran tema del *prime time* del mediodía. Ella no hizo las compras, no hizo la comida, se acostó y lloró y lloró con la radio prendida.

José, en la fábrica, sacó el tema con un compañero.

–Mi mujer hace tragedia por todo.

–¿Usted no está preocupado?

–Todo depende de la presión –dijo José–. A menor presión, más nieve. Pero también hay que tener en cuenta la nubosidad; usted puede estar esquiando con sol y pendiente abajo hay una parva de nubes y nieva que da miedo. Mi mujer le cree a la TV como a la Virgen. Pero hay que analizar las cosas, hombre, antes de llorar así.

–Hay que analizar si nieva en altura. Por ahí, en Vallecitos, hay sol y no pasa nada –le explicó José, más tarde, a su mujer.

–Qué analizar ni analizar. ¡Tenés que ir a traerlo!

La cocina estaba casi en penumbras. La luz de la alacena era la única que estaba prendida. No había nada para cenar. Ella puso cerveza en la mesa, pan y un poco de fiambre. Mientras José comía, la madre de los chicos caminaba llorando de la heladera al televisor y viceversa.

Gonzalo, el más chico, había vuelto de la escuela a las seis de la tarde. Al escuchar las protestas de su madre, terminó por encerrarse a escuchar música. Salió cuando llegó su papá, a quien escuchaba con devoción.

Una vez, hacía un par de años, José le había explicado a un pariente, topógrafo de profesión, la diferencia entre un teodolito, un nivel de manguera, uno de mano, uno fijo y uno automático. Se lo había oído a un vecino. El episodio ocurrió en la casa del pariente, durante una cena de cumpleaños y a la hora del postre.

¿Querés un trago, José?, le decían para interrumpirlo.

No quería. Y dio una clase magistral, pero de oídas, a todos los presentes.

Esas ocasiones en que José desplegaba su saber no dejaban de ser memorables. Semejante exhibición incomodaba a Gonzalo, que se sentía como una lagartija. En la casa no había biblioteca. Los chicos leían revistas; pero en cuatro estantes del mueble más importante del comedor se apilaban, en primoroso orden, la colección de José del Almanaque Mundial y la del *Reader Digest*.

Gonzalo no sentía la menor preocupación por su hermano mayor. Era cierto que no había encontrado la bolsa de dormir de *duvet* y se había llevado la otra. Siempre salía mal equipado a sus viajes, y el refugio de la universidad era inseguro cuando nevaba mucho. Si le pasaba algo, Gonzalo podría manejar el Torino. No quería que su hermano muriera, solo que no pudiera conducir por un tiempo. Por otro lado, él también creía que era muy justo lo que opinaba su padre cuando decía que mamá dramatizaba todo a niveles muy neuróticos para llamar la atención.

–Ma –dijo Gonzalo, con el lenguaje de José– qué narcisista...

La cachetada voló y la madre se desplomó en la silla para seguir llorando. Gonzalo se quedó de una pieza, pero no se fue de la cocina. Quería escuchar lo que decía José.

–Basta. Es una simple cuestión meteorológica, que, si vamos al caso, no es una ciencia exacta. La televisión dramatiza. Viven de eso.

–No vas a ir. ¿Tu hijo no te importa? Claro: ¡Que se muera de hambre y de frío!

El resentimiento de ella enrojecía sus mejillas como una fragua.

Levantándose de la silla y haciendo una seña con el brazo que incluía toda la cocina, José tomó una decisión.

–Traé las camperas de *duvet*, Gonzalo. Sacá las cadenas del garaje. Mañana le haremos caso a tu madre de una vez.

2

A las seis de la mañana, con siete grados bajo cero, Gonzalo y José cargaron el auto con cadenas, abrigos, fideos, salchichas y frutas, y partieron rumbo a Vallecitos. El Torino todavía tenía torque para afrontar cualquier camino de montaña. Tomaron San Martín Sur hasta Panamericana y, desde allí, a Cacheuta. La conversación en el auto era animada. José conocía la causa de que los cerros de la Precordillera fueran coloridos. El amarillo era una formación de limonitas y minerales sulfurados, el rojo se componía de argilitas y arcillas; el blanco, cuarzo. Se esforzaba. Quería que sus hijos lo admiraran. Y había muchas cosas que mostrarle y enseñarle a Gonzalo en ese paisaje agreste que, para el chico, sin desmerecer del todo la altura de los picos, era un cúmulo de cascotes desperdigados en una tierra desértica donde solo crecía la jarilla. Incluso el río Mendoza bajaba seco con un hilito de agua en invierno.

En Cacheuta la nieve ya era muy resbaladiza y hubo que poner las cadenas. El procedimiento lo explicó José con mucho cuidado. Él colocaría las cadenas a continuación de las cubiertas, en línea recta, y Gonzalo debería hacer avanzar el auto sobre ellas. Entonces José tomaría ambas puntas y con un gancho de seguridad las ataría en la parte superior de las gomas. Gonzalo no podía creer lo que escuchaba. Solo su hermano podía manejar el Torino del 68, que a esa altura ya no era nuevo, pero tenía fa-

cha. Se subió, sacó el freno de mano, encendió el motor, cuyo rugido puso su corazón al ritmo de una batucada y movió la palanca a primera. Corrió el auto quince centímetros.

¡*Más*! ¡*Más*!, pedía José. Gonzalo apretó el acelerador muy despacio y movió el auto otros quince centímetros. *Bajate*, dijo el padre. Entonces ató una cadena, mostrándole la forma de hacerlo, y Gonzalo lo ayudó a ajustar las demás.

Cacheuta sí le gustaba. Era un valle pequeñito con espejos de aguas termales entre cerros altísimos. Un puente de madera, muy precario sobre el precipicio, ayudaba a los turistas a cruzar al otro lado y acceder al valle. Pero pasaron de largo a veinticinco kilómetros por hora sobre la nieve y con las cadenas puestas. José explicaba los distintos tipos de nieve, porque hay una taxonomía que va desde la pelusa al hielo. La radio estaba rota, pero Gonzalo escuchaba *Eye of the tiger* en su cabeza. Después algo de Billy Joel. Al mismo tiempo buscaba un tema de conversación que pudiera tomar desprevenido a José. Dijo:

–¿Sabías que el sistema solar tiene nueve planetas y el más chiquito es Plutón?

–No, hijo. Plutón es un satélite de Neptuno.

–No, pa. Esa teoría se descartó en el setenta. Lo dijo la profe.

–Qué sabe la profe. No saben nada. Dan clases con lo que aprendieron hace veinte años. ¡Hay que leer para aprender!

–Yo nunca te vi leyendo un libro...

José desvió los ojos de la ruta. Miró fijo a Gonzalo. Luego volvió la mirada al camino y dijo, con mucho aplomo:

–Bueno, vamos a comprar uno y a averiguarlo.

Pero Gonzalo sabía que eso era imposible. Ningún libro superaría en saber al *Almanaque Mundial*. Por lo menos, en la imaginación de su papá.

3

A la altura de Potrerillos la nieve era casi intransitable. Iban a catorce kilómetros por hora, y una de las cadenas se soltó. Se abrigaron más y bajaron para revisar. José tuvo que ajustarla. Gonzalo dijo:

–¿Sabías que la playa de Omaha fue la que tuvo más muertes en el desembarco del Día D?

–Sí. Y mirá lo que te digo: el responsable de esa invasión en Normandía fue el Comandante en Jefe Ike Eisenhower. La operación se llamó en secreto *Overlord*, ¿qué te parece?, y tuvo enormes bajas; pero fue el principio del fin de la guerra.

Gonzalo volvió a *Survivor*. Quince kilómetros más adelante se encontraron con el Destacamento de Vialidad. Una motoniveladora Galium del año 75 se preparaba para quitar la nieve con dos cuchillas enormes. Una decena de automóviles precedía a Gonzalo y a su papá y una caravana los seguía. La Galium salió con la velocidad de un perezoso y comenzó a abrir el camino. Parecía que después de todo iban a rescatar al hermano. El nivel de la nevada había sido tan enorme que a duras penas las cuchillas podían trabajar en la ruta de tierra. Entonces, como estrategia, la enorme cola de autos se adhirió a la Galium para que no pudiera dar la vuelta y regresar.

Fue un viaje duro para Gonzalo, que ya no tenía ganas de conversar.

En un recodo del camino doblaron a la izquierda. Fue un trayecto de tres horas. Al poco tiempo había salido el sol. El papá de Gonzalo dijo:

–¡Viste que no hay nieve en altura! Acá hubo sol todo el día. ¡Estoy seguro!

–¿Estará bien Néstor?

–Tu hermano hace espeleología. ¿Te lo imaginás asustado?

–Pero mamá le tiene miedo al viento blanco y no sabemos si resistió el refugio.

–Ya me las voy a arreglar con tu madre, yo. Vas a ver.

Por las ventanas del Torino se veía un desierto de nieve. Ni siquiera se apreciaba la vegetación, excepto uno que otro pincho de jarilla que sobrepasaba el nivel de la nieve acumulada. Sin embargo, arriba reinaba el sol en un cielo azul Capri. José maldecía, pero Gonzalo se sentía muy feliz.

Detrás de la máquina, llegaron al refugio a las cinco de la tarde. A las seis sería de noche. El mótorman de la Galium dijo que volvía al destacamento a las seis y media en punto, sin esperar a nadie.

Los caracoles de Vallecitos son conocidos por su gran peligrosidad. El camino es angosto y el radio de giro es muy agudo. Son nueve curvas al borde de un precipicio. Eso preocupaba a José. Mucho más teniendo en cuenta que la Galium, un monstruo de varias toneladas, podía causar, en una mala maniobra, un gran accidente.

Pero ahora pensaba en su hijo mayor. La falta de una bolsa de dormir adecuada, como había dicho Gonzalo, era para preocuparse y no sabía si había llevado abrigo suficiente.

Finalmente la motoniveladora superó los caracoles con éxito –pero era de día– y llegó a destino con toda la caravana en buenas condiciones. Los automóviles se aproximaron al refugio y estacionaron. Entonces Gonzalo distinguió a su hermano, que tomaba sol en una roca y fumaba con sus amigos. Llevaba una gorra verde militar, un buzo y los mismos jeans marrones de siempre. De reojo, Gonzalo miró a José. Un rictus de violenta cólera le salivaba en las comisuras. Cuando se acercaron, dijo:

–Tu madre piensa que estás en estado criogénico. ¡Nos vamos!

–No. Me vuelvo en el colectivo de la universidad que viene mañana a buscarnos –dijo el chico.

–Pajarón. Mirá el viaje que hicimos. No te doy una trompada porque esto ha sido cosa de tu madre.

–Estamos bien, papá. En serio. Sentate a comer algo.

En una marmita de camping se cocían fideos y en una cacerola hervían varias salchichas. El clima era benigno para un día que había estado lleno de sol. José fue al auto y bajó las provisiones. Se sentó junto con Gonzalo a comer con el hijo mayor y los demás. Fue una cena larga en la que los chicos escucharon cómo la universidad había construido esos refugios, con qué presupuesto, quién era el rector y cuál el gobierno de turno. Entremezcladas con esos datos estaba la prosapia del rector, la del político con pelos y señales y algunas anécdotas que fueron muy divertidas, pensaba Gonzalo, gracias al tono tan solemne de José.

Se hicieron las seis y media y la motoniveladora se dispuso a partir tocando muy fuerte la bocina. Maniobró despacio para tomar el camino e hizo unos veinte metros para que la cola de autos pudiera organizarse y seguirla.

José abrazó a su hijo mayor. Después, Gonzalo y su papá subieron al Torino y se acomodaron en el segundo lugar detrás de la Galium. Era una noche sin luna. Empezaba un fuerte ventarrón. El hermano

desobediente había quedado atrás. Ahora los esperaban nueve curvas cerradas y un gran precipicio. El cielo, además, era un bloque de obsidiana sin estrellas.

4

La motoniveladora iba muy despacio. Para cuando hicieron el primer tramo recto previo a la curva, el viento blanco se había desatado con furia. Con una velocidad de setenta kilómetros por hora, levantaba la nieve suelta del piso, además de que caía granizo. José no veía nada. El parabrisas estaba congelado y los limpiadores no podían arrastrar tanta capa de hielo. La visibilidad no superaba los cincuenta centímetros desde las ventanas laterales, si se bajaban. Y era imperioso conducir pegados a la ladera. La primera reacción era frenar. Pero eso provocaría accidentes con los autos que seguían la caravana. No había más que continuar en primera, en una ruta que, a pesar de la Galium, conservaba algo de hielo e iba en bajada. Iban a cuatro kilómetros por hora, pisando el freno de continuo. El primer tramo recto les tomó casi veinte minutos. Los autos tocaban bocina para que los demás conductores pudieran deducir su distancia. Las luces del auto delantero eran como el fulgor de un polvo mágico, tenue y efímero. Las luces más potentes de la motoniveladora no se veían, porque iba a un coche de distancia. José dijo:

–Cerrá tu campera, hijo. Ponete uno de los gorros que hay atrás. Vamos a salir de esta.

La primera curva se acercaba. Gonzalo hizo todo lo que dijo José y bajó la ventanilla. El hielo le azotaba las mejillas y no sentía la nariz. Las instrucciones de su padre fueron:

–Tenemos que ir pegados a la ladera en todo momento. Si nos separamos veinte centímetros, estamos muertos. Vos vas a ser el capitán y yo el timonel. Tenés que decirme si me alejo de la ladera y ayudarme a corregir la dirección. Cuando se acerque la curva, vos me vas a decir cómo y cuánto doblar el volante. Si voy bien, si sigo pegado al canto de la montaña. Si ves que me desvío, tenés que corregirme.

Gonzalo dijo:

–¿Y si no puedo?

–Sí vas a poder.

Sacó el cuerpo por la ventanilla hasta el pecho. La temperatura había bajado a dieciocho grados bajo cero. Tenía las manos insensibles por el frío. Comprobó que podía ver con poca dificultad la ladera de la montaña y, con algo de equilibrio, tal vez podría tocarla con los guantes puestos. Los sacó de la guantera. Las manos le temblaban y no podía detener el castañeteo de los dientes. Su voz sonaba apagada por la tormenta.

–Ahora vas bien pegado a la montaña, seguí así un poco más.

–Cuando tenga que doblar, vas a decirme cuánto.

–Ahora. Solo un poquito.

–¿Cuánto es un poquito?

Gonzalo no había manejado nunca el Torino, excepto ese día para poner las cadenas. Lo pensó un momento:

–Mové las ruedas cinco centímetros a la izquierda.

–¿Así?

–Un poco más. Así. Otro poco.

–Avisame cuando empiece la recta.

–No veo nada.

Más atrás se sintió un estruendo. Seguramente, uno de los autos posteriores había embestido al de adelante. El mótorman de la Galium llamaría por radio para pedir el auxilio. A Gonzalo se le estrujó el corazón. Miraba a su papá. Es-

taba agarrado con las dos manos desnudas al volante, los nudillos blancos y los ojos achinados debajo de los lentes. Para mantenerlos en su lugar, encogía la nariz.

–Vas bien, pa. No frenes –dijo Gonzalo.

–Eso fue un auto chocando con otro. ¿Y si se cayeron?

–Nosotros no nos vamos a caer. Dale así. Seguí girando como vas, sin torcer más el volante.

Avanzaban a diez centímetros por segundo, ateridos por el viento que inundaba la cabina del viejo Torino. No tenían calefacción.

En un punto, la curva se suavizó y el tramo recto parecía empezar a unos pocos centímetros.

–Ahora enderezá. Despacio. Así vas bien. Otro poco más –indicaba Gonzalo, aterido.

José miraba con obsesión el parabrisas; parecía querer traspasar esa capa gruesa como una lámina de telgopor directamente con los ojos.

–Listo –dijo Gonzalo–. Ahora viene la recta. Dale despacio. Más a la izquierda.

José corrigió la dirección. Gonzalo estaba al borde de la hipotermia, pero ayudaba a José con todo el tacto que podía. Quedaban ocho curvas más.

Cuando pasaron los caracoles y retomaron el camino normal, José iba callado. Todavía la visibilidad era nula y Gonzalo lo ayudaba a conducir. Pero pronto el viento blanco cesó. Habían descendido un trecho largo. Una hora después, caía nieve fina y el ventarrón había parado. La caravana iba en silencio. La Galium aminoró la velocidad, tocó bocina y luego se detuvo. Hicieron lo mismo todos los autos. Habían perdido dos coches en ese viaje. José y Gonzalo limpiaron el parabrisas y ajustaron las cadenas, como todos los demás. Nadie conversaba.

Al retomar la marcha, José no dijo ni una palabra en dos horas. Iba con la vista fija en el camino.

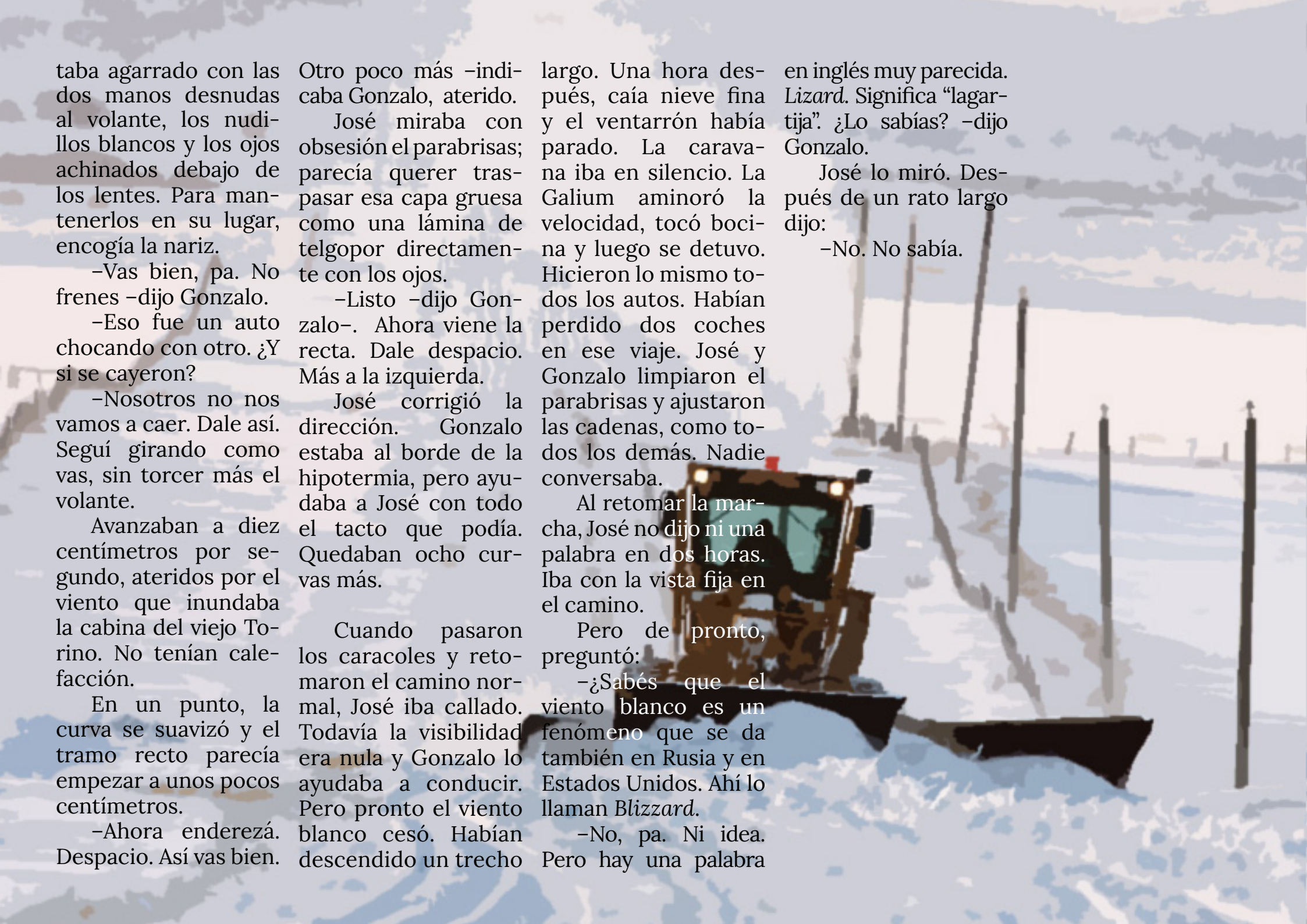
Pero de pronto, preguntó:

–¿Sabés que el viento blanco es un fenómeno que se da también en Rusia y en Estados Unidos. Ahí lo llaman *Blizzard*.

–No, pa. Ni idea. Pero hay una palabra en inglés muy parecida. *Lizard*. Significa "lagartija". ¿Lo sabías? –dijo Gonzalo.

José lo miró. Después de un rato largo dijo:

–No. No sabía.



Pablo Gómez llega a La Dormida para esconderse de un presunto crimen. Allí debe enfrentar un grupo de personajes sin destino: Sinchicay, un indio traficante de la frontera; Marina, una adolescente suicida, y Nico, un chico de 20 años que trabaja en la Asociación de Box. Entonces, en esa tierra desértica y olvidada de Dios, se desata una trama que los conduce a una fuga con destino incierto. *Vaselina* está construida como un coro de voces que, con la técnica del fragmento, la elipsis y el montaje va construyendo una estampa de ese pueblo en los años 80 y 90. Y también es un testimonio y una denuncia de la visión patriarcal de aquellos años complejos.

Agotado en librerías.

Graciela Scarlatto nació en Mendoza, Argentina. Vive en Buenos Aires desde el 2000. Estudió Filosofía y cursa ahora algunas materias de Letras en la UBA. Es poeta, narradora, editora en Ediciones Diotima y traductora. Actualmente se desempeña como directora de comunicación del Centro PEN Argentina. Ha publicado, entre otros, el libro de poemas *Ciclo Lectivo,* (Mono Sabio, Málaga) y participó en varias antologías, entre ellas *Cine de Papel* (APIV, Valencia). Cuentos suyos han aparecido en revistas literarias como *No tan Puan*, de la carrera de Letras en la UBA, y sus traducciones se han publicado en varios medios literarios, entre ellos *La copa del árbol.* En 2021 publica, en Ediciones del Dock, Buenos Aires, el libro de poemas *Clepsidras en la lluvia*. Ediciones Simurg publica su novela *Vaselina* en Buenos Aires, en 2021.

Poesía, Ediciones del Dock, (2021)

Espedal

/ Mariano Ducros
Cuento

La nota está fechada el 11 de noviembre de 2000. Aparece en la revista *Rollin´ Stoned*, firmada por Bob Zeitgeist. Su título reza: "Black Saxon, el monstruo en su laberinto". Y comienza así:

"Black Saxon, la bestia negra de la industria discográfica, ha salido de su letargo para presentar su última obra 'Vlad, the Impaler'. En su mansión de estilo gótico, en las afueras de Los Angeles, en la que nos encontramos ahora, podemos apreciar alguno de los diferentes trofeos que coronan la vida desenfrenada que Black Saxon ha llevado hasta ahora: un payaso pintado por el asesino serial John Wayne Gacey, un 'bootleg' de Charles Manson que incluye la canción 'Look at your game girl´ versionada por Guns N' Roses en su disco 'Appetite for Destruction' (la tapa del 'bootleg' está autografiada por el mismísimo Mason) y hasta un frasquito sellado que contiene una materia oscura que, según nos revela el propio Saxon, se trata de `un pedacito de mierda que le obsequió Marilyn Mason´. `Su propia mierda´, agrega, por si ha quedado alguna duda".

La crónica continúa describiendo el cuarto de Saxon –"Todo, hasta las manijas de la puertas, es de color negro–".

"Mi cuarto es el centro de operaciones –dice Saxon–. Para ser más precisos, la cama super 'king size' que fue hecha especialmente por un ebanista haitiano. Es un viejo decrépito que tiene una de las sonrisas más aterradoras que vi en mi vida y, además de la carpintería, ejerce como brujo vudú. Si te fijas en las patas, vas a ver esas pequeñas inscripciones. No sé lo que son exactamente, pero el viejo me dijo que me defenderían de cualquier tipo de demonios y energías oscuras. Y acá en Los Angeles está lleno de todo eso. Desde esta cama hago casi todo lo que me interesa. Comer, coger y componer. 'Vlad, the Impaler' lo hice básicamente aquí, con mi Mac, y luego mandándolo todo al estudio."

Pero es un poco más adelante en la lectura de la nota (entre un párrafo que describe el final de una noche de excesos en el Chateau Marmont y otro en el que hace su aparición en escena la enigmática modelo alemana Uri, su actual novia) cuando Saxon, sentado en la inmensa mesa vacía de su cocina, tropieza con su propia declaración:

"Mi infancia quedó marcada por un hecho terrible. Cuando tenía ocho años, bajé una noche al sótano de mi casa. Y vi a mi abuelo arrodillado frente al tren eléctrico con el que solíamos jugar mi hermana yo. Se estaba masturbando, mientras le salían unos sonidos guturales por el tubo de la traqueotomía que le habían realizado unos meses antes".

Saxon deja la revista sobre el reluciente mármol de la mesa. Mármol oscuro como el petróleo. Va hasta la heladera y se sirve un poco de "Absolut". (Es su bebida preferida ahora que ha abandonado la absenta). Bebe en silencio su vodka. Uri estará en alguna

fiesta. La casa suena como un caracol: hueca y distante. En la sala, el "home theater" proyecta sobre la única pared blanca (de toda la casa) *Sunset Boulevard*, la película de Billy Wilder. Sin sonido: solo la figura de Gloria Swanson y aquel mono al que la diva vela, como a un hombre, en el comienzo de la película. Desde algún lugar de las colinas de Hollywood llega, como si fueran ráfagas de viento, un sonido que viene y se va. Es la mezcla que se produce entre la música y mucha gente moviéndose alrededor de ella. Festejando, piensa Saxon.

Es la noche del 31 de diciembre del 2000.

En la pared, el guionista sostiene la pila de papeles que le entrega la actriz que fuma en una larga boquilla de nácar.

Saxon deja el vaso junto a la pintura de payaso de Gacey y sale. Mientras maneja, observa cómo las potentes luces de las mansiones de las estrellas despiden al siglo que se aleja y saludan al que llega.

Se detiene en un oscuro bar del "downtown". Los pocos clientes beben en silencio. La televisión parpadea como un insecto. Le pide al barman un "shoot" de whisky. Se lo toma de un solo trago. Pide otro.

"Mi nombre no es Saxon Black –le dice al 'barman' que seca con la minuciosidad de un entomólogo un copa cubierta por una película infinita de polvo-. Tampoco nací acá. Provengo de un lejano pueblo en medio de la nada. En realidad, no es un pueblo, es un grupo de casas plantadas en el centro de un valle. Al Norte, muy al Norte de este mundo. Fui criado por mis abuelos paternos. Mi madre murió el día que yo nací, y mi padre se escapó al poco tiempo a la ciudad. Es todo lo que sé de ellos. El cuarto que ocupaba mi padre antes de marcharse, en la parte superior de la casa –el mío quedaba contiguo a ese- parecía, con la cama tendida y la limpieza diaria, dispuesto a recibirlo de un momento a otro. Pero yo que lo visitaba seguido, buscando vaya a saber qué huella olvidada que me diera una pista del porqué de su fuga, fui comprendiendo con el paso del tiempo que ese momento nunca ocurriría. Mi abuela era una mujer que guardaba silencio en presencia de mi abuelo; mi abuelo era un hombre callado y severo. El padre de mi abuelo, mi tatarabuelo, había construido la primera casa, que no era en la que vivíamos en el momento que relato esto. La primitiva vivienda quedaba a unos cuantos kilómetros, camino a las montañas. Casi al borde de la misma nada. Más allá de aquella cabaña, uno solo podía encontrar hielo y silencio. Allí estaba el corazón de todo. En aquella cabaña estaba el corazón dormido de Espedal. Espedal es el nombre por el que yo conocía aquel lugar y es el nombre de nuestra familia. Más de una vez había querido llegar hasta allí, pero mi abuelo me lo había prohibido porque decía que no estaba preparado para hacer ese viaje. Y luego agregaba: `yo tampoco... todavía´. No entendía lo que quería decirme con aquello de 'todavía'. Mi educación me la otorgaban dos personas. Primero, mi abuela. En las interminables noches de invierno, mi abuela me relataba las historias del Rey del Bosque. Eran viejos relatos, que la generación de mis abuelos había escuchado de los suyos, y que mi abuela me transmitía con paciencia y encanto. Los personajes de aquellas historias eran a veces hadas transparentes

como una tela de araña; otras, pequeños gnomos domésticos que entorpecían con maldad la tranquilidad de los hombres; a veces había héroes que se transformaban en pájaros o mujeres muy jóvenes y bellas que se perdían en la oscuridad de las noches sin luna; pero siempre había dos cosas que nunca cambiaban en aquellos cuentos: el bosque y su rey. Y aquí mi abuela se detenía un segundo, para reclamar mi sorpresa, que nunca disminuía, no importaba cuántas veces hubiera escuchado las mismas palabras: `El Rey del Bosque velaba por la vida de todo lo que había en su reino. Pocas veces se mostraba, pero cuando lo hacía, nadie –divino o humano– podía olvidarlo. Vestía pieles de oso y portaba un pesado cetro de madera y, sobre todo eso, aquella corona: la cornamenta de un inmenso ciervo azul´. Cuántas veces el bosque en el que jugaba durante los veranos transmutaba en el mismo juego, en aquel de los relatos de mi abuela. Y con cuánto entusiasmo –pero también con igual temor– esperaba que El Rey del Bosque apareciera frente a mí. Esta educación ensoñada que me proveía mi abuela se completaba con otra más formal. Un maestro venía a darme clases una vez a la semana. Esto, por expreso ruego que mi abuela le había hecho a mi abuelo, sobre los problemas que podía acarrearme la falta de contacto con otras personas. Bajo la hosca mirada de mi abuelo, una vez por semana –y siempre que la nieve lo permitiera- el maestro llegaba por la mañana en un automóvil enorme y asmático. Se quedaba hasta la tarde, dándome algunos rudimentos de matemática y lectura. Era delgado y usaba unos anteojos que hacían equilibrio en la punta de su nariz. Aunque en la clase decía las cosas como si uno estuviera obligado a entenderlas, en los pocos descansos me contaba sobre las lecciones que daba en un colegio, sobre su hija pequeña y cosas así. En general, siempre terminaba esos comentarios con la siguiente pregunta: `¿No te gustaría estar con otros chicos?´. Pero nunca podía avanzar mucho más, ni yo darle una respuesta, porque en esos momentos aparecía mi abuelo y todo volvía al monocorde tono de la clase. Las cosas se mantuvieron así unos dos años, hasta que algo ocurrió. Una mañana mientras yo deletreaba con dificultad un texto al que no le encontraba ningún interés, el maestro me interrumpió. Me preguntó si yo sabía algo de religión. Debió reconocer en mi cara la absoluta ignorancia sobre el asunto, porque insistió: `¿No oíste hablar nunca de la fe?´ Nunca había oído esa palabra, pero como las otras veces, ni esto pude decir, porque como una tromba vi la sombra de mi abuelo que se abalanzaba sobre la flaca figura del maestro y, agarrándolo de las solapas del saco, lo sacudía hasta hacerle caer los anteojos. Gritaba: `Yo no le pago a usted para enseñar tonterías´. Este episodio dio por terminada mi educación formal. No extrañaba las clases, pero sí tener a alguien con quien hablar. Mi abuelo salía muy temprano y se perdía en el bosque con su trineo. Regresaba sobre el mediodía o hacia el atardecer, según la estación y cómo estuviera el clima. Generalmente regresaba con leña. Pero más allá de eso, no sabía qué era lo que hacía. Yo, cuando no paseaba por la silenciosa y pulcra habitación de arriba, jugaba en el bosque. A veces, mien-

tras corría por ahí, sentía que el bosque me oía; también, a veces... que me hablaba en un susurro grave, profundo. ¿Sería esa la voz de su rey? ¿Escucharía mi abuelo aquella misma voz cuando al despuntar el alba se perdía entre aquellas sombras? ¿Con quién compartir estas preguntas? Nadie llegaba hasta aquí. Hasta que un día..., apareció en la fronda. Era mediodía. La abuela cantaba en la cocina. Yo estaba jugando allí y lo vi. La figura se desplomó en la nieve. Corrí a la casa a dar aviso. Mi abuelo parecía más inquieto que yo, mientras ayudábamos al hombre a entrar a la casa. Mi abuela le dio un poco de leche con aguardiente y el hombre pareció recuperarse. Lo primero que me llamó la atención fue la cadena que llevaba y ese extraño símbolo; brillaban en la penumbra de la cocina. `¿Qué es eso?´, pregunté. El hombre me miró extrañado. `¿No has visto nunca un crucifijo?´ Entonces mi abuelo repitió lo que le había oído decir sobre el maestro de escuela: `Acá nosotros no creemos en esas tonterías´. El hombre no dijo nada más. Pero parecía desorientado. Era un Pastor. Vivía en un pueblo a uno diez kilómetros. Había salido pese a lo malo del tiempo (estábamos en otoño, y los caminos ya estaban cubiertos casi completamente de nieve) porque su hijo estaba muy enfermo y precisaba de su presencia y de su palabra para marcharse en paz de este mundo. Pero el auto se había detenido en el camino. Decidió salir, suponiendo que daba igual morir congelado fuera que dentro del vehículo, pero que quizá afuera podría encontrar a alguien que lo ayudara. Sin embargo, terminó perdido en el bosque. `Y entonces lo vi´, dijo el pastor. `Pensé que era un ciervo, porque tenía la cornamenta de un ciervo azul... Y efectivamente, tenía una cornamenta y también estaba envuelto en pieles, pero caminaba erguido. Y tal vez, solo tal vez, haya sido... un hombre´, dijo el Pastor que concluyó su relato diciendo que aquella presencia, fuera lo que fuera, se había abalanzado sobre él y que, después de eso, ya no recordaba nada más. Mi abuelo sacudió la cabeza. Mi abuela lo observaba. Yo estaba mudo. Entonces aquel hombre lo había visto... Mi abuelo le ofreció al pastor el cuarto de arriba. También le dijo que lo llevaría a la mañana siguiente hasta donde pudiera con su trineo. No fue exactamente un ofrecimiento. Yo conocía ese tono en la voz de mi abuelo. El pastor agradeció y se retiró. Permanecí despierto gran parte de la noche. Él lo había visto, me repetía; y mientras lo hacía, en mi cabeza iba formando la resolución de preguntarle a ese hombre, antes de que se marchara, cómo era aquella presencia que yo esperaba y que él había visto sin buscar. Sin embargo el sueño debe de haberme sorprendido en medio de estas ideas y pensamientos, porque cuando abrí los ojos ya era de día y mi abuelo, con el pastor, ya se habían marchado. Para no alertar a mi abuela, esperé un poco antes de entrar a la habitación que había ocupado nuestro huésped. Al final, lo hice. Todo estaba igual. Como si el pastor nunca hubiera venido. No buscaba nada en particular. Sin embargo abrí la tosca cajonera y extendí mi mano hasta el fondo. No sé por qué lo hice, pero allí estaba. Era un libro de una rugosa tapa de cuero negro. Una biblia. Claro que yo no

lo sabía entonces. Apenas si podía leer. Bajé atropelladamente y me dirigí al bosque. Allí enterré el libro. Y durante días, semanas y meses, me ejercité cada vez más rápido en su lectura. Dios era muy diferente al Rey del Bosque. El pastor había visto a este último, pero... ¿el Pastor habría visto alguna vez a Dios? Ahora que él no estaba, nunca encontraría la respuesta. Y por cierto, nunca le realizaría aquella pregunta a mi abuelo. Los años fueron transcurriendo. La nieve se fue y volvió. Mi abuela se fue convirtiendo en uno de los personajes de aquellos relatos que solía contarme de noche: un gnomo arrugado que recitaba sus conjuros entre las ollas y el viento del Norte, que rugía detrás de las ventanas. La biblia y Dios, su autor, parecían haber quedado en algún punto olvidado del bosque. Y sin embargo, la mañana en que mi abuelo me llamó, la memoria del lugar en el que la había dejado oculta volvió a mí. Mi abuela permanecía silenciosa en su cama. Solo tenía los ojos cerrados, pero aunque nunca había visto la muerte, supe que mi abuela no dormía y que la muerte no es un sueño. No sé cómo ocurrió. Quizás trataba de usar las palabras que conocía y las que había aprendido en soledad a conocer. Pero allí estaba, en el cuarto portando aquel libro de páginas amarillentas, tratando de encontrar... (la palabra surge ahora frente a mí y creo que es "consuelo"). En ese estado me sorprendió mi abuelo. Me quito el libro de las manos. Siguieron gritos e insultos. Un odio ciego como la noche me invadió. Escapé al bosque y vagué entre los árboles, esperando que la pérdida del libro fuera compensada con la aparición del Rey del Bosque. Pero eso no ocurrió. Era muy grande para volver al reino de mi infancia, y no parecía estar lo suficientemente preparado para lidiar con esta nueva vida que se abría frente a mí. Volví a la casa porque el frío me obligó. O eso creí. Llevaba la resolución de marcharme. Pero cuando entré y vi a mi abuelo en la cocina, a oscuras, sentado en silencio en su lugar habitual, supe que no podría hacerlo. Desde aquel día me ocupé de la casa, un poco como lo había hecho mi abuela, pero sin su silenciosa alegría. En aquellos días, al terminar la jornada, me encontraba mirando en dirección a las montañas, hacia donde se erguía secreta y silenciosa, la antigua cabaña: el corazón de Espedal. Y un día lo supe. Había llegado el momento. Sin embargo, una vez más mi abuelo me detuvo. Después de cenar, la noche de aquel día, en un extraño rapto de locuacidad, me dijo: `Sé que deseas conocer el secreto de Espedal. Solo te pido que aguardes un poco más´. `¿Cuánto más?´. `Un poco más...´. Y agregó: `El Rey del Bosque protege a todos sus hijos´. No pasó mucho tiempo. Unos días después, la voz de mi abuelo me despertó como lo había hecho aquella vez, cuando la muerte se había presentado por primera vez. ¿Será por eso que en ningún momento vacilé o sentí miedo? Yo contaba con 16 años y, a excepción del maestro, mi compañero de escuela y la presencia fugaz del pastor, las únicas personas que conocía en este mundo habían sido mi abuela y mi abuelo. ¿Por qué la partida de mi abuelo no me llenaba de espanto? Su agonía duró un tiempo más, semanas. Ya con la voz leve de un fantasma me pidió que

me acercara y me dijo: `El Rey del Bosque protege a sus hijos. Llévame a Espedal´. Y expiró. Horas después enganchaba los viejos caballos al tiro del trineo. El camino fue arduo. Nevaba. El aliento del invierno se encontraba próximo. En la última parte del trayecto, lo inclinado del camino me obligó a improvisar una angarilla para depositar el cuerpo, y arrastrarlo yo mismo hasta Espedal. La cabaña se erguía a mitad de camino de la punta de un risco. Era difícil, con el techo a medio derruir y casi sepultada en su totalidad bajo la nieve, recodar que allí había existido un hogar: el origen de una historia. Pensé que más apropiadamente podría considerarla un final: el túmulo mortuorio. Llevé conmigo el cuerpo de mi abuelo al interior de la cabaña. Pese al techo derruido y a las ventanas sin postigos, la luz del exterior se resistía a penetrar en aquel lugar. Me tropecé. Tuve que dejar el cuerpo y tantear en la penumbra para descubrir qué era lo que había allí. Eran huesos. Algunos formaban un esqueleto completo. Otros solo eran una calavera blanca y desolada como la nieve a mi alrededor. Algunos, al revés, revelaban limpias costillas sin cráneo, como el que parecía brillar frente a mí. Mi sorpresa duro muy poco. Cuando me acerqué un poco más, adiviné de dónde provenía la naturaleza de aquel brillo: era un cadenita de la cual pendía un crucifijo de plata. `El Rey del Bosque protege a todos sus hijos´. Salí y fui hasta la angarilla. Rocié con cuidado el perímetro de la casa con las botellas de aguardiente que había traído conmigo. La cabaña ardió y siguió ardiendo mientras yo me alejaba. Nunca más volví".

El *barman* apoya la copa sobre la barra y sonríe.

-Es una buena historia.

-Sí, bueno... –contesta Black Saxon y apoya él también su vaso vacío sobre la barra. Agrega–: ... solo es otra versión de la misma historia.

Luego se incorpora. Paga y se va.

Mariano Ducros Es Licenciado en Letras (UBA), docente y escritor. Trabajó durante más de diez años como director del área de Extensión Cultural del CCBorges, donde coordinó hasta el 2020 dos talleres de escritura *Novelizar* y *Proyectos de Escritura.* Cocondujo hasta 2017 el programa *La voz del Laberinto* en Radio Cultura, donde actualmente colabora en el programa *El Umbral.* Da clases en la Universidad de Palermo. Y hace cinco años participa activamente en el proyecto Pedagógico Waldorf, dando clases en la Escuela Juana de Arco. Le gusta Led Zeppelin, los haikus, el té blanco, los libros ilustrados y conversar con su hija. Vive con Flora, su pareja, y su gatita Sara en el barrio de Núñez.

Guerra

/ Omar Asan
Relato

Domingo Guerra escupió y encendió otro cigarrillo. El ataque de tos hizo que se doblara en dos y pensó una vez más que tendría que dejarlo. Comenzó a dirigirse al Bar y recordó al Beto. ¿Estaría vivo? ¿Qué sería de él? Los años que pasaron haciendo guantes en la Federación de Box y luego las charlas en el Miño, a la vuelta, en el bar de los gallegos, los extrañaba. Le gustaba oírlo. Además, siempre lo sorprendía. Un día entró sin el ojo derecho y ante su asombro lo calzó con un "cross" de zurda. Sucio, pero buen amigo. Siempre pagaba la cerveza y contaba una y otra vez cuando había peleado en el Madison. Le había arreglado una pelea su entrenador, Paredes, un ex campeón pesado, y cobró tanto, decía, "que el negro no se cansaba de pegarle", pero orgulloso, volvía a decir: "No me tiró". Quedó hecho una piltrafa y fue el fin de su carrera. Siempre jugaba con su ojo faltante. Le gustaba impresionar mostrando la cuenca vacía, rosada, y era lo único que le quedaba. Su orgullo y compadrada, los había perdido y fue su fatal derrota. Se sacaba el ojo de vidrio y se lo volvía a poner. Al principio, a Guerra lo impresionó ese juego y cuando tímidamente le preguntó qué le había pasado la respuesta fue: "Ya te contaré, alguna vez te contaré", pero siempre postergaba la ocasión. A veces, en el Miño, jugaba sobre la mesa a la bolita con sus ojos; uno, su favorito, el celeste, lo usaba de bolón. "Lo vas a perder" le decía Guerra, pero siempre respondía lo mismo: "A falta de uno tengo varios", decía, y los volvía a hacer rodar. Se rumoreaban varias cosas. Que el negro se lo vació de un derechazo; que se cayó borracho en la calle; que una puta, en el Bronx, le clavó una uña porque se negó a pagarle; pero eran versiones de las que él nunca hablaba. "Ya te contaré", le volvía a decir a Guerra, pero nunca lo hacía.

Guerra encendió otro cigarrillo. Esta vez la tos fue más fuerte. ¿Escupiría un trozo de pulmón y jugaría, como el Beto, con esa parte suya? Rio para sus adentros. Se sentó en el Miño y pidió lo de siempre. El "gaita" lo conocía y al verlo le trajo la cerveza helada y los maníes. "¿Solo, hoy? Hace tiempo que no veo a su amigo", dijo. "Solo", respondió Guerra de mala forma. Tomó el diario y se llamó a silencio.

La noche de ese día decidió caminar. Pensó que unas empanadas y un semillón le vendrían bien. Tomó Bartolomé Mitre hacia Callao y encendió el último cigarrillo que le quedaba. Hizo un bollo con el atado vacío y lo arrojó a una pila de bolsas de basura, algunas reventadas, y una frazada que cubría un bulto a lo largo. Siguió caminando cuando escuchó esa voz. "Oiga, qué hace". Más que una pregunta era una afirmación. Se detuvo; conocía esa voz. Asomó una cara barbuda debajo de la frazada y no dudó al gritar: "Beto". La respuesta fue el silencio. "Beto", volvió a decir. "Que Beto ni Beto, deme un cigarrillo", ordenó la voz. Guerra miró el suyo encendi-

do e hizo un gesto de no tener. "Ese", volvió a escuchar. Se lo acercó. El hombre pitó fuerte y se lo devolvió con una mano temblorosa. Guerra siguió caminando. Ya no tenía hambre. Volvió al Miño y se quedó pensativo.

***

Guerra, con paso lento, se dirige a su casa. Está triste, vuelve del entierro de su amigo Mariani: ya no habría ginebras en el Británico ni largas madrugadas compartidas. Se siente cada vez más solo. Anochece, las calles vacías y un aire melancólico lo inundan cuando escucha una voz, como un lamento. Se acerca. Busca de dónde proviene y entre dos autos abandonados encuentra un cachorro de perro atado a una cinta roja. El animal gime, tiembla de frío a pesar de que no lo hace. ¿A quién le importaría un cachorro?, se pregunta. Y a él, ¿qué le importa esa vida? se dice, pero se acuclilla, lo desata, lo toma en sus brazos y lo cobija en su saco. Al llegar al departamento se dirige a la heladera donde queda un poco de jamón, que corta minuciosamente, mientras el perro no para de llorar. Le acerca la comida y el agua que devora y bebe. Lo mira, lo vuelve a mirar ensimismado y piensa que será un hermoso perro. Lo acaricia, le dice "'Que le importa' te vas a llamar" y lo acuesta en una cucha improvisada. Se pregunta si no es otra de sus quijotadas, pero ya es tarde, "Quele" duerme. Guerra se sirve una copa de whisky doble y lo observa. Vuelve a llenar la copa, no quiere pensar en nada y se acuesta. Cuando despierta, es de madrugada; el perro está acurrucado a su lado instalado en su cama.

***

Lo asedian los recuerdos. Quiere evitar pensar pero no puede. Piensa en su amante, que estará con su marido en Roma, y sonríe. La conoció en El Miño. Él leía unos poemas de Idea Villariño cuando ella entró, se dirigió al mostrador y pidió un café y el teléfono. Miró el lugar y lo vio a él, concentrado en el libro. Ladeó la cabeza y quiso saber qué estaba leyendo. Ese movimiento lo distrajo de la lectura y la miró. Ella quiso disimular y Guerra dijo: "una poeta uruguaya". Ella sonrió y musitó por lo bajo: "No sabía que los hombres leían poesía". La invitó a sentarse pero ella no respondió. Se dio media vuelta y se fue.

***

Corrientes era una fiesta: volvía la democracia y las calles estaban pobladas por multitudes que cantaban y reían, cuando un pequeño grupo inició unos disturbios. Intervino la policía y, entre corridas, ella se choca con Guerra. Sin dudar, él la toma del brazo y la introduce en El Vesubio justo en el momento en que el bar cierra sus puertas. Le agradece, se había apartado de su columna y quedó perdida entre la multitud. Se presentan y se reconocen de aquella vez en el otro bar. Él le comenta que tiene un perro y ella que tiene un marido. "¿Son lo mismo?", dice Guerra y serio enciende un cigarrillo. Ella lo mira, no entiende pero agrega: "¿Nunca sonreís?" y él esboza una mueca. "Ah. Sos un duro" dice ella y ríe. Se produce un silencio y ella se levanta y se va sin saludar.

¿Cuantos días pasaron? No podría precisarse, pero esa tarde en que Guerra hojea un nuevo libro, escucha esa voz y al levantar los ojos la ve. "Hola, seriote", dice, con un mohín, Graciela y ríe. Ramón, el mozo del Miño, le

guiña un ojo a Guerra y sigue en lo suyo.

***

Graciela desnuda en la cama junto a Guerra, que mira el techo. "Quele" duerme a sus pies. "¿Sabés por qué no me separo?", dice. "Porque él me da una seguridad que vos no me ofrecés. Creo que él es un buen tipo". "¿Creés?", dice Guerra. "¿No sabes quién es? Vamos, chiquita, la seguridad tiene un precio. Sos una burguesita que no quiere renunciar a los beneficios de una señora pudiente". "Sos un cínico", dice Graciela, "pero me gusta estar con vos", dice y se acurruca en sus brazos. "Quele" suspira. En ese momento suena el portero eléctrico. Guerra se levanta y contesta. Nadie responde. Vuelve a la cama. Pasan unos minutos y vuelve a sonar el portero. Se produce un silencio molesto. Guerra se asoma al balcón y tras la cortina observa a un hombre mayor, elegante, que vuelve a tocar el timbre y lentamente se va caminando hacia el auto que lo espera.

***

En su mesa habitual del Miño, lee a Lorca. "Y yo que la pensé mozuela, pero tenía marido" relee paladeando el verso y no nota que se le acerca un hombre, corre una de las sillas y por lo bajo le dice: "¡Cuídese! Piense en lo que está haciendo. Esa mujer no le conviene". Sin esperar respuesta se da vuelta y se va. Guerra se queda mirando. El hombre de espalda lo saluda con un gesto de la mano y se va. Sube a un auto estacionado en doble fila y parte. Guerra vuelve a disfrutar "de la amada infiel", juega con el hielo de su copa de whisky y, concentrado, no siente la presencia hasta que una mano lo presiona en el hombro. Al levantar la vista, exclama: "¡Beto!" y ríe con ganas.

***

En una abundante cena bien regada con borgoña, la charla se da distendida y las noticias de un posible empleo del Beto, en Las Vegas, es una excusa para brindar por el reencuentro. La noche transcurre apacible. Guerra, al pasar, le cuenta de Graciela su nueva conquista. Beto lo campanea, lo mira fijo, toma un trago de vino y solo dice: "Vos siempre en quilombos" y se concentra en el flan con dulce de leche. Luego se despiden.

***

Es la tarde de un viernes. Guerra y "Quele" están por cruzar Bulnes cuando un hombre en cueros, tomándose el vientre hinchado, dice: "Tío, ¿no me das para comprar vino?". Guerra lo mira, lo escucha, siente esa voz y dice: "Si me pedías para comer, no te daba", y manotea unos pesos. "Gracias, tío, vos sos de los míos", dice el hombre y lo empuja hacia atrás. Guerra trastabilla cuando justo pasa una moto a gran velocidad y casi lo atropella. El hombre dice: "Te salvé, hermano" y putea a la moto, que se aleja por Rivadavia violando los semáforos. Guerra le da unos pesos más, agradece, y un sudor frío recorre su espalda. Llega a su casa, se sirve el poco de whisky que le queda y, tirado en la cama, se relaja escuchando a Piazzola y el susurro de Amelita Baltar.

***

Sábado por la tarde. Guerra entra al Miño y Ramón corre a su encuentro. Le da un sobre y solo dice: "Le dejaron esto". Se sienta. El sobre está sin pegar. Una nota breve:

"Querido seriote: Me voy a Roma. 'Papi' me compró un departamento en la zona

del Campo de Fiori y le pedí que fuera en la Calle de la Poesía, así me acordaba de vos. 'Ciao, bambino'. P.D. En la cucha de 'Quele' te dejé unos pesos por los servicios prestados. Cada vez que leas un poema o tomes un whisky, pensá en mí."

Guerra leyó la nota y luego la rompió. Salió ante la mirada atónita de Ramón y fue a su departamento. "Quele" dormía en su cucha. Lo corrió despacio y vio el otro sobre con una abultada suma de dinero. Sonrió y pensó en esos libros que quería comprar y en el Johnnie Walker que se tomaría con el Beto.

***

Camina despacio hacia el conventillo de la calle Anchorena dónde vive el Beto con su madre. La doña lo conoce por su hijo y por las locuras que este le cuenta de él. Al verlo, la vieja lo abraza y entre sollozos le dice: "Se fue a Las Vegas; te dejó saludos y este sobre". Al abrirlo decía: "No me gustan las despedidas. Cuando eche buenas te mando el pasaje. Un abrazo".

"Puta. ¿Y ahora con quién tomaré el whisky?", piensa y empieza a caminar hacia el Miño.

***

"Quele" duerme, usurpa el sillón de lectura de Guerra cuando, de golpe, levanta las orejas y mira hacia la puerta. Se oyen unas llaves que entran en la cerradura y Guerra también dirige la vista hacia la puerta. Ingresa una mujer con un chambergo negro y un habano en la mano.

–¿Qué hacés, seriote? –dice y ríe.

Él la mira. ¿Cuánto hace que no la ve? Y esa costumbre suya de prestar las llaves y Beto que dice: "Un día te vas a llevar un susto." Ignora ese pensamiento. La vuelve a mirar. Está más deseable que nunca. Sin hablar, se levanta y prepara dos whiskys. Ella dice, mientras se saca el sombrero y cae en cascada su lacio cabello rubio:

–¿No es temprano para empezar?

Él no responde. Ella sonríe y él siente una cosquilla en la entrepierna.

–Me tomé unas vacaciones de Papi –dice–. Él sigue allá con sus negocios y los tanos son muy toscos, no como vos. Te extrañaba y me vine.

Se acurruca en sus brazos; luego, lo besa profundamente y empieza a desabrocharle la camisa. Guerra se deja. Esa mujer es y fue su mejor amante. "Quele" mueve la cola y vuelve al sillón. Luego ella se duerme. Guerra aprovecha y se ducha. Decide sacar a "Quele". Al bajar, en la puerta del edificio lo espera un hombre mayor, bien vestido, que le dice:

–¿Ud. es Domingo Guerra?

Él asiente sin hablar. Lo mira. El hombre es pequeño, luce ropa de marca impecable y se le notan los años.

–Soy el marido de Graciela.

–Un gusto –responde Guerra.

–Sé que mi mujer está acá.

Vuelve a mirarlo. Tras el hombre, un Mercedes con chapa diplomática y un gorila al volante.

–¿Qué quiere?– dice Guerra.

–Que la deje en paz –dice el marido–. ¿Cuánto quiere?

–Que me deje pasar –dice Guerra–. Mi perro tiene necesidades y no puede esperar.

–Comienza a caminar sin volverse.

–Pedazo de hijo de... –dice el otro y se calla.

Domingo se vuelve. El hombre está rojo de indignación. Guerra solo dice:

–Le agradezco que se acuerde de mi madre y, si me disculpa...

Lo aparta y sigue caminando hacia Rivadavia.

Se escucha el portazo de un auto que arranca veloz con rumbo desconocido. Al volver, Graciela se ha ido. Sobre la mesa está el habano. Deja a "Quele" y se va al Miño. Ramón le dice: "Lo vinieron a buscar, pero solo preguntaron por usted."

Pide un café doble y una ginebra y enciende el décimo cigarrillo del día. Abre una biografía de Jacobo Fijman y recuerda al Beto. "Dos locos lindos", piensa y sonríe para sí. Luego vuelve al edificio. En la pared está escrito: "Cuidate" con mayúsculas. Ingresa al departamento. La heladera está vacía. Vuelve a salir y en la puerta encuentra estacionado el Mercedes. El gorila, apoyado en la pared, dice: "¿Qué le dijiste al doctor, hijo de puta?"

Guerra lo mira, se da vuelta y camina hacia la esquina. El gorila le grita: "Te voy a matar, hijo de puta". Guerra gira y lo mira, el hombre parece emocionado, casi compungido. Piensa en contestarle, pero no vale la pena. Cuando regresa del supermercado, el auto no está y él no vuelve a salir.

***

Aburrido, mira la biblioteca. Mezclado entre los libros, ve un Corán. Se despierta el recuerdo de Echepareborda, el encuadernador que conoció en el Miño. El vasco se le acercó cuando lo vio leer los Escritos de Lacan y fue directo hacia él. "No quiere que se lo encuaderne", propuso. Así se inició una amistad que perduró por los años. En esas charlas se enteró de que "Eche" había querido ser cura, pero la vida y el trabajo lo alejaron del seminario. A pesar de todo, continuó leyendo y se volvió un estudioso de las religiones. Siempre había querido leer el Corán y nunca había podido comprarlo; como Guerra tenía uno en su biblioteca, se lo regaló. Pasó un tiempo y no lo volvió a ver. Un día, al llegar al Miño, Ramón le entregó un paquete. "Lo dejaron para usted", dijo. Al abrirlo, Guerra se encontró con el libro y una hoja que decía:

"Sr. Guerra: Mi tío ya no está entre nosotros. Me pidió que le devolviera este libro, que es suyo, y cumplo su voluntad. Le agradece y como no lo volverá a leer, dijo que el mismo debería volver a sus manos. Muchas gracias." Txato Echepareborda.

"Mierda", dice Guerra. "Otro amigo que no volveré a ver". Rompe la nota y pide un whisky doble. Vuelve al departamento y se sirve otro whisky. "Quele" se le acerca y se queda junto a él.

***

Sábado de madrugada. Desvelado, por enésima vez, decide ordenar la biblioteca. Saca los objetos con cuidado. Acaricia las pipas. Cada una contiene su historia, pero solo una no es fumable. Es rusa. Se la regaló una escritora, Cuca Rapapor, en uno de sus viajes. Es un objeto estilizado, con un revestimiento de plata. Concentrado en admirarla escucha el portero eléctrico. No responde. "Quele" se levanta de la cama y se le acerca. Vuelve a sonar el portero. Levanta el auricular y escucha.

–Guerra, por favor, responda.

–¿Quién es?

–Por favor, baje. Por favor –repite la voz.

Guerra toma su tiempo, se viste, se peina y baja. Es el gorila. Se lo nota demacrado y su aspecto no es el mismo de cuando conducía el Mercedes. "¿Qué quiere a esta hora?", dice Guerra de mala manera. "El Dr. quiere verlo, está internado. Está grave". Guerra duda.

"¿Y su mujer?", pregunta. "Como: ¿Ud. no lo sabe? 'Esa' se fue", dice con desprecio el gorila. Al final decide acompañarlo. Un remís los espera en la esquina. "Discúlpeme", dice lloroso el gorila. "Soy Ruperto Garcia", y le tiende la mano. Guerra lo deja con la mano en el aire. El hombre baja la vista. Solo dice: "El doctor fue como un padre para mí". Guerra sigue en silencio. El hombre lloriquea. "Lo que faltaba", piensa Guerra. Al llegar al Instituto del Diagnóstico, lo acompañan a la habitación, lo dejan ingresar y la enfermera que cuida al enfermo sale al pasillo. Entre cables y monitores, el viejo es un ser indefenso. Le dice balbuceante: "Guerra, escúcheme. Me estoy muriendo. Cuide a Graciela. Solo eso. Cuídela", y un acceso de tos lo convulsiona. En ese instante ingresa la enfermera y le pide que se retire. Guerra sale y se va sin decir nada. Vuelve al departamento. Mira la biblioteca y de nuevo posterga ordenarla. Se tira en la cama vestido y se duerme.

***

Guerra camina por Bulnes con "Quele" hacia la Plaza Almagro. Una moto los intercepta y frena a un costado. El conductor se saca el casco y Guerra se encuentra con el gorila. Dice:

–Murió el doctor.

–No me interesa –responde Guerra y sigue caminando.

El tipo arranca la moto y lo acompaña a paso de hombre. "Quele" se detiene y orina en una pared, lo cual da lugar a que el hombre diga:

–Perdóneme, ¿podemos tomar un café? Quisiera hablar con usted.

–No suelo trabajar de niñera –dice Guerra y continúa al ritmo de "Quele".

La moto arranca y se pierde por Perón ante un Guerra que lo sigue con la mirada. Luego de recorrer la plaza regresan al departamento, deja a "Quele" y se va para el Miño.

A la altura del segundo café, mientras ojea una biografía de Goethe, decide pedir un whisky. Se concentra y piensa en el amor de Chistianne y Gothe y lo que se decía de ella. ¿Se diría lo mismo de Graciela? "Qué cosa el amor", reflexiona, cuando siente una presencia a su lado. Es el gorila.

–Usted siempre lee? –pregunta Ruperto.

Guerra lo campanea.

–¿Me puedo sentar? –vuelve a preguntar.

–Es gratis –dice Guerra.

El gorila, con cuidado, corre la silla y parece dudar. Finalmente se sienta.

–¿Qué quiere? –pregunta Guerra.

–Hablar. ¿Sabe? Tenemos un amigo en común.

–¿Quién?

–El Beto Gutierrez. Yo fui "esparring" de él en el Luna, antes de que viajara a pelear en el Madison. Luego no lo vi más. Me enteré de que no le había ido bien y lo perdí de vista. Hace dos meses lo encontré en Las Vegas. Al doctor le gustaba el juego y el Beto andaba por ahí, organizando peleas arregladas. Entre abrazos hablamos de Buenos Aires y me contó de un amigo al que extrañaba. Era usted. No volví a saber de él. Me enteré de una balacera, y su nombre apareció en los periódicos. Estaba muy grave, supongo que ya debe de haber muerto. Guerra escucha en silencio. Ruperto se levanta y a modo de despedida dice:

–Lástima, podríamos ser amigos. –Le tiende la mano.

Guerra solo lo mira, y el hombre, con la mano en el aire, se va lentamente.Guerra aprovecha y pide un

whisky doble. Lo toma de un trago y se va al departamento. Levanta a “Quele” del sillón, acerca un banco, pone la botella de whisky arriba y empieza a tomarla lentamente con la mirada perdida en el techo. Cuando despierta no sabe dónde está. Un aliento pestilente lo relaja. En ese momento suena el portero eléctrico. Tambaleante escucha: “Telegrama”. Baja y lee.

“ Zafé, eché buenas, va el pasaje. Te espero en Nueva York”.

Guerra tira el papel y estalla en una carcajada.

Omar Asan es Licenciado en Psicologia; Psicoanalista. Pasó por los seminarios de Ricardo Piglia y de Mariano Ducros. Asistió al taller de Mariano Ducros y concurre al taller de análisis de cuentos de Hernán Lucas.

Ayer es ayer y también hoy

/ Susana Szwarc
Relato

¿Adónde se iba el mundo cuando yo cerraba los ojos? Le había parecido escuchar eso en una canción. Le gustó. Acostada sobre el pasto de la plaza, apretaba fuerte los ojos.

–¿Qué hacés, Lucita? –le dijo Facundo.

–Abro y cierro los ojos, ¿y vos?

–Me voy al gimnasio. Desde temprano que estoy en la peluquería, lavo, tiño, estiro, enrulo. Me parece mejor estar en la Capital que en Jujuy, pero estoy deprimido.

Mientras hablaba, había saltado, estirado los brazos, rotado el cuello. Se iba preparando. Se fue. Volvió.

–¡Ah!, te traje esta crema para el pelo.

Luci esperó hasta que el asiento que daba a la vereda se desocupara. Se sentó ahí. Le gustaba el atardecer en esa plaza, el verano, los días más largos, el sol que alumbraba mejor que la luz del poste. Iba a cerrar los ojos.

–Te traje esta blusa –le dijo Jorge– conseguí un montón de ropa.

Luci se puso la blusa y después se sacó la remera. Tenía habilidad para esos cambios subrepticios en las plazas públicas.

–¿Me queda bien?

–Te queda preciosa. Después me fijo si tengo alguna pollera.

–Sí, una que me combine con la blusa, estoy toda colorinche.

Jorge trabajaba cerca de la plaza. Se había puesto a vender ropa usada y le gustaba decir: "voy tirando".

–Hoy vendí algo. ¿Querés un trago de cerveza?

–No.

–Lucy, estoy deprimido; creo que extraño mi pueblo, aunque me parece que estoy mejor en la capital. Me voy un rato al gimnasio.

–Recién fue Facundo para allá.

Un globo llegó de algún lugar hasta las manos de Luci. Lo retuvo hasta que vino su dueño. La madre del chico se puso a hablar de lo cansada que estaba, que atender una casa –dijo–, tan grande como la suya, era un verdadero incordio y a Lucy le gustó esa palabra: "incordio". La madre seguía rumiando su lista de trabajos hasta que se puso a correr mientras gritaba: "Hijo, hijo". Un montón de chicos se dieron vuelta, la miraron llamados por su función.

Las luces de la plaza se fueron encendiendo y se mezclaron con la luz del sol.

Mercedes estaba parada frente a ella. Trabajaba en el bar de la esquina.

–Llevo estas empanadas y después me voy a casa. Te traje el diario del bar, total a esta hora ya no lo lee nadie. ¿Sabés?, ayer en el "gim" estaba en la cinta y llegué a 140 después de diez minutos.

–Qué bien.

–Sí, y eso que estoy algo depre. Me voy o las empanadas van a parecer helado, ¿querés una?

–Bueno.

–Mirá quién va corriendo ahí.

–Sí, Eduardo. Es la tercera vez que pasa. No sé cómo hace, cada vez más rápido.

–Chau, Eduardo.

Pero él no las escuchó. Corría con su *walkman*, incansable–inalcanzable, después

de sus once horas de trabajo.

Luci creyó entender que lo de Eduardo era algo de informática. Sabía que él estaba frente a una pantalla, con los ojos fijos ahí, aunque él decía que llevaba las cosas de un sitio a otro, que no podía distraerse o que sí, a veces, pero eso provocaba un verdadero caos.

Un día le dejó unas hojas. "Ya no se usan", le dijo, "podés usar las partes blancas". Y Luci leyó: E*n el día de la fecha estaremos implementando en producción el requerimiento del asunto. La primera corrida del proceso* BITX *está planificado para el día de mañana a las 6 h. Requerimientos:* 43452 *En tránsito test–prod* IMRQR y así, repetido montones de veces hasta que aparecía otra hoja donde decía: *Se modificó el comportamiento* y otra: *se actualizan los trámites ya cumplidos.* Por último: *Los registros que hayan sido informados caerán en la* Bandeja de devueltos *para que, si corresponde, se desinformen.*

Luci pensó primero que, como las empanadas, los datos iban en la bandeja pero luego dejaban de estar allí. Después se dio cuenta de que era algo mucho más serio. Había un lugar donde las cosas iban de un lado a otro mientras las personas estaban quietas, como en un ritual sagrado. La vista, la mirada, la visión permanecían implacables sobre esos números, esas letras que, era evidente, alimentaban a alguien. Y que sucedía en un eterno retorno. Se informaba y cuando cada letra, número, cifra, estaba en un determinado lugar, vuelta a desinformar y así hasta el infinito.

–Hola –dijo Darío. ¿Venís a dar una vuelta?

–¿Te gusta mi blusa?

–Sí.

–Entonces llevame a tomar un café.

Subió al taxi.

–Qué día hoy. No hay nadie en la ciudad, me la pasé dando vueltas.

–Mirá estas hojas, estos informes y desinformes. ¿No creés que los que hacen esto tienen algo de dioses? Una repetición así tiene que producir algún efecto en el planeta.

–Mirá, yo también sería un dios entonces, paso los días y las noches recorriendo calles, avenidas, cortadas, esperando que alguien suba al taxi.

–Sí, podría ser, pero no es lo mismo.

Viajaron unas cuadras y entraron a un café. Ahí estaba otra vez el nene con el globo. La madre le hizo un saludo con la cabeza.

–Voy a trabajar unas horas. Después veo si voy al gimnasio.

–¿Me llevás hasta otra plaza?

Luci buscó un banco cómodo. Ya había oscurecido y parecía querer nublarse. Esta plaza no estaba tan iluminada. Encontró una rama como un lápiz y empezó a hacer dibujos, casas, mariposas, flores y globos, no podía dejar de dibujar globos. Los hacía y los borraba con el pie como si informara y desinformara alguna cosa.

–Lucy, ¿qué hacés aquí?

–Vos qué hacés. Me asustaste.

–Estoy corriendo.

–Sí, te vi en la otra plaza. Pero ¿cómo hacés para estar en dos plazas a la vez?

Eduardo se rio. Que se haya reído es mucho decir, a veces le aparecía una mueca de sonrisa.

–Me estoy entrenando y cada vez voy más rápido, es que pronto hay dos días de montaña en Tandil.

–¡Ah! O sea que estuviste todo el día llevando datos de un sitio a otro y ahora...

–¿Me cuidás la mochila?

Evidentemente, estas personas eran algo así como dioses.

Primero el rezo sobre las pantallas, el desconocimiento absoluto del afuera, si lluvia o sol, y de pronto en las calles lograban estar en varios lugares a la vez. Eduardo ya estaba corriendo. Desde el interior de la mochila sonaba el celular; le gustó la música.

Ella seguía dibujando. Pasaron horas hasta que Eduardo dejó de correr. Se sentó en el pasto; no parecía estar cansado.

–Creo que estoy un poco deprimido, mañana a la hora del almuerzo voy a ir a nadar.

Sacó de la mochila un sándwich.

–¿Querés un pedacito?

–Bueno.

–Me voy a casa, es retarde, no sé cómo aguanto.

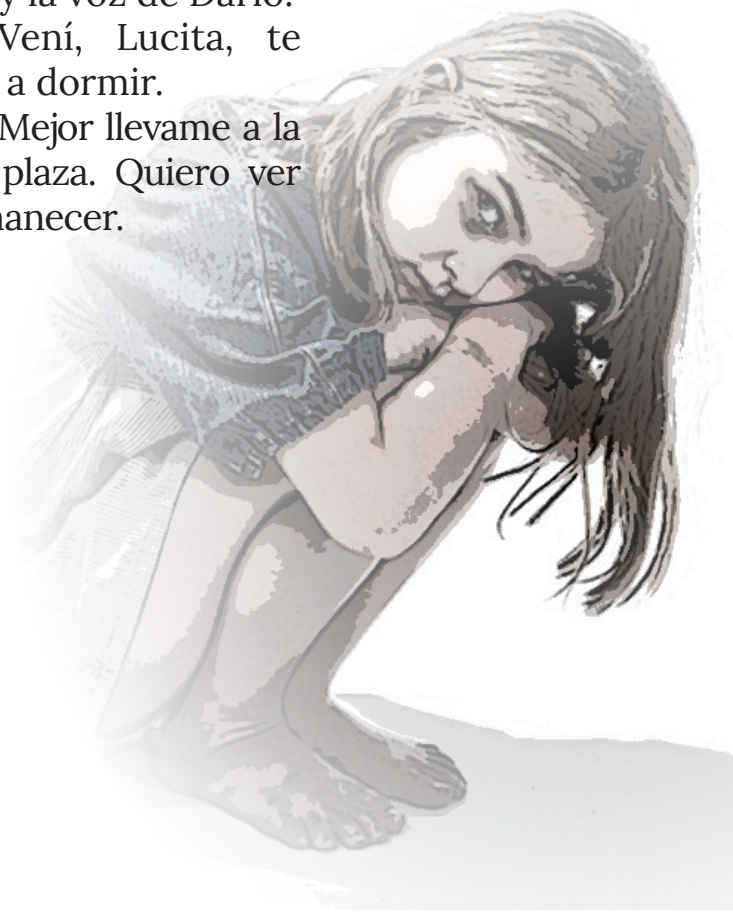
Y ya se iba corriendo. "Es que son dioses", anotó Luci. Dioses deprimidos.

Un globo andaba suelto; no sabía si era el mismo o cualquier otro.

Escuchó una bocina y la voz de Darío.

–Vení, Lucita, te llevo a dormir.

–Mejor llevame a la otra plaza. Quiero ver el amanecer.



Susana Szwarc nació en Quitilipi (Chaco) en 1952. Publica poesía, narrativa y teatro. Sus cuentos han sido reunidos con el título de *La resolana* (2018) y su poesía reunida con *Decir la suerte* (2021); ambos libros editados por ConTexto (Resistencia, Chaco). Ha publicado luego *Distancia cero* (microrrelatos en 2020 por ed. Desde la gente) y en poesía *Caracú* (2021, ed.Pixel, La Plata). En España se han reeditado sus libros *Bailen las estepas* (ed Liliputienese, 2016); *El ojo de Celan* y *Bárbara dice*, ambos por ed. Polibea (2019 y 2022). Sus libros de poesía (*Bárbara dice* y *El ojo de Celan* han sido traducidos al francés por la profesora Cristina Madero, al italiano por el poeta Alessio Brandolini (2011 y 2016); su nouvelle *Trenzas* al alemán por la escritora y traductora Dra. Erna Pfeiffer (2019). Obras suyas se han representado en varios teatros: La escala de San Telmo; el Centro de la cooperación; El camarín de las musas entre otros. Su cuento *No camines en el barro* fue llevado a la ópera por el compositor Cristian Varela y estrenada en 2011. Es integrante del Club Argentino de Kamishiba (teatro de papel).

Erika

/ Gustavo N. Carrasco
Relato

Erika, como todas las mañanas, se levantó varios minutos después del fallido espectáculo del amanecer. Los amaneceres en el Caribe, al menos en esta época del año, no eran tan despejados como los turistas desearían. Las nubes en el horizonte tapaban la salida del sol y saboteaban apenas su encanto asociado. Erika era una persona simple; su rutina no tenía muchos sobresaltos. Contemplar el sol no formaba parte de sus placeres diarios.

Vivía en el barrio de la Esperanza, frente al lago de la Boquilla. Trabajaba en el extremo opuesto de la ciudad. Todas las mañanas viajaba en bote junto a once personas más con destino a la playa de Bocagrande. En Cartagena de Indias nunca nada estaba seco del todo; los pies de Erika no terminaban de secarse en el camino entre el bote y su hogar, por lo que el piso siempre tenía trazos de arena. Sin embargo, el paso de la escoba a la vuelta del trabajo disfrazaba cualquier rastro de desidia. Como la mayoría de las casas del barrio, la de Erika, nunca estaba ni muy limpia ni muy sucia.

Su hogar era austero. Un reflejo del barrio. Al ingresar, había un recibidor pequeño con dos reposeras que se usaban en la vereda, más que nada al anochecer, para hablar con vecinos, tomar agua de coco y refrescarse un poco antes de dormir. Le seguía, a la izquierda, una estrecha cocina con una ventana que miraba al vecino. Dos pasos angostos sin techo bordeaban la casa, la alejaban de las medianeras. Detrás de la cocina, un modesto baño que no contaba con agua caliente, lujo innecesario para la vida en el Caribe. Frente a la cocina y baño, dos pequeños cuartos y, en el medio, un pasillo desnivelado terminaba con una puerta al patio, que era el lugar donde se cenaba. El cuarto de Erika era el más cercano al recibidor; su ventana miraba hacia el costado. Pese a la escasez de lujo, el cuarto era prolijo y pulcro. En él destacaban dos artículos: una cruz que colgaba sobre su cama, antigua y teñida de negro con el paso de los años y una computadora de escritorio cuyo monitor se oponía a la cruz, dando hacia la ventana. La computadora le ocupaba un poco menos de la mitad de la habitación y tenía conexión a internet, ser-

vicio que pagaba para ella sola.

Vivía con su prima Marta, cocinera de un pequeño local de arepas en la Ciudad Amurallada. A diferencia de Erika, que nunca se había casado, Marta era viuda y madre de un hijo que ahora vivía en Medellín. Las diferencias existentes entre primas se evidenciaban en la piel de sus manos; mientras que las manos de Marta estaban curtidas por el maíz y la fritura, el aloe vera de uso diario mantenía suaves la piel de masajista de Erika. Sin embargo, se querían y más importante aún, se acompañaban.

–Quiubo, Marta. ¿Cómo dormiste? –dijo Erika al aparecer en la cocina.

–Ay, prima, me acosté preocupada por Albertito que se aporreó en el trabajo. No va a poder camellear por cinco días, pero dice que en dos días se apunta igual –contestó Marta.

–¿Cómo así? Ay, mi Dios. Voy a rezar todo el camino a la playa por Tito y por su trabajo. ¡Qué tiempos estos, todo un misterio!

–¡Cuánta sal, prima! Aquí te dejo la arepa; el tinto está en la olla, puedes calentarlo, pero ten cuidado de que no se queme. Me voy. Buenos días. –Y Marta salió de la cocina.

–Chaito... –logró responder Erika, ya a solas, y se sirvió el café para arrancar la mañana.

Caminó rezando por su sobrino, ya en la orilla del lago, le extendieron un brazo amigo para que subiera al bote. El ánimo de los pasajeros lograba asemejar el trayecto al trabajo a un ficticio paseo en Chiva Rumbera, lo que hizo que Erika se dispersase y no pudiera cumplirle con su palabra a Marta. Al llegar a la playa se separaban marcadamente dos grupos; por un lado, se alejaban los hombres, que se dedicaban al alquiler de motos de agua y otros deportes acuáticos; y por el otro, apuntando hacia las palmeras, las mujeres masajistas.

Ese día había mucha humedad; el sol volvió a estar presente luego de varios días nublados y ese contraste se sentía. La dinámica era la usual; el grupo esperaba a la sombra a que empezaran a venir los turistas y eventualmente irían acercándose, ofreciendo sus servicios. Mientras tanto, rumores esporádicos y abanicadas discretas poblaban las horas. Ya para las diez y media de la mañana solo una de las mujeres había logrado un masaje; sofocada, otra de sus compañeras dijo:

–Ay mamita, qué caliente que está hoy. Oye, Lilibeth, ¿has traído algo para comer?

–Así es, Cristina, pero hoy... hoy traje solo para mí. Tú, si no has traído nada, no te va a hacer mal cerrar un poco la boca.

La mayoría de las mujeres se rieron casi en silencio. Erika se sonrió justo frente a Cristina.

–¿Y tú? ¿Una arepa extra? –dirigiéndose a Erika, obviando las risas, sentenciada al hambre.

–Tu sí que eres decidida, Cristina. – Se levantó riéndose (ahora sí) a viva voz de la picardía de Cristina y vio acercarse a un joven con aspecto de turista.

–A la orden, joven. ¿Le gustaría un masaje? Un chico tan lindo como tú, seguro necesita un buen masaje.

Él dio un "no" dubitativo y casi automático, pero se frenó:

–La verdad que un masaje me vendría excelente. ¿Cuánto sale?

–Sesenta dólares el masaje completo de una hora y de ahí para abajo, le acerco la lista de precios. Hay de todo: reflexología, cervicales, lo que guste –contestó.

–No, no, imposible... ¡Muchas gracias igual! –El joven empezó a caminar de nuevo.

–Venga, venga, joven. ¿Cuánto dinero tiene? Podemos llegar a un acuerdo. –La masajista logró que se detuviera.

–Mire, tengo 20 dólares y, honestamente, me gustaría un masaje completo. Pero es todo lo que puedo pagar –le dijo, mirándola fijamente y esbozando una sonrisa desafiante.

–Ay, no puede ser, usted es un villano... pase a la reposera de allí –respondió Erika, sabiendo que el día venía sin trabajo y que el cuerpo del joven era más esbelto que el de la mayoría de sus clientes habituales.

Mientras se sacaba la ropa, bromeaba sobre cuán desnudo podía quedarse hasta llegar a incomodar a Erika. Ella, mientras se mojaba las manos y se preparaba para la tarea, se sonreía por la calidez que sentía detrás de su humor foráneo.

–¿Primera vez en Cartagena? –preguntó mientras comenzaba el trabajo levantándole el pie derecho.

–Primera vez en Colombia –retrucó el joven.

–¿En serio? ¿Y la está pasando bien? ¿De dónde es usted?

–Por supuesto que sí, esto es un paraíso. Yo soy de Argentina.

–Es usted, ¿cómo es que se dicen? ¡Un porteño!

–No, para nada. Esa es la gente que vive en Buenos Aires. Yo soy del interior; del Sur. Bien lejos de Buenos Aires.

–¡No me diga! Yo tengo un amigo de Argentina; él sí es porteño. Somos amigos de las redes. ¿Hace cuanto que está aquí?

–¿En serio? ¿Se conocieron cara a cara o solo virtualmente? Estoy hace tres días acá.

–No, aún no. Solo por la computadora. Es muy chévere, hablamos seguido. ¿Y cómo es que un chico tan lindo como tú anda solo en Cartagena?

Erika vio al joven sonrojarse mientras se reía antes de contestarle.

–Es un tema complicado…

Él percibió que recibiría una respuesta, para su gusto, superflua. Además, sentía que su corazón había sido una supernova que había colapsado y que había dejado su mente fragmentada como si fuera una nebulosa en extinción. Ese sentimiento íntimo lo hacía vulnerable y prefirió no compartirlo. Cerró los ojos y sonrió enfocándose en los estímulos que sentía.

–Los tiempos de Dios son sagrados –contestó ella apretándole bien entre los dedos del pie; ahora del izquierdo–. Son distintos a los de los hombres.

–Sí…

¿Hace cuánto que no pensaba en Dios? Él, tan creyente. Pensó que tanto Dios como él se tendrían bloqueados mutuamente de las redes sociales metafísicas, si existieran. Se sonrió recordando el despegue del avión a Colombia y se imaginó llenándole la casilla de mensajes celestial de padresnuestros, glorias y muchos pésames.

–¿Cómo es tu nombre? –dijo al borde de una carcajada.

–Erika. ¿Y usted?

–Sebastián, pero vos me podés decir: "Un chico tan lindo como yo", que me gusta –dijo, señalándose el pecho con un dedo mientras se reía con los ojos cerrados disfrutando los masajes.

–Ay, joven. No me deja trabajar en paz si me hace reír así –dijo y se repasó las manos con aloe–. Sebastián. Ese nombre sí que está bueno.

Cambiaron de posición, el tiempo pasaba y la conversación no se cortaba. La charla relajaba a Sebastián, formaba parte del masaje. En un momento le dijo:

–¿Qué opinás de mi bronceado? Conste que llevo tres días de playa y con poco sol. –Sin esperar respuesta, continuó–: Ya sé, no se acerca a tu bronceado espectacular de todo el año.

–Está bonito, muy bonito –Erika dijo entre risas.

–¿Sabés qué me dijo una chica el otro día? –dijo de repente, levantándose de la reposera y mirándola fijamente–, que tenía la piel muy suave. –Esperó la reacción

de la mujer, que no se movió, y continuó con el descargo–: ¿Está mal tener la piel suave? ¿Cómo se supone que tengo que tener la piel? Por supuesto que me ofendió.

Erika se reía y le preguntó en qué trabajaba. Al enterarse de que trabajaba dentro de una oficina, lo consoló diciendo que era lógico que no la tuviera curtida por la intemperie o por algún trabajo manual y agregó:

–Usted sabe, Sebastián, que tiene una buena espalda. Una espalda grande, que trae suerte.

–¿Que querés decir con eso? –contestó desconcertado por el tono con el que se lo dijo.

–Su espalda es buena y me va a dar más masajes para lo que queda del día, porque usted ha sido el primero.

–¿Tiene familia, Erika? –dijo Sebastián, incómodo por la responsabilidad que le acababan de otorgar estando de vacaciones.

En tono serio dijo:

–Dios no me ha dado hijos.

No se atormentaba por su falta de descendencia. Estaba convencida de que había sido una decisión de Dios y, por lo tanto, nunca dio lugar a mucho cuestionamiento. Tampoco le nacía celebrarlo. Sebastián lo notó sin tener que abrir los ojos.

–Dios no te habrá dado hijos, pero bien que tenés un novio argentino. Contame más, ¿hace cuánto que chatean?

Toda la seriedad se esfumó; la osadía argentina le agradaba, las palpitaciones avanzaron pensando en su amigo virtual y porteño:

–Hace dos años que somos amigos. Nos conocimos en una de esas salas para conocer gente. Hazte un poquito más para aquí, que hago las cervicales y vamos terminando…

–¿Ya se visitaron?

Erika contestó con un “no” largo

–Pero conversamos bastante, cada vez más; es cansón con tantas preguntas que hace sobre mi barrio. También habla sobre Buenos Aires, me la imagino muy sofisticada, con una bonita playa y altos edificios.

–¡¿Qué?!... Esa ciudad no tiene playa. Vas a tener que conseguir abrigo para ir.

Ella ya estaba al tanto del frío de Argentina y estaba tranquila porque tenía un saquito en un cajón que usaba cuando se levantaba viento, aunque le extrañó bastante lo de la falta de playa. ¿Serían acantilados los que había allí?

–Bueno, bonito, espero le haya gustado. Yo la pasé muy chévere.

Sebastián no estaba preparado para terminar la experiencia. El preaviso de la masajista le dio tiempo para pensar en una oferta para continuar.

–Me dijiste que tengo buena espalda; así que ya te conseguí el segundo masaje del día. Te doy diez dólares más y me repetís el masaje en los pies, por favor. Te juro que, si fuera por mí, tendría pies intercambiables como los zapatos. Cambiármelos, como se hace con las Barbies o los Power Rangers.

Aunque no entendió muy bien la analogía, se rio. Accedió al segundo masaje con gusto. Este fue menos hablado, en verdad se notaba que el camino recorrido le pesaba a Sebastián y ella contribuyó para que mejorara. Además, ese silencio disipó la playa de fantasía de su mente.

Recién cuando estaba terminando, él le preguntó:

–¿Con qué me mojabas? ¿Agua de mar? ¿Me tengo que ir a lavar?

–Si usted está loco... ¿cómo va a ser agua salada? –Soltó una risa alta–. Es agua con aloe vera. Igual, échese un baño en el mar, que le va a hacer bien.

Se dio vuelta y vio que un miembro del grupo de varones se acercaba a ella y su cliente. Ya sabía qué iba a pasar; formaba parte del trabajo en equipo entre los grupos de tripulantes del bote. El hombre le ofrecería a Sebastián un paseo en moto de agua. Sebastián, pese a la insistencia del hombre, muy hábilmente le dijo que no estaba interesado y eso a ella le alegró.

–¿Nos sacamos una "selfie"? –Sebastián sacó el teléfono celular de entre la ropa que había quedado bajo la reposera.

Solo cuando vio el teléfono y el gesto para que se acercara, entendió que se trataba de una fotografía. Sebastián la saludó con un beso, le dijo que era mejor conocer la Patagonia antes que Buenos Aires y se fue en dirección al mar. Ella lo miró y avanzó hacia el grupo de mujeres. Todas seguían bajo la sombra de las palmeras. Inmóviles. Erika sumó una silla de plástico y se sentó mirando al mar. Las demás comentaban sobre el argentino. Casi no las

escuchó. No sonreía; contemplaba al joven con extrañeza y cierto rastro de intriga.

Tras varios chapuzones, Sebastián salió del agua, recogió sus pertenencias, pasó cerca del grupo de mujeres, buscó a Erika con la mirada e hizo un gesto exagerado con el brazo, saludándola con una gran sonrisa. Fue ahí que ella sonrió y reaccionó al saludo de igual manera. Erika vio a Sebastián alejarse por el mismo camino por el que había venido. Se abanicó sentada, ahora mirando a los hoteles. Cristina le habló una vez más:

–¡Que la barriga me tiene maluca! ¡Me está pidiendo a gritos algo para comer, Erika...! Tienes que ser buena conmigo...

El pedido de auxilio y las risas de las compañeras la sumieron de nuevo en el grupo. El joven no formaba más parte del paisaje. Por supuesto tenía una arepa de más, incluso le dio a Cristina la suya también. No tenía hambre. No dio ningún otro masaje en todo el día; tampoco pensó en culpar a la espalda de Sebastián.

La imagen de la ciudad austral volvió. Se preguntó si serían solamente rocas en la costa de Buenos Aires cuando empezaron a levantarse y daban por terminada la jornada laboral. De repente, Tito vino a su mente. Podría cumplir su promesa en el viaje de vuelta. Y así lo hizo. El grupo volvía apaga-

do a Esperanza. Erika pudo rezar.

De camino a casa se dio cuenta de que Cartagena nunca se callaba. Entró, barrió, encontró en la cocina rastros de Marta y la puerta de su cuarto cerrada. Sabía que, a su prima, preocuparse la cansaba. Trató de no hacer mucho ruido. Se bañó, se cepilló el pelo frente al espejo y se lo trenzó. Todo ese ritual le servía a Erika para agradecer y planificar el día siguiente. Frente al reflejo, su mente pasaba de Dios y la Virgen, al coco y la papaya sin escalas. Aunque esta vez, se encontraba de a ratos imaginando esa ciudad sin playa. Decidió obviar la cena, pero se calentó y sirvió un poco de café remanente de la mañana y fue directo a la computadora. Mientras esperaba a conectarse, abrió la ventana; el ritmo de Cartagena entró para ambientar el momento, bebió un sorbo y por fin, entró a la sala de chat. Su amigo estaba fuera de línea.

Erika miró la hora, le pareció extraño que el argentino no estuviera conectado, aunque sabía que a veces chateaba desde el teléfono móvil. Abrió el buscador y puso la palabra "Patagonia". Bebió otro sorbo más y miró a su alrededor. De repente su amigo se conectó y la saludó:

–Hola mi amiga Linda, ¿Cómo estás hoy? ¿Descansando ya?

Ella estaba por a comenzar a escribir, pero notó que él aparecía "escribiendo" aún y quiso saber qué le diría.

Recibió un: "Estoy muy cansado y no me puedo acordar bien de lo que me dijiste sobre la ubicación de tu casa; ¿queda a cuatro cuadras a la derecha del lago, por calle 38? ¿Se ve el Convento de Santa Cruz de la Popa en la cima del cerro cuando volvés del trabajo?"

Sin darle mayor importancia al cuestionario, contestó:

–Así es, mi amigo, ¿por qué no hay playas en Buenos Aires? ¡Que raye! ¿Cómo es que nunca me lo dijo?

No pudo evitar vomitar en el chat todo lo que había estado rumiando durante la tarde, antes y después de rezar por Tito.

–Mi día arrancó a las 3 am, no estoy en condiciones de discutir –fue la respuesta, junto a emojis de carcajadas.

–Qué pecao que usted se ría, pero yo aquí, como una niña todo este tiempo imaginándome playa en Buenos Aires. Que pena me hace pasar –siguió con el reclamo.

–Mañana mismo vos me vas a decir por qué no hay playa en Buenos Aires, ¿qué opinás?

Erika, estupefacta, leyó dos veces sin poder entender lo que leía. ¿Será un modismo argentino? Se estaba enardeciendo y preparó sus dedos

para escribir otra respuesta. De repente escuchó un ruido que le hizo perder foco. Aplausos que provenían de su calle, no eran habituales y desentonaban con los sonidos del barrio. Al calor que le había subido le siguió un frío helado que la atravesó súbitamente. No podía ser. Aplausos de nuevo. Fuertes y muy próximos.

Cerró los ojos, se serenó y volvió a leer la última frase que había recibido. "¿Qué opinás?" Erika opinaba que no podía ser verdad. Cerró los ojos de nuevo, movió su cabeza hacia abajo, los abrió nuevamente y se miró los pies. Levantó la mirada hacia la cruz negra, sobresaliente en esa pared lisa. Volvió a cerrar los ojos y fue entonces que pensó en su rutina simple, pensó en la vida monótona que llevaba y en el día anormal que había vivido. Respiró profundo, calmándose. Miró directo al techo; el temor dio paso a la euforia y pudo sonreír. Sus labios oscuros se abrieron y tensaron, exponiendo sus dientes blancos y grandes. Le brotaron lágrimas apretadas, porque incluso sus ojos sonreían. Sonrió con las cejas; con su cara completa. Estaba profundamente conmovida. "Tenía sí, una gran espalda", pensó sensibilizada.

De forma súbita se levantó del escritorio, salió del cuarto, se cruzó con Marta, extrañada y somnolienta en el pasillo. No pudo disimular ni las lágrimas ni la alegría, pasó entre las reposeras del recibidor, abrió la puerta. Intentó aplacar sus palpitaciones y con repentina seriedad dijo:

–Esto no me va a quitar el raye que me hizo dar.

Por fin, esbozó la más grande de sus sonrisas.

–Venga, pase a descansar, que mañana usted va a conocer Cartagena.

Gustavo Carrasco, Ingeniero Civil. Actualmente me desempeño como Ingeniero de Ventas de Servicios de Cementación de pozos profundos para la industria del petroleo y del gas. Comencé en 2022 a escribir en el taller de Maximiliano Tomás. Este es mi primer cuento.

Despiertos de noche

/ Julieta Villamil
Cuento

Lo conoció una noche de agosto. La señorita Flynn había encendido el televisor en su canal preferido, pero pasaban capítulos viejos y ella recordaba todos los finales. Pensó que la repetición abusiva de series policiales debería estar prohibida por ley. Fue entonces cuando lo vio fumando en el balcón del cuarto piso del edificio de enfrente, a las tres de la mañana. Supuso, mientras tomaba un té de tilo, que tenían mucho en común. Estaba sentado en una reposera con las piernas estiradas y apoyadas en la baranda, sosteniendo un cigarrillo en la boca. Tenía puesto un piyama azul con puntos rojos. Estaba tan despierto, tan solo, tan ocupado en sus pensamientos recurrentes como ella. *La falta de sueño despierta en la gente extrañas pasiones*, pensó la señorita Flynn.

Al día siguiente ella ejerció responsablemente su trabajo de niñera. Peinó y alimentó a la bebé Olivia con dedicación. La sacó a pasear a las tres de la tarde, como todos los martes; la entretenía el movimiento, hacía silencio y eso alegraba a la señorita Flynn. Sentada en el banco de una plaza, moviendo el cochecito con el pie derecho, pensó en el hombre del cuarto piso del edificio de enfrente. Debía ser tímido, debía estar sobrecalificado para su trabajo bien pago y aburrido. Supuso que le gustaba viajar, como a ella, porque era evidente que tenían mucho en común. Pensó en el piyama azul con puntos rojos, en que los hombres felices duermen sin piyama. Eso le iba a decir cuando se vieran, cuando tomaran un café en el bar de la otra cuadra. Él se reiría y le diría que siempre dormía con piyama, desde que era chico. Entonces la señorita Flynn dejaría su café en la mesa, acercaría su silla a la de él y lo besaría por primera vez.

Olivia lloraba en el cochecito, pero la señorita Flynn tardó unos minutos en escucharla. En el camino de vuelta, decidió cambiar de recorrido y pasar por su cuadra. Se paró en la puerta del edificio enfrente al suyo. La entrada era grande: adentro había un espejo y plantas. En un escritorio estaba sentado el encargado del edificio. Ella lo saludó y él movió la mano para responderle el saludo. *La gente confía en las mujeres jóvenes de pelo oscuro que empujan cochecitos*, pensó la señorita Flynn, y siguió su camino.

Eran las dos de la mañana y el hombre del edificio de enfrente estaba otra vez sentado en el balcón. La señorita Flynn se asomó por el ventanal, él seguía con la mirada perdida en sus propias manos, incapaz de descubrir lo que el destino le había puesto enfrente esa noche. Ella encendió todas las lámparas del departamento. Se sentó en el piso cruzada de piernas, al lado del ventanal, con la cortina abierta. Apoyó la taza vacía al lado de las mamushkas que había heredado de la abuela. La señorita Flynn no suele tener paciencia, por eso hubiera preferido que él se interesara por el punto luminoso en

el que se había convertido, de repente, a las dos y media de la mañana, su departamento. Deseó que le hubiera llamado la atención la sombra de ella recortada contra el ventanal del living, pero él seguía sentado en su reposera y había encendido un cigarrillo que ocupaba toda su atención.

Vio el amanecer acurrucada en el sillón de dos cuerpos. Se levantó y apagó las luces que habían quedado encendidas.

Pensó en cruzar la calle y tocar el portero eléctrico del cuatro A. Le tembló el cuerpo, respiró entrecortado, se mordió los labios. Decidió que todavía no estaba lista para hablar con él y recordó que tenía obligaciones. La señorita Flynn siempre se consideró una mujer responsable.

Laura, la mamá de Olivia, la estaba esperando.

–Pensé que no llegabas –dijo Laura.

–Siempre llego –mintió la señorita Flynn, mientras acariciaba los bucles suaves y rubios de la bebé.

Pasó seis de las ocho horas laborales, mirando series policiales. Pensó en él, de noche, con su cigarrillo, justo en su boca, durante todas las propagandas.

Confirmó delante del espejo que su camisón celeste era lo suficientemente corto. Salió al balcón sin abrigo y se apoyó en la baranda mirando al infinito. Después de un tiempo, que a ella le parecieron horas, aunque bien podrían haber sido no más de diez minutos, asumió que él estaba concentrado en otros pensamientos; los dos despiertos, cada uno en su balcón y a la vez tan lejanos. Le traspiraron las manos a pesar del frío. Parada al lado del ventanal, apagó y encendió las luces dos, cuatro, seis veces. Fue ahí cuando él la vio por primera vez, con el pelo negro y suelto a la altura de los hombros. Le sonrió desde su reposera en el edificio de enfrente, lo jura la señorita Flynn. Él se levantó, entró a su departamento y apagó un televisor. Volvió a salir al balcón, cerró la puerta corrediza y se sentó otra vez, sonriendo, deseándola. Los dos juntos, despiertos de noche, como toda la gente desesperada.

Llovía. Olivia dormía en su cochecito y la señorita Flynn acababa de terminar la primera temporada de una nueva serie. La miraba en la computadora de Laura, acostada en la cama matrimonial, descalza, comiendo galletitas. Pensó que estaba desaprovechando el día, que el detective irlandés de la serie no se acostaba a mirar tele, ni siquiera en los momentos de mayor depresión. Se le ocurrió que sería más apropiado estar en un bar oscuro tomando whisky, pero ella prefería la cerveza. De cualquier forma, Olivia era un inconveniente. Se levantó, envolvió a la bebé con una manta, agarró un paraguas y salió a la calle. Caminó hasta la puerta de su edificio y entró a un quiosco que había en esa misma cuadra. Olivia lloraba porque era malcriada, pensó la señorita Flynn. Decidió comprarle una golosina.

–¿Ya come caramelos la bebé? –preguntó el quiosquero.

–Le encantan –aseguró la señorita Flynn.

–Qué raro vos, a esta hora por acá.

Ella notó su mirada persistente. El quiosquero conocía sus movimientos. Era verdad que solía comprar chocolates y cervezas, siempre después de las siete de la tarde. Pero era insólito que un vecino cualquiera no pudiera comprar-

le, en pleno horario laboral, un caramelo a una bebé malcriada sin despertar sospechas. De todas formas, decidió arriesgarse y preguntó:

–¿Conocés al hombre del cuarto A, el del edificio de acá al lado?

–No sé. Decime cómo es, cómo se llama.

–Es joven, tiene pelo castaño claro y fuma mucho.

–¿Sabés qué fuma?

–No, todavía no –se lamentó la señorita Flynn. Le molestó reconocer que apenas lo conocía.

Salió a la vereda y se quedó un rato mojándose.

–Creo que la nena tiene frío –dijo el quiosquero.

Olivia lloraba otra vez. La señorita Flynn no le contestó y se fue apurada a la casa de Olivia.

Cuando Laura volvió de trabajar, miró el escote de la camisa blanca y húmeda de la señorita Flynn. Dejó la cartera, besó a Olivia en la frente, fue a su cuarto y sacudió unas migas de galletitas de encima del acolchado.

Él estaba sentado en el balcón, pero había luz en su dormitorio. Todavía no era medianoche, ella notó con satisfacción que cada vez se encontraban más temprano. La señorita Flynn salió al balcón con una silla y un libro, en camisón. Él la saludó con un vaso de whisky en la mano, ella le sopló un beso volador desde el otro lado de la calle. Se miraron intensamente, diría la señorita Flynn. Unos minutos más tarde la luz del dormitorio se apagó mientras ella dibujaba un corazón con las manos y él se acomodaba en la reposera, acariciando su piyama azul. Cerca de las cuatro de la mañana, cuando a él ya no le quedaba más whisky y era evidente que ella no iba a leer el libro, la señorita Flynn consideró prudente entrar. Con la luz encendida y la cortina abierta, se sacó el camisón de frente a la calle, mirando al hombre a los ojos. Apagó la luz, se acostó desnuda en la cama y se quedó despierta en la oscuridad, esperando a que sonara el despertador.

Esa mañana se levantó abrumada por los excesos de su propio pensamiento. Sin vestirse, se puso una campera larga y zapatillas. Decidió iniciar, un día de estos, un curso de meditación. Salió a la calle y buscó al encargado del edificio de enfrente.

–Disculpe, ¿conoce al hombre que vive en el cuarto A? –preguntó la señorita Flynn con su sonrisa encantadora.

–¿A Pedro?

–Sí, a Pedro –disfrutó sentir el sonido de su nombre en la boca.

–Él ya salió a trabajar, pero está Agustina.

No se sorprendió. El noventa por ciento de los hombres con insomnio son casados.

–Ah, bueno, paso más tarde.

–¿Necesita ayuda? –preguntó el encargado, mirando sus piernas desnudas por debajo de la campera.

–No, gracias por todo. Ya me ayudó.

Volvió a su casa, se bañó con agua fría y fue a trabajar. Laura la recibió de mal humor. Olivia estaba resfriada y no había dormido bien. Durante la mañana la señorita Flynn tuvo problemas para concentrarse. Olvidó cambiar el pañal de Olivia, que desbordó justo cerca del final de la tercera temporada de su serie, cuando la futura víctima empezaba a sospechar que su pelo rubio era un gran atractivo para los asesinos seriales. Manchó el acolchado de la cama matrimonial donde estaban acostadas. Se quemó preparando un té de tilo y tiró la mamadera de Olivia al piso dos veces.

A las tres de la tarde la rubia ya estaba muerta. El detective irlandés vigilaba a un sospechoso desde su auto, con una botella en la mano. Estaba aburrido e impaciente, igual que la señorita Flynn. Pensó en Pedro, sentado en una oficina, mirando el monitor de una computadora. Supo que debía estar pensando en ella, deseando que llegara la noche, recordando su cuerpo a contraluz en el balcón. Lo imaginó al lado suyo, comiendo galletitas en la cama de Laura, comentando sobre el tatuaje de un león que tenía el detective irlandés en su brazo derecho, sobre lo proclives que son las rubias a sufrir muertes violentas por armas blancas. Lo imaginó reír y dormirse abrazándola. La señorita Flynn abrió la cama y se tapó con el acolchado, abrazó y beso la almohada del marido de Laura.

Necesitaba estar cerca de Pedro; era una sensación insistente. Supuso que él debía volver a su casa a esa hora. Acostó a Olivia en el cochecito y caminó hasta su propio edificio. Subió al departamento con la esperanza de verlo pasar por la calle desde su ventana. Se sintió útil, finalmente en acción.

Había pasado más de una hora cuando él dobló en la esquina. Efectivamente, tenía puesto un traje gris, como lo había imaginado. Bajó corriendo las escaleras, olvidó a la bebé Olivia en el departamento.

–Hola –dijo la señorita Flynn.

Pedro miró a los costados.

–Tengo poco tiempo, me están esperando arriba.

Ella sonrió. Se llevó el pulgar a la boca.

–Podríamos ir mañana a tomar un café –sugirió mientras le alcanzaba un ticket de supermercado con su número de teléfono anotado en la parte de atrás.

En ese momento sonó el celular de la señorita Flynn; era Laura. Recordó a la bebé Olivia, abandonada, sola en el departamento, y decidió atender. Laura siempre había sido inoportuna: preguntó dónde estaban a esa hora, tan tarde, fuera de su casa. La señorita Flynn explicó que se habían quedado jugando en la plaza, sí, Olivia estaba bien, justo al lado de ella, sin rastros del resfrío de la noche anterior. Laura quiso saber por qué su cama estaba deshecha.

Pedro le hizo señas de que se tenía que ir, le guiñó el ojo izquierdo y entró al edificio.

–Estamos yendo –mintió y cortó el celular.

Cruzó la calle, subió corriendo las escaleras del edificio, tardó en encontrar las llaves. No se escuchaban sonidos adentro. Caminó hasta su cuarto y vio a Olivia dormida en el cochecito, respirando por la boca, con sus bucles rubios pegados a la frente. Pensó en el motivo por el que una mujer como Laura podía ensañarse con ella. La imaginó siguiéndola desde un auto con vidrios polarizados, con un largavista en la mano, haciendo averiguaciones entre los vecinos. Algunas personas no tienen nada mejor que hacer con sus vidas aburridas. Era posible que Laura supiera de Pedro, que lo quisiera para ella, si no ¿por qué iba a importarle, justo ahora, de golpe, de la nada, a dónde iba y dónde se acostaba?

Cuando llegaron, Laura no la dejó entrar. Alzó a Olivia y comentó que estaba caliente, iba a llamar al médico. Cerró la puerta sin despedirse, confirmando las sospechas de la señorita Flynn.

Se vieron desde sus balcones esa ma-

drugada. Él la saludó. La señorita Flynn se había vestido con un camisón blanco y tacos. Le pareció lo más apropiado. Le sopló un beso a Pedro y vio cómo se le quedaba pegado en el cuello, cerca del piyama azul. Recibió un mensaje en su celular.

«Soy Pedro. Mañana 12.30 en el Hotel Deluxe habitación 21».

«Me encanta».

La señorita Flynn amó a Pedro desde el balcón, con la luz encendida y los tacos con aguja puestos. Se asomó peligrosamente por la baranda como queriendo estar más cerca de él. Le preguntó en un susurro que se llevó el viento si le gustaban los policiales y las galletitas. Pedro debió haber respondido que sí, como ella esperaba, porque tenían demasiado en común, lo supo siempre la señorita Flynn.

Entró al hotel, caminó con sus tacos por el piso alfombrado y subió al ascensor. Tenía dos llamadas perdidas de Laura a su celular. Se miró en el espejo, acomodó su pollera negra ajustada. Bajó en el segundo piso y entró a la habitación veintiuno.

Pedro la esperaba sentado en la cama, estaba descalzo y miraba el noticiero. Se levantó, se acercó hasta ella y le dio un primer beso húmedo, largo, novedoso. La empujó contra la pared y le sacó la camisa por arriba, sin desabrochar los botones. Él tenía puesto el mismo traje gris que el día anterior. La señorita Flynn prefirió imaginarlo usando el piyama, bajar su mano por el algodón azul deteniéndose en un punto rojo, acariciándolo, estirando el elástico del pantalón y metiendo su mano adentro; finalmente desnudándolo. Él le levantó la pollera y ella se acostó en la cama, encima del acolchado del hotel. Lo sintió morder su oreja. La señorita Flynn tiró del pelo castaño claro de Pedro porque eso hace la gente apasionada como ellos, que se desvela a la noche, que encuentra almas gemelas en los balcones de los edificios de enfrente. Transpiró, respiró entrecortado; le gritó al oído para aturdirlo, era una sensación encantadora.

Se quedaron un momento los dos, juntos al fin, acostados boca arriba sobre la cama hecha. Pedro subió el volumen del noticiero. La señorita Flynn se levantó, juntó su ropa y fue al baño para vestirse. Cuando volvió a la habitación él acababa de encender un cigarrillo; todavía sostenía el paquete en una mano. Ella le notó los dedos manchados, su aliento a humo se le había quedado en la boca.

–Tengo una reunión –dijo Pedro.

La señorita Flynn sonrió y le dio un beso.

Caminó sola hasta su departamento. Entró al quiosco de su cuadra y eligió un chocolate.

–Marlboro.

–¿Querés uno? No sabía que fumabas.

–No, te decía que ahora sé que Pedro fuma Marlboro.

Subió a su departamento. Abrió el chocolate y lo mordió mientras caminaba al dormitorio. Se sacó los zapatos, la pollera y la camisa. Puso la cuarta temporada de la serie que estaba mirando; el detective irlandés acababa de descubrir que tenía una hija adicta a la heroína. La señorita Flynn pensó en tatuarse un león a la altura de la cadera. Se acostó en la cama, apoyó la cabeza en un almohadón y se quedó dormida.

Julieta Villamil (@juli__villamil) es licenciada en Comunicación Social. Vive en San Miguel del Monte, provincia de Buenos Aires. Publicó varios de sus cuentos y poesías en diferentes revistas y antologías. Fue finalista del concurso de Cuentos Itaú 2022.

La máquina del diablo

/José Mazzaro
Cuento

Primer premio en el *Concurso Literario Internacional "Premio Provincia Del Chaco 2022, Literatura y Escultura*. Poesía y Cuento.

El demonio existe, pero ha perdido la memoria.

Una de las reminiscencias más vívidas de mi infancia es haber escuchado decir a mi abuelo, en su lecho de muerte, que Lucifer en persona –el mismo del que todos hablan– le había confesado un secreto.

Mientras esforzaba sus últimos jadeos, me manifestó que el demonio caminaba entre nosotros, pero que se había extraviado. Que no lograba reconocerse y que por ello había perdido su reino. Según él, sin importar lo mucho que lo intentase, se veía a sí mismo como a un extraño. De la misma forma que cuando uno se mira al espejo y se pregunta, en realidad, quién de los dos es el reflejo.

Así también, me comentó que la desgracia del Señor de la Noche había sido producto de uno de los tantos castigos que le fueron impuestos por los fascistas del paraíso. A quien pensase diferente, le cortaban la cabeza o las alas y le quitaban liderazgo sobre todo lo que reptase, volase o se arrastrase sobre la tierra. Pero, no contentos con esa sola sanción, a él le borraron también la memoria. Eones de aventuras y de conquistas, destinadas a los laberintos del olvido.

Justo antes de retirarse, el diablo le aseguró que estaba cerca, y que no pasaría mucho tiempo hasta poder recobrar lo que le habían robado: su sagrada identidad. Pero debía esforzarse, buscar la manera.

Llegado ese momento, las manos marchitas de mi abuelo tomaban las mías; insistía en que comprendiese lo que me estaba contando. Al finalizar, su corazón se detuvo y dejó este mundo ordinario luego de un par de sacu-

didas en el camastro. Su rostro, enjuto, estaba ya entre las sombras incluso antes de perderse en el desierto de la muerte. ¿Habrá estado el demonio esa siesta con nosotros? Tenía entendido –por lo que después me reveló mamá–, que Lucifer nunca abandona a quienes les ha confiado un secreto.

Luego de eso, recuerdo los ojos de mi abuelo ya muerto: globulosos y recubiertos de una película viscosa que los ensombrecía: daban la impresión de ser planetas diminutos que resguardaban la receta misma de la desgracia. Su boca quedó abierta y no podía ver nada más allá de sus labios. Se presentaba ante mí como un terrible y fatídico pozo hacia el absoluto infierno y, en algún momento, pensé que se tragaría –si no una parte– mi alma entera. Por otro lado, su funeral no tuvo más repercusión que cualquier otro, y su nombre se perdió en el tiempo. Aunque esa narración extraordinaria y secreta resultó ser la herencia más próspera que pudiese haberme legado.

Nunca me cuestioné acerca de cómo era posible que el diablo hubiese entablado conversación con un viejo moribundo. Tampoco sobre la lógica misma de la confesión. La charla de mi abuelo con el demonio, ¿habrá sido durante la noche? ¿Satán en persona, sentado a un costado de su cama? ¿O habrá estado de pie? ¿Será que solamente lo escuchó? ¿Lo habrá visto?

Me llamo Simón Cristian Oblondo, vivo frente al Hospital Vidal en la capital de Corrientes y no creo en la suerte. Me gustan las flores, las del ceibo para ser más exacta. Me apasiona el color rojo de sus pétalos que, simulando ser delicadas manos del tártaro, buscan apoderarse de la brisa con sus curvilíneos dedos. Cada pimpollo, perfecto, es sostenido por un pedúnculo firme y marrón de tonalidades oscuras, como los ojos de mamá cuando está triste.

También me agrada el olor de las garrapiñadas que venden en la peatonal Junín, los chipás con forma de rosca y la risa estrepitosa de los chicos, carcajadas desopilantes que aún no han cedido por completo a la censura del vulgo.

Una tarde de otoño, mientras visitaba la vecina ciudad de Resistencia –o la ciudad-museo como también se conoce–, el destino se cruzó conmigo. Estaba parada en la esquina de la avenida Arturo Illia y Alberdi, observando con atención la obra “Microcosmos”, de un tal Geuel.

No sabía mucho de la instalación, salvo que el artista había nacido en Holanda, en 1958, y que la obra fue creada a partir de mármol y hierro durante la Bienal en el 2004. Se asemejaba a un meteorito en el acto de impactar contra la tierra, suspendido para siempre justo antes de estrellarse. Es la imagen de lo imposible a punto de suceder. Un mensaje proveniente del cielo

de la noche, que decidió congelarse para que podamos ver su designio. Para que yo pueda ver el designio. Un pedido divino con mi apellido inscripto en secreto. Comprendí que esa escultura no tenía mi nombre, pero que era yo la única destinataria de su mensaje. Me pedía acción, movimiento, quería que buscara y le diera forma a mi legado. Ahí entendí que el blanco define la flecha, y no al revés.

Por lo demás, jamás me interesó ningún tipo de arte. Considero las expresiones artísticas, cualquiera sea su naturaleza, prácticas propias de espíritus errantes que no pueden absorber el mundo como tal y se pierden en sus juegos infantiles al crear cosas que no existen. El arte es un grito al vacío, una pérdida de tiempo.

Una vez en casa, en la tranquilidad del departamento, pensé una y otra vez en lo que debía hacer.

Luego de unos momentos de reflexión, consideré que tenía que hacer lo mismo que ese artista: crear un artefacto. Pero, a diferencia de un producto sin utilidad alguna, a excepción del goce estético que provoca, el mío debía cumplir un objetivo, alcanzar un propósito, aunque el fin último de la máquina no me fuese revelado al inicio de su fabricación. De la misma manera que se comienza a trabajar un cuchillo, sin saber qué vida irá a reclamar su filo.

Al principio me concentré en utilizar piezas mecánicas, eléctricas y electrónicas sin uso, para luego pasar a las que sí funcionaban. Y después de unas semanas de infructuosos intentos, la máquina no marchaba. Era más parecida a una montaña de porquerías; acopladas torpemente entre sí, querían copular sin éxito. Ni uno solo de los focos encendía. No hacía ruidos, no giraba una tuerca. Era un monstruo plástico y metálico sin vida.

Así, perdida en la desazón del fracaso, me di a la pereza, a la gula, a la ira, a la envidia y otras tantas prácticas recreativas. Hasta que un día, al igual que ocurrió con “Microcosmos”, un anuncio profético me fue conferido. En el centro de la penumbra, arrojada en mi habitación a la noche plutónica de Corrientes, Asimov entró maullando incoherencias. No había tenido tiempo de alimentarlo. El gato estaba famélico y desorientado, a punto tal de que no podíamos entendernos.

Con su fallecimiento, días después, razoné que el motivo de mi fracaso no era la falta de voluntad,

ni el diseño intuitivo con el cual me guiaba. El error eran los componentes que utilizaba para construir mi artilugio. Necesitaba algo con energía, con pasión, con vida. Y Asimov, mi insufrible macota, fue el primero de ellos. El primero de muchos, porque luego necesité otras piezas. Más grandes, más complejas. Requerí de partes que nunca pensé que usaría para cumplir con mi propósito.

La máquina había sido difícil de armar, y además me llevó tiempo. Mucho tiempo.

No tengo instrucciones, más que mis emociones, pero, aun así, a diferencia de la anterior, esta sí funciona. Cuando la enciendo, todos sus componentes se comunican entre sí para emitir un cántico espectral de baja frecuencia, una sinfonía maravillosa. Y brilla en la penumbra, como si palpitara; cubre mi cuerpo de un tono cobrizo, tenue y cálido. Cuando conversamos, es como si me estuviese dirigiendo hacia una legión de almas. Todas a mi entera disposición.

El artefacto tiene forma de tótem: es un cilindro macizo compuesto de carne, huesos y piel de unos tres metros de alto y casi dos metros de circunferencia. Está emplazada en el centro del living.

A medida que la fui construyendo –terminándola exactamente en seis meses, seis semanas y seis días– me resultaba de lo más trabajoso sujetar cada parte. Su estructura helicoidal es caprichosa y, en algún punto, única, pero fue adquiriendo forma a su propio gusto. Yo tomaba una parte, la recortaba, la limpiaba y continuaba. Hasta que en algún momento del proceso, simplemente, me detuve.

Cuando estuvo terminada, no pude dejar de mirarla. Era como estar presente en el momento de un parto y escuchar el grito de la vida. Quedé atónita, deslumbrada

y pensativa. La vida, al igual que la desgracia, encuentra siempre su camino.

Pero no todo es regocijo. El gigantesco falo, de apariencia neuronal, sangra sin descanso por cada una de sus extremidades. Supura sudor, plasma y otros líquidos. Además, el olor, su intenso y exquisito perfume, es infranqueable, lo cual dificulta mantenerla en el anonimato. Se verá. Vivo en un dúplex con espacios muy bien distribuidos, pero reducido y pegado a otros departamentos de idéntico diseño. Las paredes son delgadas. Y si los muros tienen oídos, las puertas y ventanas tienen ojos. Así que, hasta el día de hoy, he guardado la más absoluta reserva.

La máquina está apuntalada en los extremos por sogas de fibra natural, fabricadas con intestinos. Sujetan con vigor toda la estructura al techo y al suelo. Su base brilla gracias a los dientes, orejas y uñas que le dan cierto aire de esplendor. Sin embargo, la cúspide, repleta de lenguas, mejillas y dedos es lo que termina de coronarla como una obra maestra.

En algún punto, poco antes de echarla a andar, tuve la curiosidad de saber si habían existido otros dispositivos similares a lo largo de la historia. Según pude comprobar, se crearon solo dos de ellos: uno fue fabricado en el año 493 a.C. por un sacerdote persa del imperio aqueménida; un tal Aristóbulo había tenido la dicha de terminarlo. La otra máquina, por más ilógico que parezca, se creó trescientos años en el futuro, aunque no pude indagar quién fue su constructor.

A estas alturas, el tejido del tiempo-espacio –visto como una línea que se proyecta hacia adelante– me parece no solo una de las mayores ficciones que puedan existir, sino una limitación del intelecto que no alcanza a los iluminados abocados a estas divinas tareas. No es menester de tibios ni llanos completar una encomienda como esta. La sangre que hace de lubricante debe mantenerse caliente, los corazones tienen que latir sin descanso y las cuerdas vocales, entre otros mecanismos, tienen que estar afinadas y funcionar a la perfección.

Ahora bien, aún no consigo dilucidar el propósito para llevar a cabo semejante empresa. La enciendo exactamente a las tres de la mañana. Emite un cuchillo agudo, como si todas las voces de los órganos que la componen estuviesen entonando una canción de despedida y de veneración al mismo tiempo.

Finalmente, justo antes de que la melodía se detenga, una figura se proyecta a los pies del tótem. Y esa figura es la mía. Tan nítida y precisa en detalles que logra confundirme hasta la dulce locura.

¿Quién podría llamarme a mí la original y a ella la copia? ¿Cuál es el propósito de este artefacto glorioso que me devuelve sin pistas mi propia imagen? ¿Qué secreto me devela? ¿Quién es esa mujer que, pareciéndose a mí, no puedo reconocer del todo?

Tal vez el testimonio del viejo tenga algo que ver. Quizás ahí se esconde el misterio de este artefacto. Sin embargo, no tengo dudas de que el demonio existe, y de que mi máquina funciona.

José Mazzaro nació en Corrientes, en 1985. Es psicólogo. Ha ganado numerosos premios dentro del país y en el exterior, entre ellos: mejor historia en la categoría Ciencia Ficción con "El algoritmo de Aurora". Get Inskpired Inc. The Authors Cup Español, 2020; primer premio latinoamericano "Mejor Novela Lovecraft Interactivo", Living a Book Inc. y Pathbooks, 2019; primer y segundo premio en la sección "Cuento Nivel III. Jornada de Arte 2003", Certamen Institucional, Saint Patrick College, Corrientes, 2003, por mencionar solo algunos.

No seas tan dura conmigo

/Matías Perini
Cuento

El olor de tu pelo me asquea. Igual, te beso en la frente.

Me levanto porque tengo que limpiar la casa. Mis viejos vienen a traer las compras de la semana; quizás se queden a cenar. No quiero que vean el desastre. Bastante con que estén al tanto de esto en lo que nos convertimos.

Me pongo el pantalón y te miro de reojo. No entiendo cómo podés estar en esa posición tan incómoda. La rodilla izquierda demasiado doblada, casi escondiéndose debajo de la otra pierna. Dudo que te hayas acomodado. Parecés un cuerpo inerme caído desde mucha altura, como en un accidente y acá estás, dibujado tu relieve en la cama, inmóvil, amorfa, anónima.

Me agacho para buscar las ojotas. El movimiento del colchón me confunde, creo que te moviste, pero no, no lo hacés nunca en mi presencia. Me inclino y te vuelvo a besar la frente. Hay algo en esa acción que me gusta, algo vinculado a los olores y no al beso en sí mismo. Nunca fuimos de besarnos mucho. Con vos aprendí a tener una relación distinta, distante. Fría. Sí, son los olores los que me acercan. Te toco un poco el pelo, creo que te puede estar haciendo cosquillas sobre los pómulos o incluso en los labios. Ni siquiera eso hacés, ni siquiera te corrés el pelo delante de mí. No buscás ni tu propia comodidad y reconozco en esa omisión un dejo de soberbia. Yo te llevé a esto, yo te provoqué esto que sos ahora. Querés que lo piense, que lo haga carne y me duela. Pero yo me niego, no quise hacerte mal, quiero que me perdones, que me lo digas y que te vuelvas a mover. Eso me tiene loco, es lo que más miedo me da.

Voy a la cocina y te preparo una bandeja. Tres galletitas de agua, les pongo queso crema y una rodaja de palta, como las que pedís siempre. Miro la botella de aceite de oliva, pero decido no usarlo. Ya sabés que no quiero que se ensucien las sábanas. Tampoco me gusta que te manches, quién sabe cuándo te cambiarás la ropa. Caliento agua y te preparo el té. Elijo el saquito que te gusta: frutos rojos e hibiscus. Espero que lo veas como un guiño. Te busco hasta en esos detalles, quiero agradarte, que haya un tema para conversar que dispare la reconciliación. Veo la caja de bocaditos de chocolate que nos trajo tu papá de su viaje al sur. Ya no queda ninguno de tus preferidos, con forma de corazón; separo una clave de sol y una estrella, los pongo en otro platito; después los lavo yo, no te preocupes.

Vuelvo a la habitación y te dejo la bandeja sobre la mesita de tu lado. Subo la intensidad de la luz para que sepas dónde está todo y no tengas que tantear a ciegas. Te miro desde arriba, estás preciosa. No te quiero dejar, pero tengo que limpiar.

Me encierro en el baño. Me miro un buen rato en el espejo, decido afeitarme. Dejo que caigan los pelos en el piso, total después barro todo. Me miro las ojeras, mucho más oscuras que hace un tiempo. Cuando termino de afeitarme, busco tus cosas, abro tu cartuchera de maquillajes, no sé cuál es el corrector, pero busco. “Circles” tiene que decir, o “bags”. No lo encuentro. Tampoco me acuerdo la foto del producto, de cuando te compré el set por internet. Aque-

lla vez no te tiraste en la cama. Aquella vez me enfrentaste y me hiciste entrar en razón. Hace mucho tiempo ya. Ni siquiera me acuerdo bien de los motivos.

Lleno un balde con agua tibia y le agrego desinfectante, pongo a remojar el trapo de piso. Tendría que empezar desde la habitación pero no te quiero molestar, te cierro la puerta. Pongo música de fondo, un mix de rock de los ochenta que ya tengo entre mis favoritos. No subo mucho el volumen porque no quiero romper tu armonía, pero... Es que el silencio me resulta un tanto incómodo.

Paso el escobillón en el baño, la cocina y el living. Junto las migas que quedaron sobre los individuales, las cáscaras de fruta sobre la mesada, no entiendo cómo podemos estar así. Veo la bacha rebasada de platos y cacerolas. Dos días, dos días y medio, y todo se desmorona. Te extraño acá también, en la rutina que habíamos inventado.

Decido barrer también la habitación. Cuando entro, activo el aromatizador, más de forma automática que para esconder las horas sin bañarte ni pasarte esos apósitos con alcohol perfumado. Giro un poco... la cabeza para mirarte más de frente. No quiero interrumpir tu descanso. El sonido entra con furia pero no me vas a decir nada. Es el pequeño triunfo que me permito. La bandeja está intacta. Quizás sabías que iba a venir. Solo cuando salgo de casa desaparecen las cosas, no sé si las comés o las tirás, no sé si jugás conmigo o me agradecés en silencio. Pero ahora no tocaste nada, ni siquiera te moviste. Pienso que, si me voy, vas a comer. Lo que me preocupa es que no te deshidrates, irme es una manera de cuidarte. Y no sirve solo salir de la casa, que escuches el sonido de la puerta cerrándose o de la llave girando. Necesitás que me vaya lejos, que te suelte. Pareciera que hay un hilo invisible que nos ata, como un chicle todavía pegajoso que hasta no ser liberado de la zapatilla no nos deja caminar tranquilos. Solo te alimentás cuando me alejo, cuando tengo que ir a la oficina, o cuando salgo a dar un paseo y tardo lo que se tarda en fumar medio atado. Pero ahora no me puedo ir porque van a venir mis viejos y todavía tengo que limpiar y no voy a llegar con todo. La casa es una ruina.

Cuando termino de barrer y acumulo las pelusas en un rincón, me acerco de nuevo a la bandeja. Me llevo el té para volver a calentarlo. Nos doy una nueva oportunidad. Hace días que estamos replanteando nuestra convivencia: dimos de baja las reglas originales, recalculamos y esto somos, acá estamos intentando; nos merecemos algo más pacífico, más ameno.

Te dejo nuevamente el té, esta vez está humeante. Le agregué un saquito nuevo, así el aroma más fuerte te estimula. Acomodo las almohadas de mi lado y apoyo la bandeja entre ellas. Quizás, si tenés que estirarte menos... Prueba y error, todavía no defino muy bien qué querés, qué necesitás.

Vuelvo a la cocina y empiezo a lavar los platos. Pienso en las pelusas que arrinconé en la habitación y recuerdo la cantidad de veces que me dijiste que nunca termino nada de lo que empiezo. Siempre me lo marcabas, pero pensé que te referías a la carrera, los proyectos, los idiomas. Si me diera vuelta ahora, estarías apoyada en el marco de la puerta, con la palita roja llena de pelusas, diciéndome: "Ves lo que te digo". Pero prefiero no hacerlo porque hace días que no escucho tus pasos acercarse y pensarlo me angustia más y en un rato vienen mis viejos y prefiero llorar después y no ahora.

Paso el trapo por todos los ambientes, menos por la habitación. Meto en el lavarropas la ropa sucia que rebasa del canasto. Son calzoncillos y remeras mías, toallas, medias. Nada es tuyo. Toda tu ropa permanece impecable en los cajones. Me fue imposible cambiarte los primeros días y entendí tu resistencia a ceder. Quizás te molestaba saberte desnuda e inmóvil, una escena tan distinta a la pasividad que elegías en el sexo. De a poco te fuiste dejando tocar, pero me daba miedo. Mis manos se adentraban esperando que tus músculos se tensaran. Y no bajaban todo lo que querían bajar. Respeto tu inmovilidad, tu nueva forma de recibirme. No quiero cruzar los límites. Me quedo en tu cintura, en las huellas que te provoca el elástico del piyama, en el juego entre mis dedos y el borde de tu bombacha. Me animo un poco más con tu espalda, pero te tengo miedo. No sé qué movimiento puede hacernos retroceder al primer día. Y ahí sí que no sabría cómo volver a empezar.

Suena el teléfono pero no quiero atender, prefiero terminar lo que estoy haciendo. Quiero que no me recrimines más con esta actitud tan tuya. Al rato suena el timbre. Me sobresalto: están abajo. Tengo que encerrarte. No importa que no te levantes, me da más seguridad ponerle llave a la habitación, neutralizar cualquier contingencia. Mirá si justo se te ocurre ir al baño, si querés hacerme pasar un mal momento y salís de la habitación así como estás, toda sucia, el pelo enmarañado y la ropa de entrecasa. Pienso en tus olores y sé que solo me pueden gustar a mí. Enciendo un sahumerio de incienso en la cocina y otro de mango y maracuyá en el living. No me gustan. Hace cuatro días que nadie los enciende.

Cierro la puerta y doy un último vistazo antes de ir a abrir. Vuelve a sonar el teléfono. Estaba por salir, pero decido atender. “Hijo, te dejé las cosas en el pasillo, estaba en doble fila, a la noche hablamos”. Lo primero que pienso es que, si no limpiaba, era lo mismo. Y en seguida me baja el alivio de no tener que enfrentarme a sus preguntas.

Ahora te abro, amor. Dejame apagar esto que me está matando. Ya te abro.

“Concealer”, recuerdo de repente. Voy al baño y busco el frasco que diga “concealer”. Lo encuentro después de revolver bastante. Lo guardo en el bolsillo.

Abro la puerta de la habitación, escondo la llave detrás de los libros de siempre. Llevo los sahumerios ya apagados y los agito en el aire, como si estuviera haciendo un truco de magia. Quizás de esa forma puedo hacer que me vuelvas a hablar. Pero no, seguís igual, aunque la rodilla izquierda parece estar en otra posición, ya no te debe resultar tan incómodo; habrás hecho un leve movimiento, apenas perceptible porque no querés que me dé cuenta, pero yo estoy en los mínimos detalles, como si midiera el espacio que ocupás.

Apoyo la bandeja en el piso. Cuándo me vas a hablar, cuándo vas a perdonarme. Hace días que me tratás así. Me como una rodaja de palta, quizás si hubieras sentido el aceite de oliva… o la pimienta. Pero no le puse nada, no quiero que te manches, mi amor. Tengo que insistir con los aromas, yo sé que esto no puede ser eterno. No te lo tomes a mal, pero

te tengo que ganar esta pulseada. No seas tan dura conmigo.

Te vuelvo a besar en la frente. Ya no se siente el mango ni el maracuyá, ni la palta ni el hibiscus. Quizás más tarde te paso un pañito con alcohol o una toalla húmeda. Pero ahora quiero acostarme a tu lado. Perdoname. Por favor. Perdoname de una vez.

Matías Perini nació en Buenos Aires, en 1979. Es licenciado en Economía, pero un apasionado por las letras. Cursó el Programa Formativo en Escritura Narrativa de Casa de Letras, en donde tuvo docentes de renombre como Jorge Consiglio, Hugo Correa Luna, Edgardo Scott, Fernanda García Lao, José María Brindisi y Eduardo Muslip. Luego, asistió al taller de Pablo Ramos, donde empezó a trabajar un boceto de novela que continuaba el proceso comenzado en el taller de Selva Almada. En los últimos años, como participante del taller de Elsa Drucaroff, se concentró en la escritura y reescritura de cuentos cortos. En la actualidad, está en la etapa de revisión del que será su primer libro de cuentos.

El aprendizaje

/María Alicia Rubin
Cuento

El barco no parece moverse más. El aire enrarecido y húmedo ya no es respirable. Lo ahoga. ¿O quizas fueron las imágenes que vio en su viaje, las que lo marean y lo sofocan? Mira por la ventanilla y ve a lo lejos, sobre la costa, torres monstruosas por doquier. Deben de haber llegado. Escucha la voz del altoparlante. No entiende las palabras, pero no importa, porque sabe lo que significan: lo advierte en el comportamiento de los demás. Algunos cargan su mochila, otros se levantan de la posición en cuclillas, despacio, como si sus espaldas dolieran, o empiezan a caminar hacia la boca del ferry, para ser los primeros en desembarcar. Miran hacia la puerta oxidada como si de allí proviniera el futuro. El anhelo encoge su corazón; a pesar del aire pesado que lo rodea, siente un frio que le eriza la piel. Se mete las manos en los bolsillos por unos minutos; después, se abraza a sí mismo y se acaricia la tela del saco, calentándose. Cierra los ojos para recordar las palabras que le ha prometido a su Mumu: aquí tendrá un futuro mejor. No. Aquí tendría un futuro.

La gran puerta de hierro se abre con un gemido lento y monótono. Todos se aprietan unos con otros y se empujan hacia el cielo abierto de color incierto.

Lo espera un hormiguero de gente, palabras que no entiende, gente que le indica a dónde ir, con gestos, con gritos. Muestra sus papeles dentro de un edificio extraño, donde el piso no hace ruido cuando sus sandalias lo friccionan. El aire no parece moverse en ninguna dirección. Alguien le hace señas para que lo siga. Se mete en un camión, al igual que la mayoría de las personas del ferry. El calor ahora es sofocante. Y el camino es rarísimo. No entiende cómo no se han cruzado con alguna roca o hielo que haya que romper. El lugar por donde se desliza el camión parece una cinta interminable y brilla como si una capa de grasa de foca la recubriera. Su estómago hace ruidos. Una mezcla de hambre y de náuseas. Casi se queda dormido a causa del calor y del cansancio, cuando el ronroneo y el movimiento del transporte se detienen y el conductor grita y les hace señas para que bajen. Nota que todos lucen confusos. Que nadie sabe dónde está. Al menos no está solo en esa situación. Baja del camión de un salto a una superficie mucho más dura de lo que esperaba. Es tan extraña que necesita tocarla. Pone su mano sobre el asfalto negro y siente el calor que transmite y también su dureza. Trata de rasguñarlo para sacar un pedazo, pero es monolítico, como una roca infinita. Más señas, más gritos. Se da media vuelta y ve una de las torres monstruosas que había visto desde el ferry. Pero ahora está a pocos pasos. La torre tiene una pared gris hecha de piedra gigante. La toca y se sorprende: es tan áspera y al mismo tiem-

po lisa... El edificio parece tener una boca enorme por donde se ven soles pequeños colgados desde un techo altísimo. Trata de entrar, pero se golpea el pecho y la nariz contra una superficie transparente. Trata otra vez, pero escucha gritos y risas detrás de él. Alguien corre y empuja la cosa transparente, que es tan fina que le quita el aire el solo hecho de pensar en su existencia. Una persona gesticula y dice: "Puerta", y repite la palabra varias veces.

En esta caverna, el suelo tampoco hace ruido y tiene la consistencia del lodo, pero no ensucia sus zapatos. Es un lodo seco, de colores. Se da cuenta de que es un tejido. Como el de sus ropas. Su asombro no tiene límites. ¿Abrigan a los pisos? ¿Cuelgan soles de los techos? ¿Construyen paredes tan finas como el filo de su cuchilla? ¿Qué otras locuras verá en este nuevo mundo? Y antes de encontrar una sola respuesta, la boca de la ciudad se lo come para siempre.

Mary Rubin trabajó en Informática por treinta años y ahora, que está jubilada, usa su tiempo para leer, escribir y cultivar sus flores en verano.

Museo

/Mariel Pardo
Cuento

Mi hijo se escapa del salón. Es chico. Hace más de una hora que tironeo de su mano. No fue buena idea venir con él.

La gente se acerca y se aleja, excitada. Quiere captar la visión del conjunto y de la parte: la batalla gloriosa; el guerrero que levanta una lanza ante un rival desesperado por huir. Todos nos pisamos y empujamos un poco, justificados por el entusiasmo y por el escaso tiempo que se tiene para disfrutar de una obra de arte en una sala repleta.

Su fuga me dio esa mezcla de rabia resignada que se siente ante las reacciones desobedientes de los hijos; el reproche y, enseguida, la disculpa de contrapeso. En la sala del sarcófago labrado de Alejandro Magno, se abre una charla didáctica: Issos; su maestro, Aristóteles; Filippo, su padre.

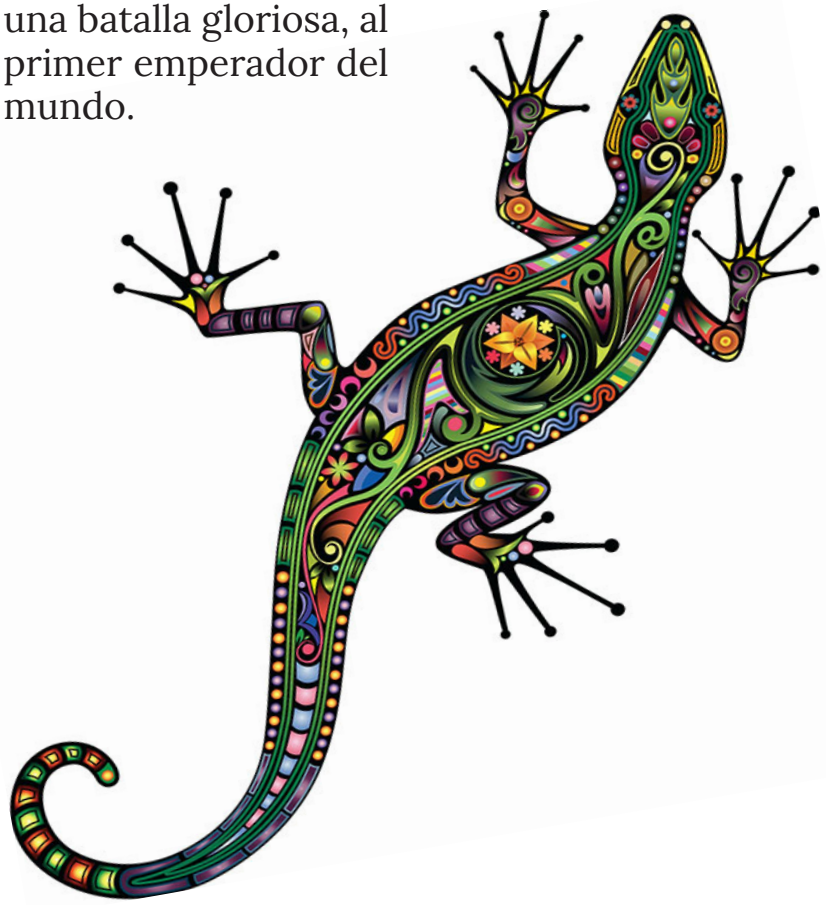
Doy unas vueltas, nerviosa, buscándolo, y lo encuentro en un salón vacío. Está inmóvil, agachado respetuosamente, y mira fijo algo en el suelo. Voy a llamarlo cuando reparo en que lo tiene absorto una lagartija, muerta hacía rato.

No puedo moverme, me clava al suelo la sensación de atestiguar algo enorme, sin vuelta atrás. Me aferro a la tarea de vigilarlo de lejos, mientras ruego que se me ocurran respuestas convenientes.

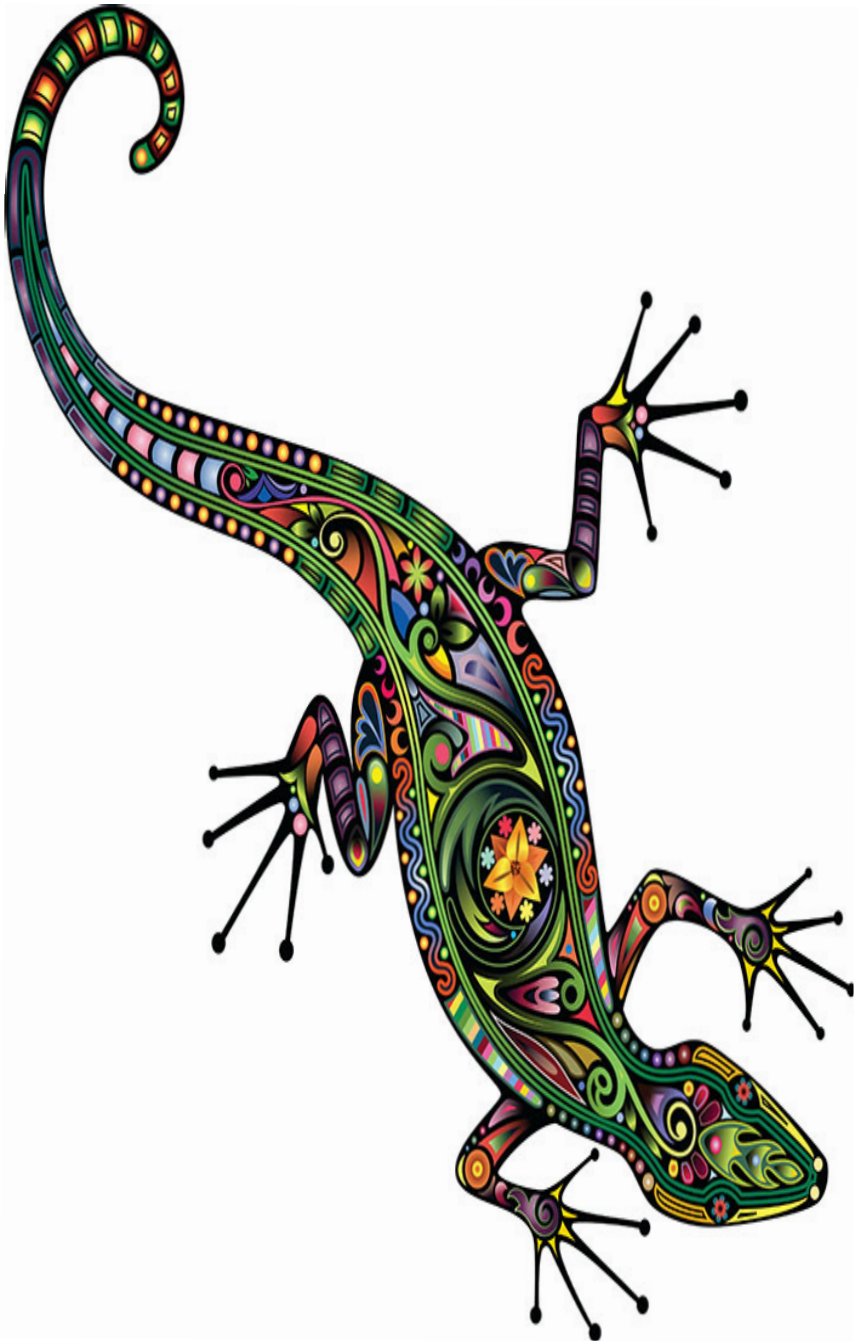
Nos vamos sin ver las dos salas que quedan pendientes. Es un momento delicado. Quiero un café fuerte que me dé lucidez para responder y un helado o un jugo para mantenerlo sentado unos minutos. Me anticipa, con seriedad, que tiene preguntas.

De salida veo que el sarcófago tiene menos gente alrededor, pero no tengo ganas de dar un último vistazo a las figuras atrapadas en la piedra.

A la noche, en el hotel, mi hijo cae rendido apenas se acuesta. No hay necesidad de contarle un cuento. Mañana o pasado, cuando él me obligue a entregarle mi oreja, para que la recorra hasta dormirse, le voy a contar la historia de la humilde lagartija que derrotó, en una batalla gloriosa, al primer emperador del mundo.



Mariel Pardo publicó *El felpudo y otros cuentos*, galardonado con el primer premio en el concurso "Adolfo Bioy Casares", (2011); *Hasta Dios en Camello,* en Dos: Editores, relatos, (2013); *Reunión de villanos*, premio Ópera Prima de Novela Corta Universidad Nacional de Moreno, (2017). Recibió menciones en concursos nacionales e internacionales: Concurso Bonaventuriano de Poesía y Cuento, Universidad De San Buenaventura, Cali, Colombia; IV Concurso Literary Edition (USA); Concurso Radio Asamblea; Concurso Sociedad de Escritores Surbonaerenses; Concurso de Cuento Breve *Osvaldo Soriano*, Facultad de Periodismo y Comunicación de la UNLP; entre otros. Se encuentra en prensa su próxima novela.



El ala de la mariposa

/Marina Gómez Alais
Cuento

Cinco rayos de sol dibujaron sobre la pared un pentagrama vacío. Errática, la sombra de una mariposa vuela entre las varillas de la persiana. Con el ala, parece empeñada en escribir música sobre las líneas desnudas. La ventana quedó toda la noche apenas entornada. Por seguridad, hace tiempo que ya no la dejamos apoyada al descuido. Un polvillo en suspensión tiñe la atmósfera diaria de amarillo opaco. Sin darnos cuenta, se nos ha pegado en la piel y andamos con el aspecto medio ajado del cartón viejo.

A través de los años, las cosas fueron un poco peor cada día. El desarrollo de nuestras vidas había sufrido un deterioro lento, pero nadie lo notaba por la sutileza de los cambios. Comparativamente, remontarse a ese pasado lejano en que las cosas pudieron haber sido mejores, habría requerido un análisis deficiente. Al fin y al cabo, qué define el concepto de "mejor" o "peor".

Por aquellos tiempos dormíamos con las ventanas abiertas de par en par y sin echar llave a la puerta. La luna guardada entre las sábanas iluminaba los moretones en el cuerpo, porque de chicos nos pegaban por no tomar la sopa o por bocasucias. Y la mayoría de las veces, porque Antonio cenaba con la damajuana apoyada en el piso, al lado de la silla, y el vino lo ponía malo. Mamá callaba y masticaba rápido o se levantaba a lavar los platos, para no ver, o a cerrar las ventanas para que no supieran los vecinos. Al acostarnos, las abría para que descansáramos frescos, plateados poéticamente, por aquella luz.

Juliana y yo nos dormíamos agarrados de la mano, llorosos y sorbiéndonos los mocos. Odiábamos a Antonio, sin siquiera saber que eso horrible que sentíamos por él tuviera nombre. Juramos matarlo, pero más adelante. Juliana decía que ella nunca se iba a poner de novio con alguien tan asqueroso y violento. No entendía cómo mamá lo había cambiado a papá por ese tipo de mierda. Y, de nuevo, el análisis era erróneo, porque papá no había sido ningún santo. No nos ponía la mano encima, cierto, pero tampoco había traído jamás un peso a la casa. Papá era un vago. Y maltrataba a mamá. Exigía que la comida estuviera lista para cuando él volviera de jugar al billar con otros vagos. La sacudía del brazo y la insultaba, y mamá tenía que hacer magia con tres papas y cuatro huevos que compraba de fiado en el almacén. Y de tanto fiar, un día Antonio reemplazó a papá. Yo no sé si ella accedió para saldar la deuda o porque, al ser el dueño del almacén del barrio, comida nunca nos iba a faltar. También tenía un auto con el que nos sacaba a pasear los domingos. Mamá se vestía bonita, Antonio se peinaba con gomina, nosotros olíamos a colonia. Parecíamos una familia. Esos paseos nos hacían vivir, por un rato, como en una película. Bajar las ventanillas, dejar que el viento nos diera en la cara y nos inflara los cachetes; despeinarnos, sacar la mano y chocar la brisa con la palma abierta..., tan abierta como la manota de Antonio cuando revoleaba el cachetazo, ni bien nos veía por el espejito re-

trovisor, con la mitad del cuerpo fuera del auto. Ahí llegaban a su fin la película, la diversión y la salida.

Una tarde le robamos unos caramelos del almacén, y por no perder esa puta costumbre de pegarnos palizas, se quedó seco corriéndonos en el depósito del negocio. A Antonio nunca se le escapó nada. Salvo la vida. Con mi hermana siempre sentimos que lo habíamos asesinado de un infarto. A partir de ese día, se terminaron los golpes, pero volvió el hambre. Mamá entró en una fase de melancolía que no la dejaba salir de la cama, creo que más por desorientación que por extrañarlo.

Mi hermana y yo siempre hicimos un buen equipo y pensamos que, quizás, podríamos seguir atendiendo el negocio. Nuestro emprendimiento comercial duró unas horas, hasta que cayeron los parientes a reclamar su herencia. Y así, de la mañana a la noche, nos quedamos con un padre esfumado, un padrastro muerto y una madre que dormía como Blancanieves después de morder la manzana envenenada. Es decir, nos quedamos solos. Aunque no tardaron en llegar tías lejanas, vecinos piadosos y autoridades de minoridad. Allí recién despertó mamá de su sopor y luchó por nosotros, justo antes de que le entregaran la tutela a algún desconocido. No es que la situación fuera a mejorar demasiado, pero al menos no nos separaron. Ella se arremangó y limpió inodoros extraños, trabajó en un quiosquito, vendió cosméticos a domicilio. Hasta que, de repente, ya fuimos grandes. Ninguno de los dos terminó el colegio. Juliana conoció a Oscar y rompió su promesa de no ponerse de novio con alguien asqueroso y violento. Resultó más mierda todavía que Antonio que, por lo menos, a mamá la trataba como a una reina. Oscar, un enfermo de celos, la hostigaba y la castigaba por cualquier fantasía que se cruzara en su mente retorcida. Yo pensé que este también, en algún momento, sería ajusticiado. Juliana insistía con eso de que cualquier precio que tuviera que pagar sería una ganga, con tal de irse de casa y no limpiar inodoros cagados de otros. Se fue a vivir con él y empezó a espaciar las visitas, hasta que dejó de venir. Yo conseguí trabajo como ayudante en el taller mecánico de don Sergio. Me fue enseñando el oficio y terminé siendo fanático de los fierros. Mamá, poco a poco, a partir de que mi hermana también nos abandonó, empezó a perder la memoria y, un día, ya no supo mi nombre ni quién era ella, aunque seguía marcando cualquier número en el teléfono, para hablar con Juliana. Entonces decidí ir a lo de Oscar para pedirle que, aunque más no fuera, por compasión, la visitara. Me interceptó en la puerta, diciendo que ella no quería saber nada con nosotros. Supe que él mentía, pero me fuí manso. A mí no me gustan los líos y las discusiones: me dan dolor de estómago. Su presencia intimidaba y me hacía muy cobarde. Imposible no ver, en su mirada torva, los mismos ojos de diablo de Antonio. No es un recuerdo fácil de superar el haberte meado los pantalones de miedo. Con que clavara sus pupilas afiladas en mi debilidad de chico, bastaba para que, del terror, se me aflojara todo. Cuando llegué a casa, mamá no estaba. Desesperado, la busqué por horas en las calles del barrio. Los hijos de aquellos vecinos piadosos de mi infancia también ayudaron. Hice la denuncia por extravío de persona en la comisaría. Necesitaba a mi hermana. Metí el cagazo en un bolsillo

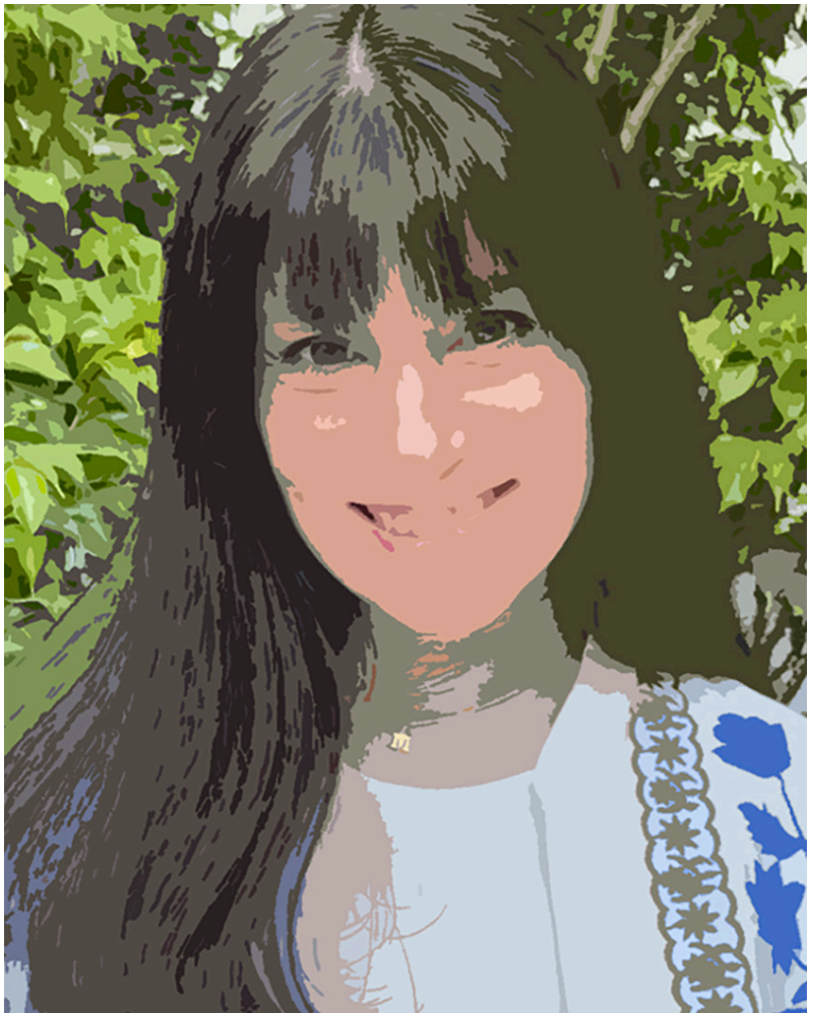
y, con el orgullo trabado en la garganta, esta vez fui dispuesto a rogarle. A unos metros de la entrada, ya se oían las trompadas de la bestia y los alaridos de Juliana. Salté la cerca y tiré abajo la puerta de atrás. Ella, tendida en el piso con la cara color azul; él, montado encima, estrangulándola con sus manazas de monstruo.

Pude observar la escena, por un instante, con esa especie de calma que anestesia el horror. Esa situación tan irreal tenía los ingredientes necesarios para que, finalmente, ocurriera un crimen. Había víctima y victimario. Los celos de Oscar y la emoción violenta. Un elemento contundente, apoyado en la silla. El odio acumulado a todos los que nos habían herido: papá, Antonio, Oscar. Y nuestras ganas de matar.

Fugaz e interminable, como siempre, sentí la vida. Empecinada en encadenar series ridículas de eslabones perdidos. Todo puede irse o llegar, de golpe. Podemos intervenir un segundo antes o uno después. Juliana podía estar muerta. Yo podía matar a Oscar y salvar a Juliana. Oscar podía matar a Juliana, y yo a Oscar. Oscar podía matarnos a los dos. Mamá podría volver a abrirnos las ventanas.

Ahora mismo, pienso que el odio es un sentimiento estúpido. Bostezo. No sé qué pasó. Estoy tirado boca arriba, en mi cama.

El ala de la mariposa sube y baja, vuela entre líneas y espacios vacíos. Pestañeo con cada aleteo, como si prendiera y apagara la luz. Sé que también va a desaparecer la mariposa, que la sombra se va a comer el pentagrama, que todo, pronto, va a ser un silencio frío, seco. Y sospecho que, tal vez, definitivamente, me he quedado solo en este mundo.



Marina Gómez Alais es argentina, nacida en Buenos Aires. Es correctora literaria y escritora. Sus cuentos y poesías han sido publicados en las revistas literarias digitales *El Narratorio* (Argentina) y *Oropel* (Chile), en tres antologías de narrativa junto a varios autores y en su Instragram literario @marinaescribiendo. Su primer libro de cuentos, *Prohibido cruzar*, se publicó en septiembre de 2021, por Ediciones Murmullos.

La pollera plato

/Mónica Berjman
Cuento

En cuclillas en el piso, la madre, increíblemente ágil para su edad –ya había cumplido veintinueve años– marcaba, con una tiza de costura en la mano, pequeños trazos sobre la tela. Era una lanilla de color negro, el esbozo de lo que se transformaría en una pollero plato: de moda en los cincuenta. La niña leía en el silloncito del dormitorio, pero había abandonado el libro para concentrar su atención en la figura arrodillada sobre el parqué.

Un amplio círculo de papel moldeaba, sobre la tela, el camino de la tiza.

Estar mucho tiempo en cuclillas tampoco era fácil, así que la madre cambió de posición y continuó de rodillas, mientras unas gotas de transpiración le humedecían la frente. Al parecer, no era simple hacer una pollera plato.

La niña no dejaba de mirarla. En esos días ella quería mucho a su mamá y sentía –en eso tenía razón– que estaban unidas por un vínculo eterno.

Sobre la cama, cubierta por un acolchado rojo, estaba abierta una revista;

un figurín lleno de dibujos y modelos con instrucciones precisas para la confección del vestido elegido.

Se hizo de noche y se acercaba la hora de comer, pero no se tomaron medidas al respecto. La mamá seguía ensimismada en la pollera plato. El padre, de vuelta del trabajo, saludó con un alegre:

–¡Hola! ¿Dónde están todos?

Silencio. Lo guio la luz que venía del dormitorio y, asomado al vano de la puerta, intentó con buen humor cruzar el cuarto para saludar a la nena, pero recibió órdenes de no avanzar, de modo que se sentó en el sillón del living a esperar la cena.

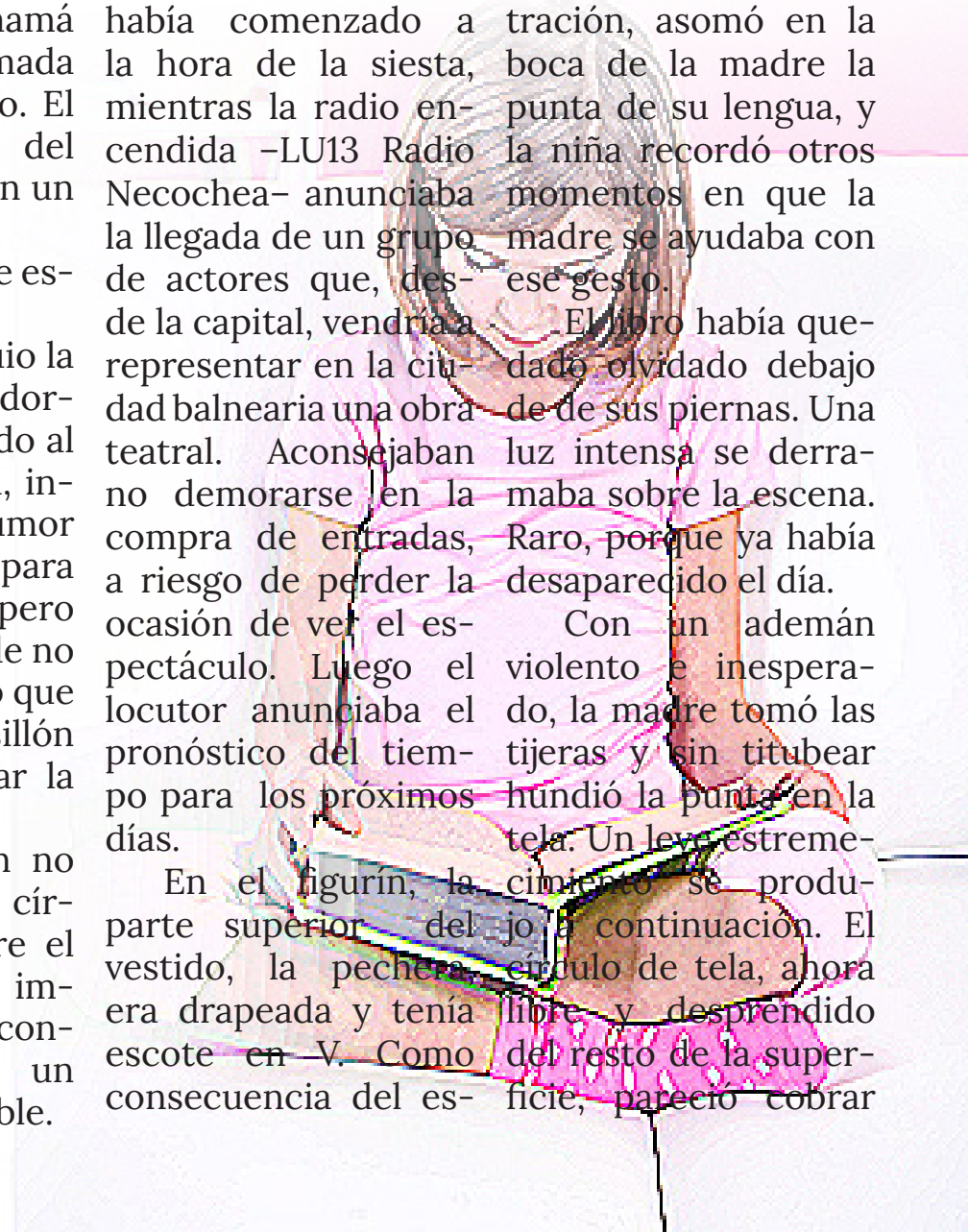
La madre aún no había cerrado el círculo de tiza sobre el molde y daba la impresión de que la confección llevaría un tiempo considerable.

Todo ese trajín había comenzado a la hora de la siesta, mientras la radio encendida –LU13 Radio Necochea– anunciaba la llegada de un grupo de actores que, desde la capital, vendría a representar en la ciudad balnearia una obra teatral. Aconsejaban no demorarse en la compra de entradas, a riesgo de perder la ocasión de ver el espectáculo. Luego el locutor anunciaba el pronóstico del tiempo para los próximos días.

En el figurín, la parte superior del vestido, la pechera, era drapeada y tenía escote en V. Como consecuencia del esfuerzo de concentración, asomó en la boca de la madre la punta de su lengua, y la niña recordó otros momentos en que la madre se ayudaba con ese gesto.

El libro había quedado olvidado debajo de sus piernas. Una luz intensa se derramaba sobre la escena. Raro, porque ya había desaparecido el día.

Con un ademán violento e inesperado, la madre tomó las tijeras y sin titubear hundió la punta en la tela. Un leve estremecimiento se produjo a continuación. El círculo de tela, ahora libre y desprendido del resto de la superficie, pareció cobrar



vida. Una ondulación se producía ante los ojos de ambas mujeres; un movimiento en el dobladillo de la falda comenzó a agitarse y a convulsionar hasta alzarse del suelo y abrazar, en remolino, la cintura de la madre. La pollera siguió girando hasta que sus pliegues se aquietaron y se posaron sobre el cuerpo de la madre. Ella no estaba sorprendida. Se irguió hasta quedar reflejada en el espejo en toda su estatura. Se mantuvo quieta admirando su imagen esbelta: la breve cintura, los pechos firmes, las piernas largas, los brazos de muñecas delgadas. El pecho y los hombros cubiertos por el escote drapeado.

La niña recordaría toda su vida esa escena. Solo años después, observando su propia figura en el espejo, supo que ese día había descubierto en su madre el placer de la femineidad.

¿Cómo es que de pronto nos miramos al espejo y nos hemos convertido en "gente grande"? Mónica Berjman parte de este compartido

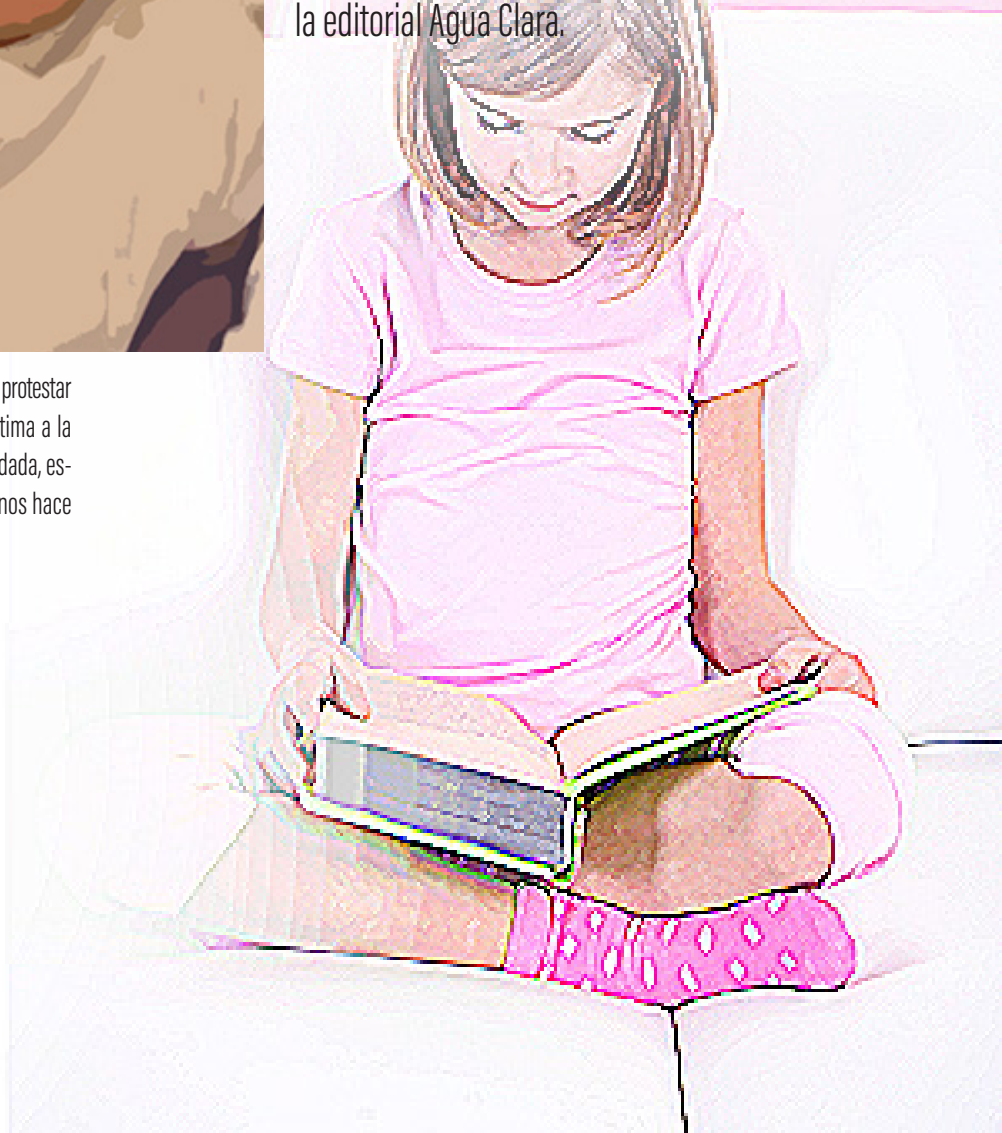
misterio inexplicable para hacer sonar en nuestra literatura una voz que hasta ahora nunca habló: la de una mujer vieja. Una voz pícara, brillante, maligna o benévola, pero nunca ñoña.

Para el capitalismo, los viejos son un gasto inútil y, para el patriarcado, la mujer vieja es la cáscara de una fruta consumida: ya no es objeto deseable, tampoco puede ser madre, ¿por qué habría de ser interesante? Mónica Berjman da

miles de razones sin perder el tiempo en protestar por la ceguera de un mundo que subestima a la gente vieja. Chispeante, dulce o despiadada, escribe un libro que se lee de un tirón y nos hace ver la vida de otra forma.

Elsa Drucaroff

Mónica Rita Berjman nació en Necochea, es psicóloga y escritora. Ha ganado algunos concursos de cuentos. La novela *Las Marrapodi* fue ganadora del XVIII Premio de novela corta Salvador García Aguilar, en España. Fue publicado allí con el título de *Prueba de Resistencia*, por la editorial Agua Clara.



Gloria estuvo aquí

/Nora Riccardi
Cuento

Bajo la escalera, leo el cartel que dice: "Ellas", empujo la puerta con el codo y entro al baño. El piso está mojado, la lámpara titila. De los cuatro cubículos dos están cerrados. Miro por debajo de las puertas: uno está vacío, el suelo inundado y lleno de papel higiénico. En el otro veo unos zapatos con plataformas. "Qué bueno", pienso, ese calzado la aleja de toda la mugre. Decido saltear el tercer compartimento para separarme de las plataformas y entro en el de la punta. Un tampón flota en el inodoro, se acerca al borde como intentando salir. Vuelvo al tercero.

Busco el perchero para poner la cartera, pero en su lugar hay un raspón. Me pregunto quién se habrá llevado eso como *souvenir*. Me la cuelgo del cuello, separo las piernas, me bajo el pantalón y la bombacha con cuidado de no tocar nada. Leo cerca del raspón: "Gloria estuvo aquí", como si se tratase del Aconcagua o París. Del otro lado de la pared, alguien se mueve y habla.

–Hola, ¿me escuchás? –dice casi en un susurro.

"Qué raro hablar por teléfono en un baño público", pienso. Intento hacer pis en un costado del inodoro para no salpicar y hacer el menor ruido posible. Abro las piernas y la posición semiagachada me hace doler los muslos. Debería hacer más ejercicio.

–Estoy en el baño de al lado. ¿Me oís? –dice la voz en plataformas. No contesto. Ella insiste.

–Hola, la de chatitas negras... ¿Me escuchás? –Miro mis pies y confirmo que me habla a mí.

–Sí, te escucho. ¿Qué querés? –digo incómoda.

–Se me trabó el cierre, ¿me das una mano? –dice suave. Me quedo muda. No quiero acercarme a una extraña, pero tampoco puedo ignorarla. Me imagino mil escenas con un cierre trabado. Ninguna es digna de ver en vivo y en directo.

–¿Cuál es el problema? –pregunto. Qué idiota. Me lo acaba de decir. No manejo bien el factor sorpresa.

–Se trabó el cierre, no puedo sola. ¿Me ayudás? –insiste con voz angustiada. Trato de ponerle una cara a esa voz. Por el calzado y por su tono le doy unos veinte. Una edad en que la vergüenza nos domina. "Pobre", pienso y repaso varios sucesos en los que deseé ser invisible cuando era chica.

–¿Le aviso a alguien? ¿Con quién viniste? –pregunto esperando que diga "con una amiga".

–Estoy en una cita a ciegas. Recién lo conozco. ¿Vos no podés?

–Sí, claro. Ya voy –digo y me demoro.

–Dale, gracias.

Escucho que su codo golpea el panel divisorio. Está peleando con el cierre. Sospecho que es un engaño, que me va a robar. Saco de la cartera el desodorante en aerosol. Cualquier cosa se lo tiro en los ojos. Me alegro de estar en chatitas, es más seguro en caso de que necesite escapar por esa escalera oscura. Abro la puerta. Vuelvo a leer: "Gloria estuvo aquí". Me pregunto qué hubiese hecho Gloria en mi lu-

gar. Puedo salir, pagar e irme del bar. Dejarla ahí con su cierre. Total, no me conoce.

–¿Venís? –insiste. Ya no susurra.

–Sí, estoy acá –golpeo su puerta. Me abre. La imagen me impacta. Una melena roja cubre todo. La cabeza gacha, las piernas abiertas. Del pantalón arrugado a la altura de la cadera se asoma una bombacha de encaje. Las dos manos pelean con el cierre. El jean tiene un bordado plateado. Creo que es una flor.

–Se enganchó –dice mirándome y abriendo las manos.

La cara pintada, los ojos desesperados llenos de rímel. Nada podía tapar sus arrugas y la edad, que excedía por lejos la mía. Miro el cierre. Con disimulo guardo el desodorante. Hubiese querido que por una vez mi imaginación superase la realidad. El cierre enganchaba una maraña de pelo entrecano. No voy a tocar eso ni en pedo.

–Creo que está complicado –diagnostico. Me mira con furia, pero se calla. Toma aire, intenta mover el cierre y dice:

–Quizá si vos tirás mientras yo corro la piel, pueda soltarse.

No me muevo. "Ni loca", pienso. Revuelvo mi cartera. Saco una tijerita. Bendita sea mi neurosis de llevar mil cosas "por las dudas". Ella la mira con temor y alivio.

–Creo que hay que cortar por lo sano –digo y pienso que es la frase más boluda que dije en mi vida. Le doy la tijerita.

–No puedo sola. –No la recibe. Me acerco. Me agacho y ruego que nadie entre en este momento. Meto la tijera entre el vello y el cierre. Corto. Me separo y retrocedo con la mano y la tijera en alto. Me veo en el espejo de costado. Parezco la Estatua de la Libertad.

Ella se endereza. Su cara relajada. En la ingle hay un tatuaje. Primero creí que era un delfín, pero al estirarse veo que es una lengua, como la de los *Rollings*. Pienso en su cita. ¿Seguirá esperando?

–Gracias –dice seca y cierra la puerta. Escucho el chorro caer mientras tiro la tijera en el tacho.

Me lavo las manos y salgo. Tengo que comprar otra tijera.

Nora Riccardi, Los Ángeles, USA. Fonoaudióloga. Algunos de sus cuentos fueron publicados en revistas literarias. Asiste al taller de escritura *Personas que escriben,* de Ana Navajas y Adriana Riva.

Adiós a Guayasamín

/Rafael Robles

Cuento

La conocí en el Museo Nacional de Bellas Artes, diez años atrás, durante una exposición de Guayasamín. Había recorrido la muestra y encaraba hacia la salida cuando la vi llegar, sola y bonita. Yo también estaba solo. La observé con disimulo; ella no pareció advertirme. Se detenía ante cada cuadro y pasaba un buen rato estudiándolo; a veces, para analizar un detalle, casi rozaba la tela con la punta de la nariz. Cuando se alejaba, parecía despedirse con cierta melancolía, sin dejar de mirarla, como si se tratara de alguien querido a quien no volvería a ver.

Al cabo de un rato pude prever cuál sería su itinerario. Maniobré de forma que coincidiésemos como por casualidad ante un gran cuadro que mostraba el rostro de un viejo campesino, cubierto de arrugas y desesperación. Hice un comentario trivial. Hablamos. "Marcos", me presenté; "Paula", me contestó.

Así comenzó. Vivimos juntos en ese estado alucinado, de cierta vaga plenitud y hecho de instantes que, a falta de una palabra exacta, llamamos paraíso. Duró, tal vez, cuatro años. Destruirlo me llevó pocos meses. Tenía mis proyectos: mi producto era bien pago en España y hacía tiempo que negociaba con un grupo de Barcelona para instalarme allá. Esos eran mis planes y, en ellos, no entraba ninguna mujer; cualquiera hubiese sido un lastre. Así que el sentimiento que tenía por Paula, lo que fuese, lo maté así, de súbito.

Fue un sábado de febrero. Estábamos en el Tigre con una pareja amiga. Ellos tenían un velero y el día era soleado. Anclamos en un lugar del Delta alejado del recorrido habitual de las lanchas. Habíamos llevado unas viandas y luego de comer, acompañados de buen vino, mi amigo y yo nos ocupamos de embriagarnos morosa e inexorablemente con un suave "scotch". Estábamos de ánimo retozón. El juego consistía en arrojar a alguien al agua e impedirle subir al velero, empujándolo con unas varas, hasta que el turno le tocaba a otro desprevenido. Cuando este caía al agua, el primero podía subir y se sumaba a los otros tres. Hicimos eso hasta que el alcohol nos volvió demasiado torpes. Jadeantes y transpirados, caímos sobre cubierta, desde donde oí a alguien gritar:

–¡Oigan! ¡No quiero seguir más con esto!

Reconocí mi propia voz, con sorpresa.

–Yo tampoco sigo – dijo Paula entre risas–. Estoy tan borracha que, si me tiran otra vez, me hundo.

Volví a oír mi voz espesa:

–No entendés. Ya no quiero seguir más con esto –insistí, dirigiéndome directamente a Paula.

Aún riendo, preguntó:

–¿Qué querés decir?

-Quiero decir que vos, que nosotros... Con todo esto, no quiero seguir. –Abrí los brazos en un gesto que intentaba abarcar todo lo que esas pocas palabras pudieran significar en mi cabeza.

–Estás borracho – reprochó mi amigo.

–¡Totalmente! – asintió su mujer a carcajadas y aún sin entender.

Pero Paula no reía. Súbitamente seria y concentrada, ella sabía.

–Pudiste esperar a que estuviésemos solos –dijo en un susurro rabioso.

La fiesta terminó. Los efectos del alcohol pasaron y todos queríamos estar solos. El regreso fue callado, embarazoso e interminable.

A la noche, en el departamento de Congreso, discutimos. Después oí a Paula llorar, encerrada en el baño. El sonido quedo y dulce me llegaba a través de la puerta. Tomé una botella de whisky y me eché sobre el sofá. Bebí del pico hasta quedarme dormido. A la mañana desperté con resaca. Paula ya había salido a su trabajo. Me preparé, con lentitud y tristeza. Fue una jornada intensa y larga. Después, di vueltas por ahí. Al fin junté ánimo y volví al departamento para enfrentar la escena que ella desataría.

Era casi a medianoche. Todo estaba a oscuras. Encendí las luces y empecé a registrar los cambios. Paula había estado antes y cargado con todas sus cosas. En ese momento, el vacío me abrumó. Encontré varios de mis discos favoritos rotos, los pedazos desparramados por el piso. Busqué un mensaje explícito, una nota o algo escrito con lápiz labial sobre el espejo, como en las películas. No había nada. Solo esa modesta expresión de ira.

Mi socio deseaba a Paula. Me sorprendió que ella le hubiese correspondido. No creía que Román fuese su tipo. Una personalidad extrovertida y simple. La cosa fue en serio y rápido. No me gusta recordar esa parte de la historia. Unos meses después, asistí al casamiento en el registro civil invitado por Román. Al terminar la ceremonia, lo saludé y partí. Final del capítulo "Paula" con un arreglo perfecto. Todos los personajes contentos.

Al tiempo, mis planes se concretaron. Vendí mi parte del estudio a Román y me fui a España.

Hace cuatro años que vivo aquí, tres de ellos con Ángela. A diferencia de Paula, a ella sí puedo describirla: hermosa barcelonesa, alta, los ojos y el pelo renegridos y una cara perfecta. Así que , ni me hablen de la Argentina. Estoy muy bien.

Es julio, el calor agobia; el sol parece una moneda de oro colgada bajo un telón azul, sin nubes. Ni el mar, que se mece denso frente a la playa, trae alivio. El ardor del sol me adormece, como si la piel absorbiera un vino pesado y espeso que subiera rápido a la cabeza y me relajara. Solo puedo concentrarme en Ángela, en lo maja que es y en esa apetencia que siento por ella y que se intensifica día a día. Tirado en la arena, busco reparo en la mezquina mancha de sombra que proyecta la sombrilla y la veo como en un sueño. Se unta el cuerpo con una crema y yo quisiera tener la energía necesaria para tenerla allí mismo. Pero el calor, la gente. Habrá que esperar el fresco artificial y la oscuridad encantada de la habitación del hotel. Estoy en esos pensamientos cuando escucho:

–Marcos. ¡Querido! ¡Por fin!

Una voz que viene del pasado. ¿Alucino? Aún recostado en la arena, entreabro los ojos. El sol me ciega. Desde lo alto, la voz sigue tronando. Una gran silueta se interpone entre el sol y yo y entonces, a contraluz, lo identifico. Román, por supuesto, pelotudo inoportuno.

Me levanto, trato de mostrarme contento. Balbuceo algo. Ángela, en cambio, se pone de pie y sonríe espléndida.

Nos abrazamos. Con su vozarrón cuenta que están recorriendo España, que pasaron por nuestro apartamento de Barcelona, que no nos encontraron, claro, y que el encargado les dijo que estábamos en la costa. "Te mandé un mensaje al celular. ¿No lo recibiste?". "No. No lo recibí". Después se dirige a Ángela y también la abraza y la besa sonoramente en la mejilla. Siento celos.

Cuando Román se acerca a Ángela, advierto que hay alguien detrás, alguien que no tiene su mismo entusiasmo. Está en silencio, con el cuerpo erguido; sus manos se juntan en el regazo y sostienen algo, un bolso. Paula.

Los cuatro nos acomodamos a la sombra del parasol, rodeados de gente. Formamos un cuarteto extraño. Ángela y Román son la parte dicharachera. Tienen una conversación fluida e ingeniosa. Paula y yo participamos de ese espectáculo, ellos son protagonistas; nosotros, partiquinos. Hacemos comentarios banales, asentimos, respondemos con monosílabos. Poco a poco nos ensimismamos. Ella busca en su bolso y saca un libro; echada boca abajo en la arena, lo abre al azar. Parece que toda su persona se introduce en las páginas. Román se yergue con agilidad, pese a que su cintura evidencia unos kilos de más.

–Este calor no se aguanta –dice–. ¡Vamos al mar!

Ángela se suma de inmediato. Paula hace un gesto displicente sin apartar la vista del libro.

–Vayan, ya los alcanzo –digo.

Román toma a Ángela de la mano y corren hacia el mar. Así quedamos Paula y yo. Solos por primera vez en siete años. Los ruidos de la playa me llegan amortiguados y el silencio comienza a pesarme. Ella sigue absorta en la lectura y no sé qué hacer ni qué decir. Tengo el impulso de escapar, de romper la burbuja y correr hacia el mar, detrás de Ángela y de Román. En cambio, hablo:

–¿Qué estás leyendo? –pregunto. Ella responde rápida y mecánicamente, sin mirarme:

–*El laberinto sentimental*, de José Marina.

–¿Estás en un laberinto sentimental?

–No.

–¿Por qué lo leés?

–Porque está de moda y me preguntan mis alumnos.

–¿Seguís con tus clases en la Facultad?

–Sí.

–¿Por qué? –me doy cuenta de que no debí preguntar eso y procuro arreglarlo–. Quiero decir que Román gana buen dinero y vos podrías...

–¿Y eso qué importa? –me interrumpe. Por primera vez su voz tiene alguna expresión, aunque nada amable. Alza un poco la cabeza sin llegar a mirarme.

–Que él gane plata no significa que yo deje de hacer lo que quiero. Es mi vida. Me gusta así.

–Nunca pude entender cómo... –empiezo.

–Ajá. Tal vez nunca entendiste nada, vos –me interrumpe.

–Perdoná, no quise decir...

–Mirá Marcos, no me importa lo que hayas querido decir. ¿Eso sí lo entendés? –La vista sigue clavada en el libro.

–Bueno, se supone que hablemos de algo, ¿no?

–No se supone nada. ¿Por qué no vas al mar?

–No quiero. Quiero estar con vos.

Quedamos en silencio. Tras unos minutos, digo:

–¿No preguntás por mí?

Vacila; finalmente se decide y habla:

–Si querés... –dice con gesto paciente, complaciente ante un chico fastidioso. Deja el libro sobre la arena, gira, hinca los codos en la arena y sostiene su cara con las manos,

los dedos tamborilean sobre las mejillas.

–Formalmente, te pregunto: ¿cómo estás, Marcos?

–Si me preguntás de ese modo, no sé qué contestar.

–Bueno, cuando se te ocurra algo, hacé una señal. De paso, cuidá de tu Ángela porque con Román por ahí... –Paula tiene ese modo de tirar las frases al aire y dejarlas así, flotando. Eso siempre me irritó. Tal vez por esa bronca y sin pensarlo, suelto la pregunta que no quería hacer.

–Román y vos... Quiero decir, ¿están bien? ¿lo querés?

Por primera vez me mira a los ojos.

–¿Por qué? ¿A vos te importa?

Calla y continúa mirándome. La pregunta me embarulla. Busco la respuesta.

A nuestro lado, en un pequeño espacio, se instala un grupo de adolescentes, cinco o seis chicos y chicas. Cargan un enorme aparato de música y lo hacen funcionar a plena potencia. Todo alrededor se estremece con ese sonido rabioso.

Delante de mí veo a Paula, que ahora me habla. Su intento es inútil. Ninguna palabra puede atravesar esa masa compacta, hecha de mil decibeles. Y continúa, empecinada. Trato de adivinar sus palabras por la expresión de su cara y el movimiento de los labios. Exasperado, me vuelvo hacia los chicos, exijo silencio. Alguien baja el sonido, pero de inmediato lo sube. Hace lo mismo una y otra vez. Se divierten molestándonos. Logro escuchar a Paula: frases deshilvanadas: "... y te esperé... Fue un tormento... que te quería... te importó nada... él es bueno... ahora todo está lejos...". Me acerco, pero sigo sin escuchar. Me levanto en dirección al chico que juega con el aparato y se lo arranco de las manos. Siento en las mías la vibración de la música. Presiono teclas al azar y el sonido cesa. Busco el depósito y extraigo las baterías. Los chicos miran aterrados. Un hombre reprocha: "Calma, señor, que son chavales" y agrega que busque uno de mi tamaño. No contesto. Con brusquedad pongo el aparato sobre su pecho. Instintivamente lo sostiene, protestando. Giro hacia Paula. Me arrodillo frente a ella. Nos miramos a los ojos. Sé que tengo una chance. Debo actuar, frenar el tiempo mientras estamos solos, pero oigo las voces de Román y de Ángela que regresan del mar. Y ahora ya es después. Ángela se arroja a mi lado.

–Este Román es todo un tío –dice entre risas.

Ya no importa lo que sigue.El sol declina. Román se pone de pie.

–Bueno –dice–, nos tenemos que ir. Mañana partimos temprano.

–Sí, vamos –asiente Paula, y agrega que tienen que encontrarse con alguien en alguna parte para alguna cosa.

Recogen sus cosas. Intercambiamos promesas de volver a vernos y nos besamos en las mejillas. Entonces Paula roza apenas mi cara con la suya, casi vuelta de lado mientras contesta algo que Ángela le ha preguntado. Algunos granos de la arena que tiene en la cara se prenden a la mía.

No he vuelto a verla desde entonces.

Rafael Robles

Nacido y criado en 25 de Mayo, Provincia de Buenos Aires, reside en la Ciudad de Buenos Aires. Es pintor, dibujante, historietista, abogado y docente universitario. Lector voraz y amante de las artes en todas sus disciplinas. Autor de múltiples artículos sobre materias de su profesión, incursionó en la literatura y obtuvo una mención por su cuento *Trampa*, publicado en *Historias Secretas* de la Facultad de Derecho. Actualmente, se ha consagrado a escribir ficción bajo la tutoría de una relevante autora argentina.

Poesía

78 06754

06754

Poesía

Poemas de Claudia Ferradas / Claudia Ferradas
¿El huevo o el poema? / Rubén Valle
Poemas de Roberto Domínguez / Roberto Domínguez

78 06754
06754

Poemas de Claudia Ferradas

/Claudia Ferradas
poeta argentina

Resquebrajada

Una grieta profunda
en el plato rosado que heredé de mi madre.
Amenaza de quiebre.
Herida que enmascara
el diario sortilegio
de la comida humeante y la mesa tendida.

Metonimia del rastro
que cada cirujano dibujó en nuestros cuerpos.
Profunda, irreversible,
es cada cicatriz, cesárea, arruga.
Por ella menstrúa el tiempo,
supuran olvidados secretos de familia.
Es alambre de púa en la piel de mi abuela.
El bastón de Virginia.
La columna de Frida.

Fisura, tajo, brecha.
Camino recorrido.
Hendidura filosa
por la cual me rehúso a heredar el desgarro.
Es raíz que se extiende.
Horizonte obstinado.

Renglón donde se escribe
la historia que resiste al dolor y al mandato.
Fiel.
Feroz.
Femenina.

Del libro *Transiciones*, Buenos Aires: Modesto Rimba, 2018

La templanza

No te asombres de verme.
Yo te acuné en cada pesadilla.
Juntos cruzamos los desfiladeros.
Rescaté los tesoros de tu alma
de cada telaraña del instinto.

Si ahora podés reconocerme
es porque ya me ves adentro tuyo:
en tu moderación,
en el sosiego,
en el terreno fértil que ha abonado
todo lo que perdiste.

Soy tu ángel.

Vengo a ayudarte a que no seas esclavo
de los excesos ni de la complacencia.
Soy Iris, arco de luz
entre lo terrenal y lo divino.
Custodio los umbrales de la era de acuario.
Mis cántaros trasvasan los opuestos,
vierten el infinito desplegado,
la síntesis alquímica de sustancias dispares.

Confiá en mí.
Con cada uno de los cinco pétalos
del mandala en mi frente
equilibro las fuerzas,
traigo conciliación en el conflicto,
propongo compromiso y armonía.
No estarás solo
cuando vuelvan los tiempos de zozobra.
Seré Ariadna
dentro del laberinto de la desolación.

Dame la mano.
Voy a estar a tu lado en las tinieblas.

Del libro *Arquetipos / Archetypes, monológos dramáticos de los arcanos mayores del tarot*,
Buenos Aires: Modesto Rimba, 2da edición, 2022

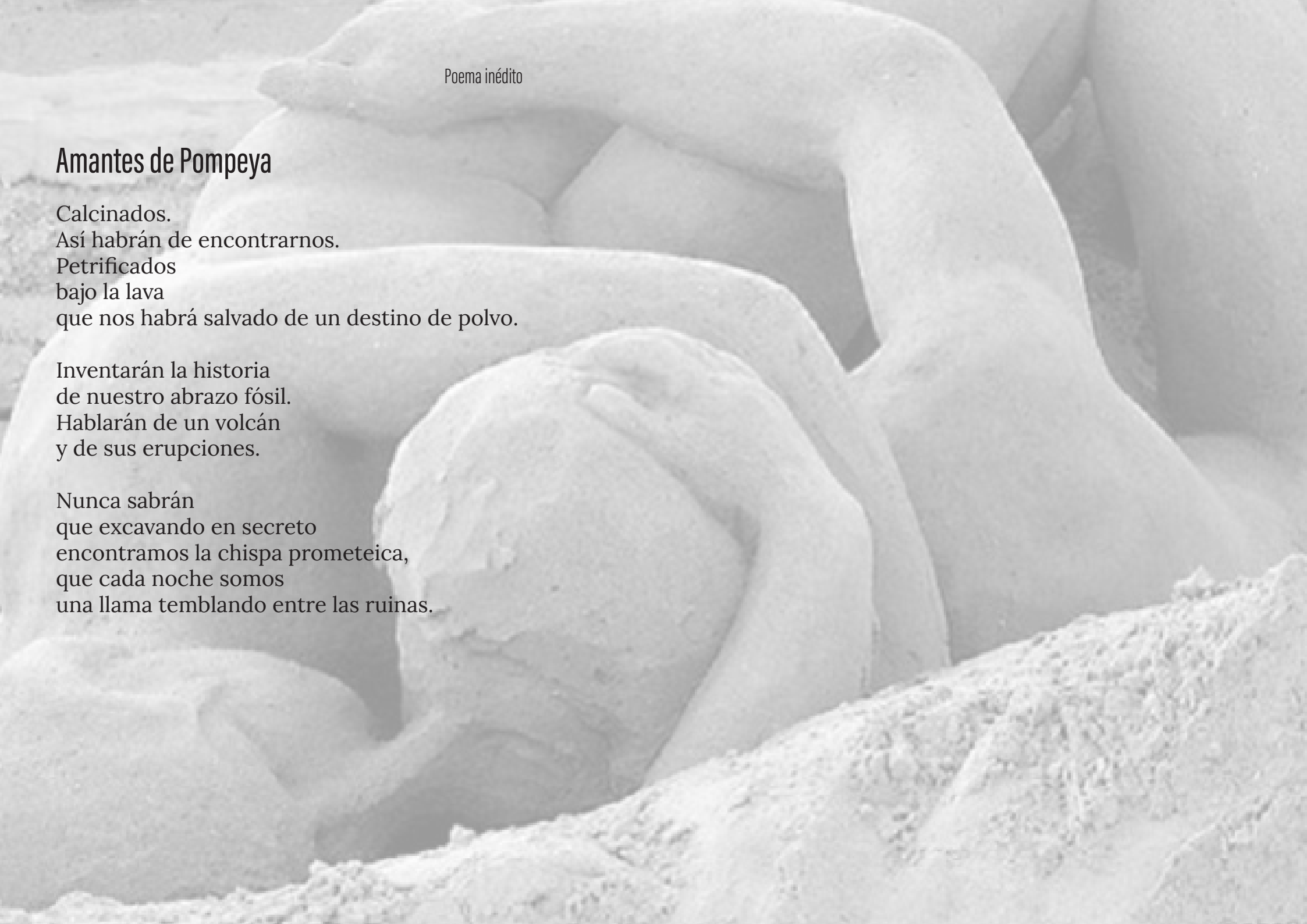
Poema inédito

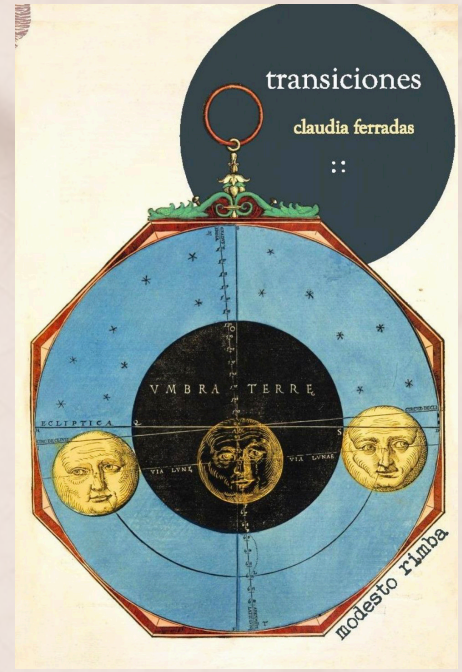
Amantes de Pompeya

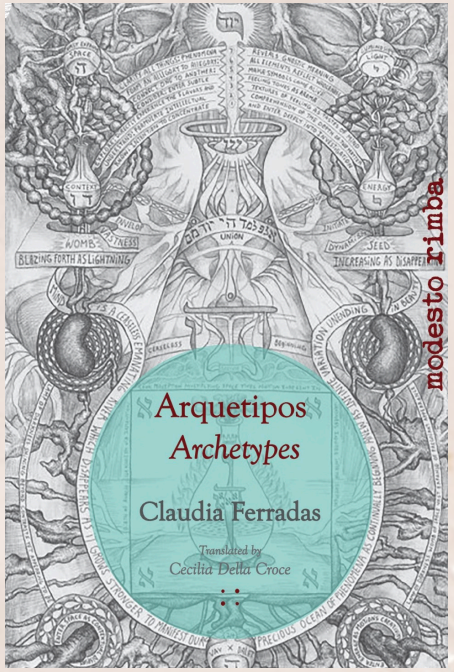
Calcinados.
Así habrán de encontrarnos.
Petrificados
bajo la lava
que nos habrá salvado de un destino de polvo.

Inventarán la historia
de nuestro abrazo fósil.
Hablarán de un volcán
y de sus erupciones.

Nunca sabrán
que excavando en secreto
encontramos la chispa prometeica,
que cada noche somos
una llama temblando entre las ruinas.







Claudia Mónica Ferradas es poeta, cantante y formadora docente con una extensa trayectoria internacional en más de 20 países. Vive en Buenos Aires, Argentina, donde ha ejercido como profesora de lengua y literatura inglesa durante años.

Es Magíster en educación y desarrollo profesional por la Universidad de East Anglia y Doctora en estudios de lengua y literatura inglesa por la Universidad de Nottingham, Reino Unido. Codirigió en cinco ocasiones el congreso sobre la enseñanza de la literatura en Corpus Christi College, Universidad de Oxford.

Claudia escribe poesía en castellano y en inglés y difunde poesía en su canal de YouTube. En sus presentaciones, pone en diálogo poesías y canciones. En su podcast *Palabras en escena* desarrolla temas relacionados con la poesía y el teatro junto a invitadxs especiales de esos campos de la cultura.

¿El huevo o el poema?

/Rubén Valle
Poeta argentino

Ojodrilos

Ojo con esas miradas
que te muerden
como los espejos que delatan
lo que tus ojos criban
Yo los llamo ojodrilos
Y a los ojodrilos hay que temerles
tanto como a las piedras
que no responden a la física
o a los amantes que se desentienden
de la química
Los ojodrilos son más efectivos
que el hambre y el olvido
Peores que un secreto o el óxido
Te comen sólo para saber qué gusto
tiene lo que tenés
acechando en la punta de la lengua.

Del libro *Ojodrilos*

Lo negro de la nieve

El azar te juega sucio
Los horóscopos deciden
por vos sin vos
La única teoría de las probabilidades
es improbable que pueda aplicarse
a tu cuadro de situación
Una bruja bien podría leerte
la mano nunca el corazón
En la borra del café
no sería extraño hallar pistas
de las mujeres que perdiste y te perdieron
El olvido es un ejercicio vano
Insobornable como el detective ciego
que por las noches te encuentra sin buscar
Y te dice: sólo los espejos pueden mirarse a sí mismos
No les preguntes ni a ellos ni a la intemperie
Ninguno te revelará lo negro de la nieve

Del libro *Lo negro de la nieve & otros poemas así*

El huevo o el poema

¿Cuál de los dos predijo el big bang,
su imperativa metáfora de lo posible?
¿Quién parió la primera muesca
y lanzó a la nada aquel berrido inaugural?
¿El huevo o el poema?
¿El poema? ¿El huevo?
Con ínfulas de esclarecido el poeta sentencia:

el poema siempre es el huevo
De él nace cada día una nueva Roma
Un camino para el cojo y el cimpiés
Una casa abierta a los diletantes
Y no pocas veces un decamerón
que vela y desvela nuestros sueños más sombríos
Es el poema quien prohija al amor
en pleno sturm und drang
y en el palimpsesto de lo desandado
bifurca a ciegas ese sendero por el que arriban
las preguntas y raras veces parten las respuestas

El huevo siempre es el poema.

Derecho de autor

¿Para qué la poesía si los barcos
no pueden volar a contramano,
Si la virgen no encuentra su adagio
en el inspirado beso del semental?
Crédulos (o no) los relojes
deberían ser pájaros y piedras a su modo
¿Por qué no camaleones de un solo color?
Cada poema una isla dentro de otra isla
Un libro desierto donde el náufrago se escriba a sí mismo
Y nosotros, meros bastardos del Dante,
espantapájaros de nieve en un infierno
que embriaga sus nueve lenguas en agua bendita
¿Para qué la poesía entonces
si la palabra no se desnuda en público,
unta las sábanas con su esperma negra
o copula con el mar dentro de una botella?
Es derecho de autor dejar
último en la fila entre paréntesis
al creador del tajo y la cicatriz
Hacer que el mundo vuelva a ser nuevo
e igual de cuadrado
Una hoja en blanco donde los ciegos lean
La poesía es la ley y también la trampa.

Del libro *Tu*

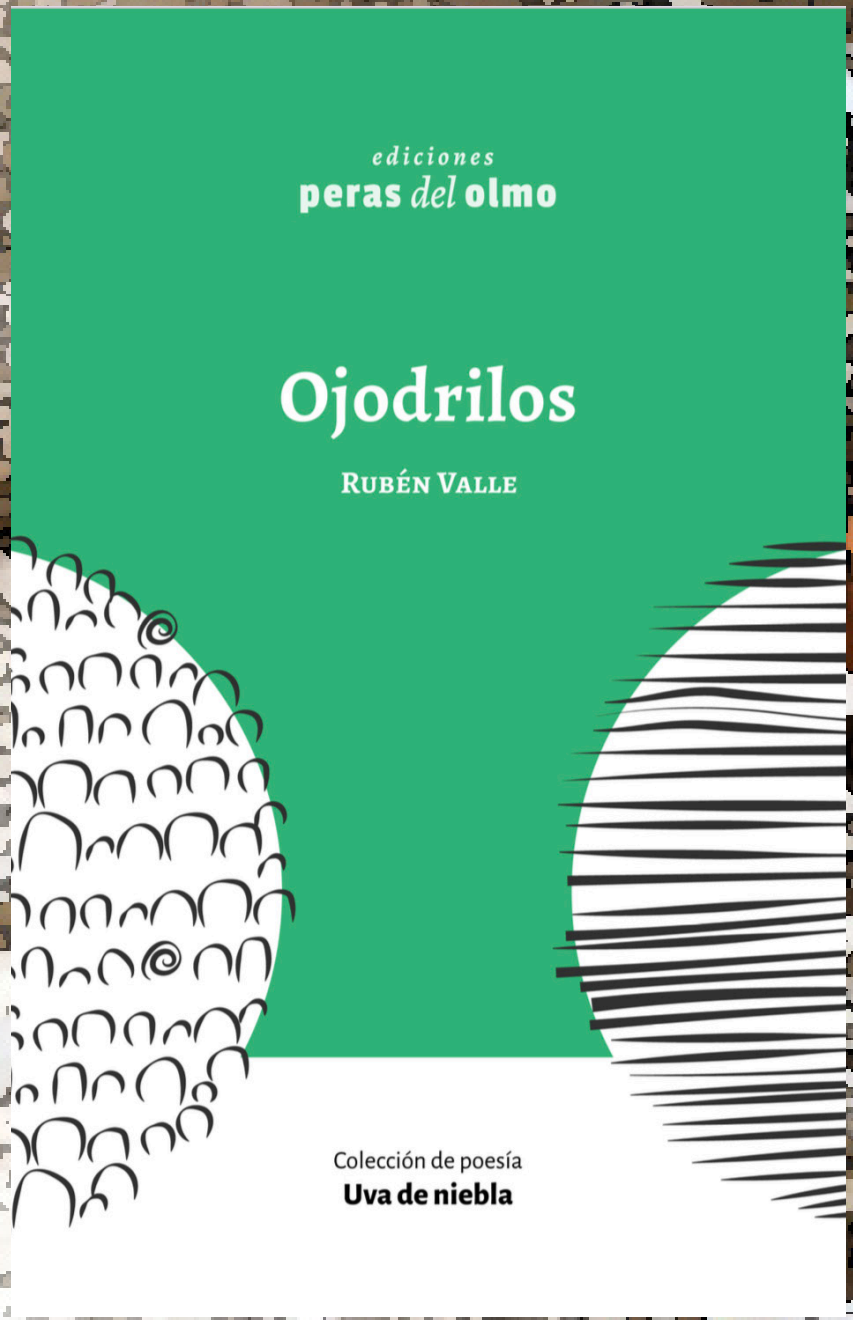
Vox populi

Paren las rotativas: contra todo pronóstico
fuentes confiables o letra muerta Dios no tiene guión
De ahí esta esquizofrénica improvisación que va del amor al odio
sin escalas, este pánico escénico de no saber cómo termina
la obra que nadie escribió o en qué momento aplaudir, reír o bostezar.
No tiene guión: ¡Dios improvisa! y le tiemblan las manos y vuelca el vaso (vacío) y
lee un libro en blanco que dice: Dios no nos quiere contentos*.
Y se enoja, golpea la mesa, tergiversa los espejos, pero no deja de improvisar, por
eso el telón cae antes de que el canillita iconoclasta vocifere
Acta est fabula / El espectáculo ha terminado* e irrumpa la muerte
a medio vestir y nos mande a todos al mismísimo diablo
o, ni él lo permita, a un insoportable cielo sin mujeres.

Del libro *La lengua del ahorcado*

Rubén Valle (Mendoza, Argentina)

Periodista, poeta y narrador. Ha publicado los libros de poemas *Museo Flúo* (1996), *Los peligros del agua bendita* (1998), *Jirafas sostienen el cielo* (2003), *Placebos* (2004), *Tupé* (2010), *Grietas para huir* (2013/2020, ebook), *Lo negro de la nieve* (2018), *La lengua del ahorcado* (2019) y *Ojodrilos* (2021). Fue miembro fundador del grupo parapoético *Las Malas Lenguas*. Desde 1997 hasta el 2000 dirigió la colección de poesía *La Mesita de Luz* para la editorial Diógenes. Sus poemas y relatos han sido publicados en medios de la Argentina, Francia, España, Brasil, México, Bolivia, Chile, Colombia y Rumania. Publicó los e-books de relatos breves *Desperté en el bosque después de haber soñado un bosque* (2013) y *La medida de lo posible* (2015). En 2020 lanzó la editorial digital *Peras del Olmo* con su libro de microrrelatos *Modo luciérnaga*. Como periodista trabajó en los principales medios periodísticos de Mendoza, entre ellos los diarios *Los Andes, UNO y MDZ*.


ediciones
peras del olmo
Ojodrilos
Rubén Valle
Colección de poesía
Uva de niebla

Poemas de Roberto Domínguez

/Roberto Domínguez
Poeta argentino

Isadora

Una poesía en sus pies descalzos
y el ritmo del universo agitando sus caderas,
donde la carne viva y el acto de sangre
impulsan el fuego.

Gira, creemos que vuela,
mensaje y armonía,
la música habla en su pulso.
Se trata de saber que sus piernas dormidas
son como un nido abandonado.

En el pasillo de Pere Lachaise
el viento ruge como un animal amordazado.

La foto

Mi padre muerto regresa en las fotos diluidas
desde donde nos mira, siempre joven,
y deja con nostalgia la mitad de sus sentidos.
Vuelve ahora con dos valijas llenas de niebla
de dichosa quietud, alejándose del olvido.

Y al marcharse de nuevo,
el corazón secreto de la noche
nos avisa de un perfume en los jardines velados
que quieren retenerlo.

Un tren pasa esta noche

Un tren pasa esta noche bordeando el cementerio de Brest.
¿Quién se acordará de mí?
El mundo está lleno de gente que desfila igual que los trenes
por la ciudad.
Alguien va a recoger estas líneas y decir mañana:
"este fue un mortal que amó la dignidad y las
contradicciones"
Que resistió a tantos días iguales
y se llenaba de devoción ante cualquier niño que le dijera
maestro.

Y vos Bárbara tal vez,
seguirás viviendo en la calle de Siam
pero no amarás como antes caminar bajo la lluvia.

Los trenes siguen pasando;
esta noche no habrá un lugar para mí.

La tumba de Sebastián Melmoth

Él abrió sin opción los cerrojos
de la moral de encajes y mentiras,
y arrojando su impiadosa palabra
se burló de las máscaras que lo aplaudieron.
Ahora está en la otra ciudad del barrio
donde se destaca en la marea de mármoles.

Ahí su sombra vive de inventarios
y restauraciones efímeras.
Algo asedia su descanso,
algo como la conjura de los besos.

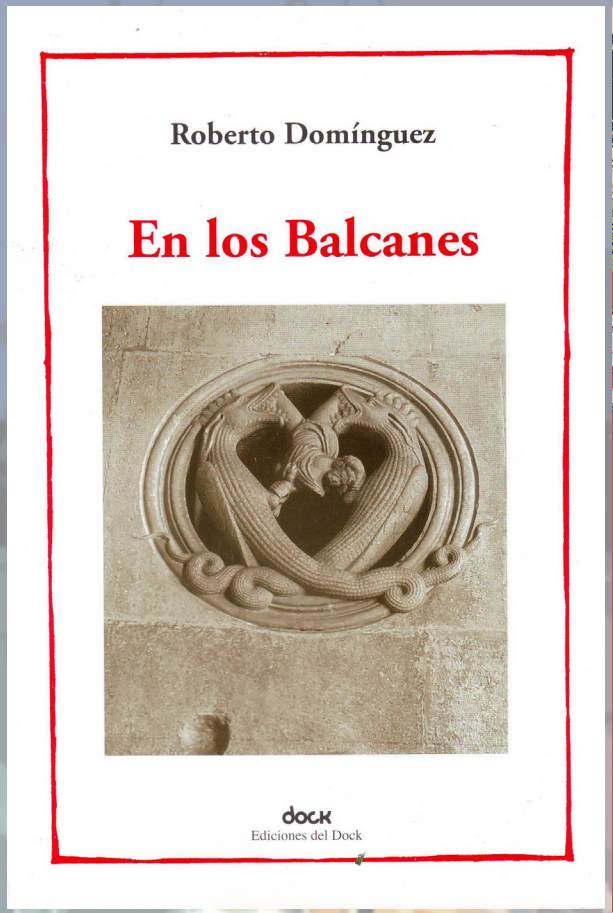
Junín 1700

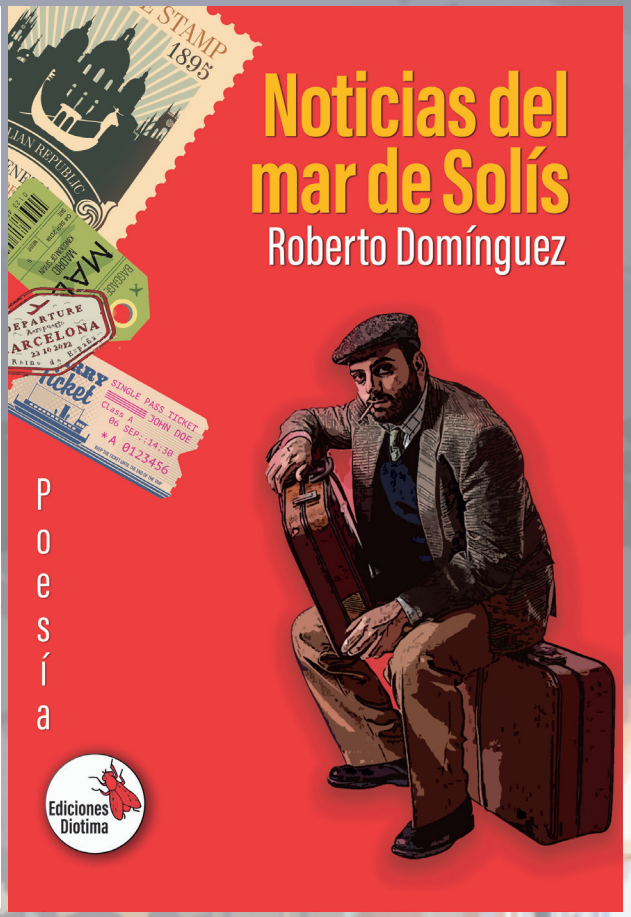
De este lado de la pared el paisaje no es para asombrarse:
mármoles tallados con palabras borrosas cubiertos por musgo,
algún pájaro errático vuela en el silencio.
Yo estoy aquí todavía. Creció el pasto entre las grietas
y las hojas tapan la losa en otoño.
Cuando la lluvia ingresa por los contornos
y el álamo desaparece con la noche, pienso en vos;
necesito que tu mano limpie los pétalos secos
y acaricie la foto amarilla de mirar antiguo.
Ahora solo soy tierra. Recuerdo apenas mi otra vida
y sueño que hay plantas rematando mi cráneo.

En el otro lado de la vida hay un hombre leyendo el diario
frente a un café que se enfría.

Desde la ventana ve las tumbas comunes
y el mausoleo cuarteado de algún prócer.
Cree en su eternidad por eso luego del desayuno
saldrá a correr.
Por ahora se enoja mientras lee que aumentó la
pobreza y su equipo hizo un papelón en el torneo.

Los muertos no tenemos nada para leer.
Solo las letras invertidas de las losas.





Nació en Quilmes (provincia de Buenos Aires). Profesor de Historia y Geografía, tiene postítulos en Gestión educativa y Cultura y Sociedad en América Latina. Trabajó en casi todos los niveles educativos, desde primaria a universidad, dedicándose los últimos años a la formación docente. Escribió libros y artículos de su especialidad. Participó en numerosos talleres y es asiduo concurrente a cafés literarios en la ciudad.

Fue columnista invitado en el programa L*a responsabilidad de la palabra,* del CENTRO PEN Argentina, emitido por Radio Zónica.

En poesía tiene publicados *La calle de los álamos* y *En los Balcanes,* ambos en Ediciones del Dock y *Noticias del mar de Solís*, Ediciones Diotima.

Ha participado en la *IV Antología Cómo decir* en la Convocatoria Premio Ruben Reches y en *III Convocatoria La Palabra que sana*, todos de Ed. Ruinas.

Entrevistas

Entrevistas

Sebastián Grimberg: entrevista / Ediciones Diotima
Elandamio, una gran editorial desde el Cuyo del mundo / Alejandro Frías

Sebastián Grimberg: entrevista

/Sebastián Grimberg
Escritor argentino

ED.: ¿Cuál fue la génesis o el germen creativo de *El guardián de los cerdos*?

Sebastián Grimberg: La idea de escribir esa novela surgió luego de la escritura de una crónica para una revista literaria. En ese texto describía mi primer viaje a Posadas, que había sido en El Gran Capitán, un tren que salía de la estación Federico Lacroze, en Buenos Aires y, entre dos y tres días después, según los aconteceres del viaje, llegaba a Posadas, Misiones. Había disfrutado mucho la escritura de esa crónica y entonces pensé en alargarla, intentar una novela.

E.D: La novela les da voz a varios mitos orales guaraníes. Quisiera preguntarte cómo lograste encontrar ese tono ancestral que revive, por escrito, la espontaneidad de esa enunciación tan antigua y, además, me gustaría saber si hiciste alguna investigación al respecto.

S.G.: En cuanto a los mitos guaraníes sí, investigué bastante. No fue fácil encontrar mitos verdaderos porque, como la transmisión es oral, en internet no aparecían más que historias de dudosa veracidad. Me puse en contacto con la Biblioteca Municipal y el Centro del Conocimiento de Posadas. Me mandaron registros de reducciones jesuíticas, diarios de viaje, un poco de todo; pero no encontré lo que buscaba. Finalmente hallé un libro de un antropólogo paraguayo que había vivido en comunidades Mbya guaraní y registrado varios de sus mitos.

La construcción de la voz también llevó su tiempo. Miré videos de comunidades Mbya guaraní, pero siempre hablaban, por supuesto, en guaraní. Al final armé una voz tomando un poco del jopara (que es la mezcla de guaraní y español que suele hablarse en Paraguay) y del español paraguayo, usando palabras en guaraní y buscando en eso cierta musicalidad, que se dio, en principio, por la repetición.

E. D.: Entre otras cosas, la novela aborda el tema de la paternidad como dilema, por una parte y, por la otra, se pregunta por la herencia familiar en el sentido de si es determinante o no para un sujeto. ¿Cómo ves estos temas y por qué decidiste escribir sobre ellos?

S. G.: Creo que la idea de paternidad (porque en la novela, para el personaje no pasa de ser, hasta el momento, una paternidad fantaseada) tiene, dentro de todos sus posibles sentidos y contradicciones, ese pendular entre mandato social o familiar (que puede transformarse, por qué no, en un deseo personal genuino) y la libertad o el individualismo (quizá también da vueltas por ahí la biología, por qué no). Puede haber un deseo de ser padre que quizá tiene que ver con la historia familiar, con los discursos sociales, con la construcción de la identidad que ha realizado una persona; pero también es cierto

que la paternidad (si es ejercida, por supuesto) trae consigo una serie de limitaciones a la individualidad, a la realización personal. Es renunciar a tiempo y deseos propios en pos del cuidado de un otro. Claro que todo tiene su contrapartida, si bien puede haber pérdida por ese lado, también está la posibilidad de abrirse a nuevos sentimientos, de extenderse uno mismo en el vínculo con otra persona más allá de lo que imaginaba. En algún sentido, creo que la paternidad amplía un campo de experiencias: abre las puertas a un amor desconocido, permite disfrutar, a partir de la empatía, de cosas que uno no disfrutaba o había dejado de hacerlo y, también, trae temores, temores que ya no se ciñen a uno mismo.

La herencia familiar creo que condiciona, porque es una historia que nos han contado, que nos contamos a nosotros mismos, y en la que jugamos un papel, pero no creo que determine; nuestras elecciones no están guiadas, únicamente, por la historia familiar.

E.D.: La novela tiene suspenso. ¿Cómo trabajar ese recurso de la literatura con un personaje que se funde con el paisaje, digamos, para no adelantar nada, como lo haría una hoja en el viento?

S. G.: No creo que haya alguna técnica universal o grupo de técnicas a implementar. O sí, las hay, se pueden identificar, pero yo no pienso esas cosas en abstracto o de manera teórica, los voy aplicando, en todo caso, según se desarrolle la historia que estoy escribiendo. Si bien, como decís, hay cierto dejarse llevar del personaje, cierto estatismo, creo que el suspenso está en la pregunta de cuánto tiempo alguien puede permanecer en esa situación o cómo va a salir de ella, además de algunos peligros inminentes, reales o imaginados, que dan vuelta por ahí.

E. D.: Hablemos del paisaje. Hay un apego a la exactitud, poética incluso, de la descripción del entorno y la construcción del mundo de la novela. ¿Cómo concebís el equilibrio de un texto entre acción y descripción?

S. G.: Supongo que ese equilibrio dependerá de cada texto. En esta novela no creí haber sido tan descriptivo... Mirá, si pienso ahora en los lugares en que fui descriptivo en la novela, creo que esas descripciones están para crear cierta atmósfera o para intentar transmitir sensaciones del personaje (aparte de ser el escenario donde se desarrolla la acción, claro). Entonces, la descripción en estos casos no es una descripción "porque sí", por "la belleza del lugar" o de la descripción en sí misma, sino que está al servicio de la trama. Eso, entiendo, es lo que hace que no se torne en algo pesado o aburrido (a mí leer mucha descripción porque sí me agota).

E. D.: El personaje se siente incluido en algo más grande que la genética o la herencia cuando el Taita, en una ronda, le transmite algunos mitos guaraníes. Vos sos psicólogo, ¿en qué medida los relatos, las tradiciones, las historias familiares, constituyen a Julio o a nosotros mismos, si vamos al caso?

S. G.: Es una pregunta que no sé bien por dónde empezar a responder (risas). Antes había comentado que las historias familiares y la fami-

lia en sí (ahí podemos incluir los mitos, las tradiciones, todo el universo social en que está incluida esa familia y que la familia nos "filtrará" a su manera particular, durante el proceso de socialización) nos condicionan, pero no nos determinan... Creo que va por ahí un poco la cosa. Estamos insertos en una serie (o en muchas series) familiares y sociales que nos van construyendo (somos "hablados") pero, a la vez, llega un momento en que nosotros también podemos elegir –no nos pongamos a pensar hasta dónde es "libre" o no esa elección– qué cosas tomar de las que nos ofrece la familia y la sociedad. No sé si en algún momento termina la construcción de la identidad o si es un proceso que dura toda la vida. Pensando en la novela, en particular, Julio no está contento con la identidad que construyó (o que vislumbra) a partir de su historia familiar, y va en busca de otra con la que pueda sentirse más cómodo o menos conflictuado. Puede ser que una posibilidad aparezca a partir de su encuentro con Manuel, con el Taita y con un universo (el de la mitología guaraní) que le resulta más ameno que el suyo.

E. D.: Cuando conversamos en otras oportunidades, comentaste que tenés varios textos inéditos. ¿Trabajás en varios libros a la vez, los dejás descansar? ¿Qué condiciones debe reunir un texto para que sientas que puede ser publicado?

S. G.: No recuerdo haber trabajado en varios libros a la vez, al menos no lo hago actualmente o no lo hago con libros que lleguen a término. Quizá hubo momentos en que aparecían cuentos que iba escribiendo al tiempo que seguía una novela, pero no suele ser lo usual. En general, para escribir necesito estar centrado con exclusividad en la historia que vengo siguiendo. Digamos que persigo una historia y para eso la debo tener presente de manera constante. Eso me da pistas de por dónde seguir y, cuando me siento a escribir, no hago más que narrar lo que ya tenía en la cabeza o que esbocé en algún papel, si es que no hubo tiempo de agarrar la computadora.

Dejo descansar los textos, creo que es algo elemental para poder tomar distancia y, luego, sin esa efervescencia propia de la escritura, evaluar eso que se escribió y ver si funciona o no, qué debería reescribirse, ampliarse, suprimirse. Luego de eso, es fundamental tener otras miradas. Suelo tener tres o cuatro personas en cuyas miradas confío y a quienes les envío los textos. Después de las devoluciones, veo cómo seguir con lo que escribí.

En relación con sentir que un texto pueda ser publicado, hoy te diría que tiene que conformarme a mí en primer lugar. Supongo que la experiencia me dio la capacidad de darme cuenta de si algo que escribí vale la pena o no –tengo montones de cuentos y novelas, enteros o a medias, que sé que no funcionan y descarté hace rato–. Entonces, el texto me debe conformar a mí y, después, claro, debe haber una editora o editor a quién entusiasmen y tenga ganas de publicarlos.

E. D.: Me encanta la voz de tus narradores, en los cuentos, en las novelas. Hay un estilo muy tuyo, pero también una interesante variedad de ritmos, de tonos, incluso la velocidad y la sintaxis es rica y variada... ¿Cada tema exige un

tipo especial de narrador? ¿Qué aparece primero en tu caso, la voz, el narrador, la trama? Y otra cosa: el estilo. Decía Barthes que viene dado por el cuerpo, por la biografía. ¿Qué pensás? ¿Es algo que se elige, viene dado, se encuentra?

S. G.: No sé si cada tema exige algún tipo de narrador en particular, sí entiendo que, muchas veces, te encontrás con un cuento (esto me pasa al dar clínicas, talleres) y te das cuenta de que esa historia quizá funcionaría mejor desde tal o cual punto de vista o narrada por un personaje determinado o en otro tiempo verbal, etc., –esto de encontrar el narrador apropiado aparece en los manuales de escritura o en las listas de recomendaciones para escribir que hay por ahí– pero, en mi caso, supongo que es más intuitivo. Casi nunca pienso quién o desde dónde hay que escribir tal cosa, yo escribo; se me ocurre algo y me largo a escribir. Puede ser que, luego de ese primer boceto, cambie el narrador. "El guardián de los cerdos", por ejemplo, tuvo muchas versiones en primera persona para, finalmente, pasar a tercera; pero suelo ser intuitivo. En ese sentido debería pensar que primero aparece una posible historia a escribir, luego una trama, empiezo y, después, voy revisando esa trama. Al menos así pasó en las últimas novelas.

El estilo. Una vez escribí un artículo que se llamaba "La voz del narrador". Lo que decía ahí, creo, puede aplicarse al estilo. En esa nota comparaba el aprendizaje del habla del niño con la escritura. No hay otra manera de aprender a hablar que no sea por imitación y esa imitación siempre será particular, con el tono, cuerpo, etc., de ese hablante preciso. Creo que en el caso de la escritura es parecido. Los primeros intentos de textos narrativos van a ser, invariablemente, imitando algún o algunos textos que nos hayan quedado dando vueltas. Pero esa primera imitación va a ser, de todas maneras, desde la particularidad de ese escritor o escritora, con su "voz", con su manera característica de imitar, por decir así. Habría entonces algo individual y particular desde el inicio y, a medida que se avanza en diferentes lecturas, se van incorporando más y más modelos y voces; dejamos de identificar los ecos de esas escrituras en las nuestras. Esos ecos siguen persistiendo (esa multiplicidad de imitaciones), pero siempre va a ser con nuestra propia impronta, desde nuestra particularidad. Diría entonces que la voz o el estilo se construyen de manera involuntaria.

Sebastián Grimberg: Narrador y psicólogo. Ha recibido premios y menciones en diversos concursos. Sus cuentos figuran en antologías, revistas literarias y diarios como *Axxon, Crepúsculo, Ficcionario, Próxima, La Balandra* y *Página/12*. En 2019 su libro de cuentos inédito *Como un ancla* obtuvo una primera mención en el Premio Fundación El Libro 2018/19. Ha publicado los libros de cuentos *Cada siete segundos* (Editorial Conejos, 2014), galardonado con el segundo Premio Municipal de Literatura Ciudad de Buenos Aires, bienio 2014/2015; *La mirada del asesino* (Editorial CFI, 2015), Premio en Letras de la Bienal Federal 2013 del Consejo Federal de Inversiones, y las novelas *La guerra de los secadores* (Editorial DLG, 2021); y *El guardián de los cerdos* (Editorial Indómita Luz, 2022), para cuya escritura obtuvo en 2017 una Beca Creación del Fondo Nacional de las Artes. Este año, su libro *Los perros*, obtuvo el Tercer Premio en categoría Cuento del Fondo Nacional de las Artes.

Elandamio, una gran editorial desde el Cuyo del mundo

/ Alejandro Frias
Desde Mendoza

Especialmente dedicado a la poesía, pero no exclusivamente, este proyecto, llevado adelante por Damián López trabaja desde 2007 ampliando los márgenes del mapa literario argentino.

Pese a las dificultades que en la actualidad plantean aspectos como el precio del rol y la distribución, por nombrar solo dos, el panorama de la literatura argentina es muy bueno, y un papel importante en esto lo cumplen las editoriales pequeñas, autogestivas, independientes o como quiera denominárselas, tema que puede ser debatible en otro momento.

Ahora bien, uno de los elementos a tener en cuenta, y de manera muy relevante, a la hora de considerar como muy bueno el panorama de nuestra literatura está en la proliferación de editoriales que se animan a los grandes desafíos, es decir, a enfrentar la lógica del mercado, a publicar literatura que está fuera de los circuitos que convalidan, a buscar en los márgenes (y no tanto) esas otras formas de decir que escapan a la centralidad.

Una de esas experiencias editoriales se desarrolla en la provincia de San Juan. *Elandamio* ediciones nació en 2007 apostando tanto a la publicación de poesía como a formatos no tradicionales. En un comienzo, la mayoría de sus libros eran hechos con tapas de cartón, pero con el tiempo se animaron a impresiones rústicas, pero siempre desde una estética que caracterizara a la editorial. Así, desde el 2017 la editorial renovó el catálogo, y alcanza al momento 48 títulos, entre los que se cuelan algunos otros géneros, además de que en los últimos años realizan convocatorias periódicas para incrementar el catálogo.

Damián López es el responsable de *Elandamio*, y con él dialogamos para conocer más este proyecto que hace un gran aporte al mapa literario de Argentina.

Para comenzar, te pediría que caracterices la editorial.

Yo tengo el berretín de que *Elandamio* es una editorial "a la vieja usanza": hay un editor que olfatea, busca, sostiene, reúne, propone y, sobre todo, paga. No creo que eso sea bueno o malo. Cuando empecé tenía el sueño de tener un taller tipográfico en el fondo de mi casa, con una prensa Gutenberg y todo, pero era un modelo insostenible (en mi vida y en San Juan). *Elandamio* es la editorial que puedo tener, pero también la que quiero tener. En cuanto al formato, hay una estructura sustentable (con mucho esfuerzo), hay un trato honorable con lectores y autores, hay un catálogo construido con mucho celo y minuciosidad. Y eso impacta en la materialidad de los libros, que se imprimen en tiradas cortas pero industrialmente, o sea que hay una posibilidad de distribución pero no masiva, e imprimir afuera me per-

mite enfocarme más en eso, en el trabajo con los autores y el movimiento del libro. Ahora, merced a mucho trabajo y esfuerzo, hay un camino recorrido, y *Elandamio* es reconocida como un espacio serio. Eso, para una pequeñísima editorial de la periferia de la nación, es un montón.

Decís "Pequeñísima editorial" y a mí me suena al menos escaso ese calificativo, porque estamos hablando de un sello que tiene un catálogo con muchos títulos y varios años de trabajo. ¿Cómo están posicionados en San Juan?

Tal vez lo de "pequeñísima" sea mi manera de mantener el ego a raya, o de reconocer que hay un volumen alto (la cantidad de títulos), pero también hay un volumen bajo, que es el de tirada. Muchas editoriales apuestan a invertir la ecuación y enfocan sus esfuerzos en que sus menos títulos tengan un mayor alcance. No creo que un planteo sea "superior" al otro. Este es el que elijo. Justamente, tu pregunta pone de manifiesto la gran paradoja de quienes producimos literatura (sea escribiendo o editando) desde las periferias: el tema del reconocimiento en el propio lugar. Yo no siento que tenga una editorial "sanjuanina", "para San Juan" o "de San Juan" en el sentido en que el anclaje geográfico (yo vivo en San Juan) es lo único que tal vez trasciende como "sanjuanino". Eso y la sorpresa que se lleva la gente cuando ve la calidad de los libros y los de poetas y se enteran de que los edita un nadie a 1200 kilómetros de la Capital. Eso, el no querer "parecer" de ningún lado tiene un impacto en la imagen, en el reconocimiento, en el "éxito" local. Porque si yo no estoy particularmente enfocado en editar autores sanjuaninos (aunque lo hago cuando creo que vale la pena), si no estoy intentando participar todo el tiempo en eventos (ferias de diseño, lecturas, etc.) con la editorial, si no me propongo estar en todos los espacios locales donde se vendan libros, entonces, obviamente, la editorial no va a estar "posicionada". Aun así, creo que la editorial se conoce (en San Juan no somos tantos tampoco) y los lectores van creciendo.

¿Cuál es la situación comercial del libro en San Juan?

Y... la situación del libro en general no es de lo mejor, como en muchos lugares del país. Tenemos la franquicia de rigor donde se venden los best-sellers y, por suerte, algunos libreros muy comprometidos con la buena literatura y un lindo mercado de usados con varios libreros de oficio con los que se puede conseguir material muy bueno, prácticamente inhallable. El caso del libro autogestivo en particular es peor, porque depende de otros factores y de otras políticas. Para que el libro autogestivo prospere, es necesario que haya fuertes apuestas desde lo educativo a la construcción de un público lector. Necesitamos que la literatura regional y contemporánea (y la poesía particularmente) tenga un lugar en los espacios curriculares de Nivel Primario y Medio, en la Carrera de Letras, que se enseñe literatura con un aparato crítico que les proporcione herramientas a los lectores. Para colmo, yo tengo una editorial en San Juan que rara vez publica autores sanjuaninos, entonces tampoco es que tengo un "público cautivo" en la otra cuadra ni que

apunte a ese público: otro berretín que tengo es que *Elandamio* sea una editorial, a secas, sin ningún tipo de adjetivos que la orienten (diría: "Las editoriales sanjuaninas no existen", parafraseándolos a ustedes). También hay, como en todos lados, propuestas de empresas que trabajan con un circuito que no involucra al lector: les venden a los autores sus propios libros. Supongo que les irá bien, porque siguen trabajando, y eso debe significar que los libros se venden. Por suerte, después de la pandemia, la gente quedó acostumbrada a comprar por internet, no solo lo que conoce, sino también propuestas nuevas. Yo diría que estamos frente a la posibilidad de pensar un nuevo modelo de producción y distribución para los libros. Antes estábamos apenas ante la necesidad. Pero eso también depende de fuertes políticas, porque debemos repensar las lógicas de envío, nuevas liberaciones impositivas para el libro (no solo en el precio final), un marco legal para el libro como lo hay para la música y el teatro, etc.

Bueno, me dejás picando varios temas, pero voy a retomar solo dos. El primero es eso de "parafraseándolos a ustedes", y acá debemos aclarar que ese "ustedes" se refiere a mendocinos y mendocinas, y creo que quien lea esta entrevista merece que le expliques el porqué de eso.

Bueno, les cuento (como si fuera de allá, jaja). En Mendoza hubo una hermosa librería empeñada en difundir el trabajo de pequeñas editoriales autogestivas y promover actividades literarias en la ciudad. Uno de los lemas que acuñaron en una de sus tantas iniciativas fue "la literatura mendocina no existe". Esto no era, pienso yo, un llamamiento a negar la calidad de las producciones literarias de Mendoza, como hacía Luca Prodan cuando decía: "El rock es en inglés", sino más bien un intento de reflexionar sobre el anclaje geográfico como garantía de una forma literaria específica. Mendoza ha producido escritores de fama internacional, como Di Benedetto o Bodoc (que era santafesina pero literariamente era mendocina, digamos), y su literatura, de "mendocina" no tiene nada, es literatura y punto. ¿Influyen en la obra las condiciones sociopolíticas asociadas al lugar de nacimiento/residencia? Totalmente, y eso es algo que todo el tiempo debemos sostener como bandera, sobre todo frente a los centros hegemónicos, que nos imponen maneras, lecturas y concepciones que son naturales para esos espacios, no para todo el territorio nacional. Pero de ahí a decir que una literatura debería definirse y, sobre todo, posicionarse en ciertos espacios por su lugar de procedencia, puede ser peligroso. Entonces yo no digo que tengo una editorial sanjuanina, digo que tengo una editorial, y punto. Si hay interés, podemos hablar de los desafíos que implica editar desde el Cuyo del mundo, pero eso es otro asunto.

El otro tema sobre el que me gustaría ahondar es respecto de la posibilidad de pensar un nuevo modelo de producción y distribución del libro. Más allá de las necesidades políticas y de revisión del mercado, ¿cómo encaran desde *Elandamio* esta reconceptualización a la que te referís?

¿Cómo la encaro? Estudiando, aprendiendo y debatiendo.

También, reflexionando sobre cómo han resuelto las otras industrias culturales los desafíos que nosotros atravesamos, para ver hasta qué punto pueden "importarse" algunas lógicas. Estamos, como sociedad, digo, en intentos aislados y un poco subterráneos de generar un marco legal para el libro, como lo hay para el teatro con el INT y la música con el Inamu, pero el camino por recorrer todavía es mucho. Veremos qué pasa. En lo práctico, cada editorial autogestiva lo va resolviendo como puede o le parece mejor: hay editoriales artesanales que solo trabajan con librerías que les compran en firme, las editoriales de LIJ distribuyen de forma más tradicional, porque sí o sí les conviene imprimir en tiradas de miles, por el alto costo material, entonces el PVP de los libros de LIJ es más alto, y eso está más aceptado socialmente. Hay editoriales que solo venden por internet o se han asociado y tienen una librería, como La Coop. Hay muchos modelos, cada uno con sus fortalezas y debilidades. Creo que lo más importante es encontrar un marco legal que solucione estructuralmente el desafío de las pequeñas editoriales, que es, por un lado, el costo material del libro en pequeñas tiradas, y por otro, la falta de políticas que estimulen la lectura de literatura contemporánea y les pongan un freno a las impresiones masivas de las corporaciones, que tienen también un altísimo porcentaje de descarte y desecho.

Si bien publican otros géneros, entiendo que el fuerte de *Elandamio* es la poesía. En una entrevista, hace un tiempo, decías que valoraban mucho la poesía que desestructuraba la palabra (o algo similar, no recuerdo bien el término que usaste). ¿Podrías explayarte sobre esto?

"Una actitud de sospecha hacia el lenguaje" es la expresión, choreada impunemente de Barthes. Tengo la sensación de que siempre se han buscado "garantías de poeticidad": cuando la poesía rimaba, había gente que creía que escribía poesía porque rimaba; cuando la poesía se volvió objetivista, hubo gente que creyó que escribía poesía porque enumeraba cosas al azar. Lo mismo pasa con lo ideológico: en algún momento fue poesía porque era sentimiento, protesta, nihilismo, activismo. Pero, en definitiva, y le guste a quien le guste, la materia prima de la literatura es el lenguaje. Nada más. Si no, no existiría *Madame Bovary*, que es narrativa sobre nada, puro artefacto. Y la poesía es la versión más extrema de eso. Creo que pensar la literatura desde ese lugar me permite sostener la diversidad en el catálogo, porque me importa poco y nada la "temática" de la obra o la postura del autor: tiene que estar bien escrito. Mejor dicho, tiene que demostrarme que no se conforma con lo que hay, que detrás de cada palabra hay una decisión, una intención. Cada dos por tres me llega alguna propuesta: "Este libro te va a interesar porque trata de..." o "Este libro es importante porque toca tal o cual tema". ¿Y si probamos con que esté bien escrito, aunque sea una vez? Hasta he publicado cosas de personas con quienes no estoy ideológicamente de acuerdo, pero que escriben bien. En todas las artes está el planteo de que hay géneros que sí y géneros que no, y el planteo de que en todos los géneros hay buenas

y malas expresiones de cualquier género. Con la poesía pasa lo mismo: hay gente que escribe bien y gente que no o, mejor dicho, hay gente que busca la poesía en donde podría estar y gente que busca la poesía en lugares donde no va a estar nunca. Una carnicería no es una carnicería porque es un local con heladeras que dice: "Carnicería" en la puerta, ni un gaucho es un gaucho porque es un señor con bombachas, botas y sombrero. Son cosas necesarias, pero deben ser implementadas teniendo en cuenta una lógica profunda que, como tal, es siempre elusiva.

¿Cómo ves el actual panorama de la poesía sanjuanina en particular y la argentina en general?

No creo que diga nada novedoso, pero hay de todo, y eso, en cierto sentido, está bien. Yo no estoy en contra de ninguna forma de concebir la literatura. Lo que sí me preocupa, desde siempre, es la poca necesidad de teorizar, de investigar, de debatir. En cuanto se "asume" una estética, o una postura ideológica, se pasa a pertenecer a un grupo prácticamente impermeable, donde todo está bien adentro y todo está mal afuera. A veces pareciera que nos da miedo reconocer que otro puede tener razón en algo con lo que en principio no estamos de acuerdo. Más allá de las estéticas, me preocupa la endogamia. Hay gente (escritores y editores) que tiene toda una "estructura de legitimación" armada y no les interesa en lo más mínimo entrar en diálogo con otros puntos de vista, aceptar críticas, aceptar que su obra toma estado público y que no todo el mundo está obligado a celebrarla. Gente que desestima argumentos ajenos como "opiniones", incluso de gente a la que supuestamente respeta (¿sabés la cantidad de gente que me dice: "Te mando mi obra porque respeto tu opinión" y después me deja de hablar porque "mi opinión" no es la que querían?). Entre la corrección política, el vacío de las redes sociales, el relativismo a ultranza o el nihilismo pospospospospos-moderno, es cada vez más difícil sostener una idea de literatura que, como toda idea, incluye algunas cosas y excluye otras. Las ideas son necesarias, y para que las ideas existan deben templarse, pulirse, reformularse constantemente. Eso no se logra rodeado de gente con la que uno está 100% de acuerdo. Hay que debatir, trenzarse. Espacios educativos descomprometidos y medios de comunicación ausentes tampoco ayudan. Eso también es parte de por qué tengo una editorial: generar, torpemente y con limitaciones, un espacio de pertenencia para la gente que trabaja la palabra, que está embarcada en una búsqueda, que no se conforma con el lugar común, que quiere laburar y que acepta que su obra se completa en un otro.

Hace unos días te sumaste al debate en torno al costo del papel y el de la publicación, pero haciendo hincapié en que quienes escriben parecen quedar fuera de la consideración del costo de un libro. ¿Podrías exponer tu posición al respecto?

En este episodio puntual, para mí es muy claro que el autor no está incluido, porque la reflexión está apuntada a la materialidad del libro (algo que muchos autores no tienen interés en considerar). Como

dije en un posteo, hay muchos otros actores que no están incluidos, porque su participación económica en el circuito del libro no está anclada en el costo material, sino en el Precio de Venta al Público (PVP). La lucha de los autores por una mayor estabilidad salarial y seguridad previsional es muy justa y la apoyo, no solo como editor, sino también como autor. Pero creo que, si no la pensamos en términos de un planteo mucho mayor, es poco probable que prospere. Seguramente alguien se enoje con esto que voy a decir, pero yo creo que, en sí mismo, el lugar que ocupa el autor en el total del precio del libro no es tan malo: si el costo material del libro representa el 25-30% del PVP, que el autor reciba el 10% no es tan injusto. El problema es cómo esa cifra se combina con otras realidades: la falta de políticas que estimulen la lectura y la producción/circulación de literatura local, la falta de protección a las editoriales autogestivas frente a las grandes corporaciones, los porcentajes aceptados para distribuidoras y librerías (sobre todo las cadenas de librerías), la imposibilidad de las editoriales de sostener un circuito de distribución basado en la consignación y las rendiciones semestrales. Y la realidad más compleja de todas: lo queramos o no, la ganancia del escritor no está vinculada a su "oficio", a cuánto invirtió en talleres o cuánto tiempo se demoró en escribir esa novela o ese libro de cuentos. Dicho más simple: la escritura no se puede cuantificar en términos económicos (como sí se puede cuantificar el papel, la tinta, la maquinaria). Y, en cierto sentido, es mejor que así sea, porque la idea de ser un escritor asalariado, un escritor estatal, subvencionado, ya ha sido ensayada con muy malos resultados. También es cierto que la situación del autor no es diferente a la de cualquier otro emprendedor, en tanto hay una persona que crea un producto y un mercado que puede o no aceptarlo. Sabemos que en esa lógica el mercado está "intervenido" por intereses corporativos y el gusto está construido y orientado, lo que significa que no siempre es la calidad lo que determina el éxito. La situación es por demás compleja, y requiere un debate transdisciplinario y continuo.

Volvamos al trabajo de *Elandamio*. Están en librerías muy puntuales en algunas provincias. ¿Cómo manejan la distribución?

Hay una realidad: con tiradas muy cortas y márgenes de ganancia estrechos, es casi imposible sostener un modelo tradicional de distribución en librerías. Sobre todo cuando la mayoría de las librerías no le da un espacio protagónico a la poesía editada en "el interior". Entonces, los libros que se venden poco se venden menos, y se dañan en el proceso, entonces los tenés girando durante años para que te los devuelvan llenos de tierra o maltratados de otra forma. Tampoco ayuda tener 14 laburos y 15 minutos al día para exigir rendiciones, llevar cuentas, etc. Yo prefiero apostar a la paciencia, al encuentro con el lector, a las ferias y a la venta por redes sociales. No es un modelo "exitoso" en términos de volumen, pero nada en la poesía lo es. También es cierto que, para bien y para mal, yo no pretendo que la editorial genere ganancias; me basta con que

no sea un estrepitoso fracaso. El caso de las "puntuales librerías" tiene más que ver con el respeto que tengo por esos proyectos, no porque realmente me resulte rentable o deseable.

Una de las proclamas de *Elandamio* es la de formación de redes para el trabajo editorial. ¿Cuál es la experiencia de la editorial y cuáles son las proyecciones?

Yo tengo la sospecha de que los que trabajamos de la misma manera somos muchos, y los que apostamos a soluciones estructurales y colectivas, todavía más. Entonces podemos crear redes de trabajo. En principio, tiene que ver con socializar todo lo aprendido por cuenta propia: si voy a una feria, ofrezco dar talleres, generar charlas, en espacios pautados o desde la mesa de libros. Si posteo en redes, no son poemas sueltos o "promociones", sino preguntas, reflexiones, textos que abren charlas. Si conozco a alguien que está empezando, le tiro ideas, me ofrezco a ayudar, le miro lo que hace (si me lo pide) y nunca me pongo en plan "mirá, pibe". Si puedo entablar un diálogo con alguien que está en lugares a los que me gustaría llegar, trato de escuchar, de aprender. También tiene que ver con moverse colectivamente: si tengo cerca proyectos que tiran para el mismo lado del carro, trato de involucrarme, difundiendo, colaborando, generando acciones colectivas. La experiencia, la verdad, suele ser positiva, pero el egoísmo y la mezquindad siguen existiendo, y se hace difícil a veces pensar espacios plurales y colectivos. También por eso trabajo absolutamente solo en la editorial, para bien y para mal. Lo cierto es que la gente que edita literatura nueva, marginal, experimental o lo que sea que no da un mango, está acostumbrada a remar en poxirán, a seguir a pesar de las adversidades, y estaría buenísimo que tuviéramos espacios estructurados para compartir experiencias y esfuerzos, espacios que nos permitan saber claramente qué pedir y a quién, juntos.

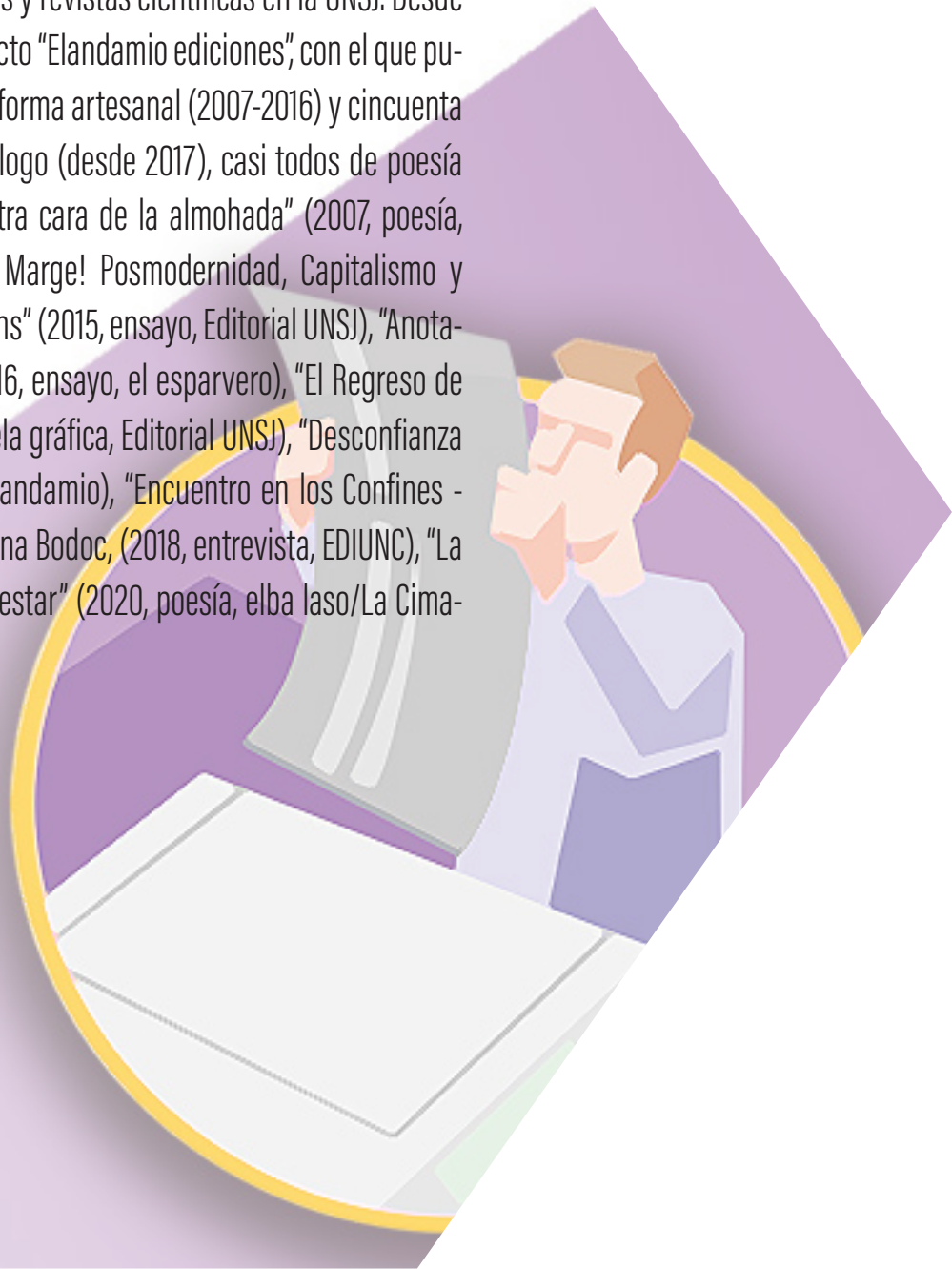
Alejandro Frias trabaja, en la actualidad, como periodista cultural y editor. Conduce los programas radiales "Canas al Aire" y "La Isla Encendida", en Radio Noticias Mendoza. Como editor, se desempeña de manera independiente.

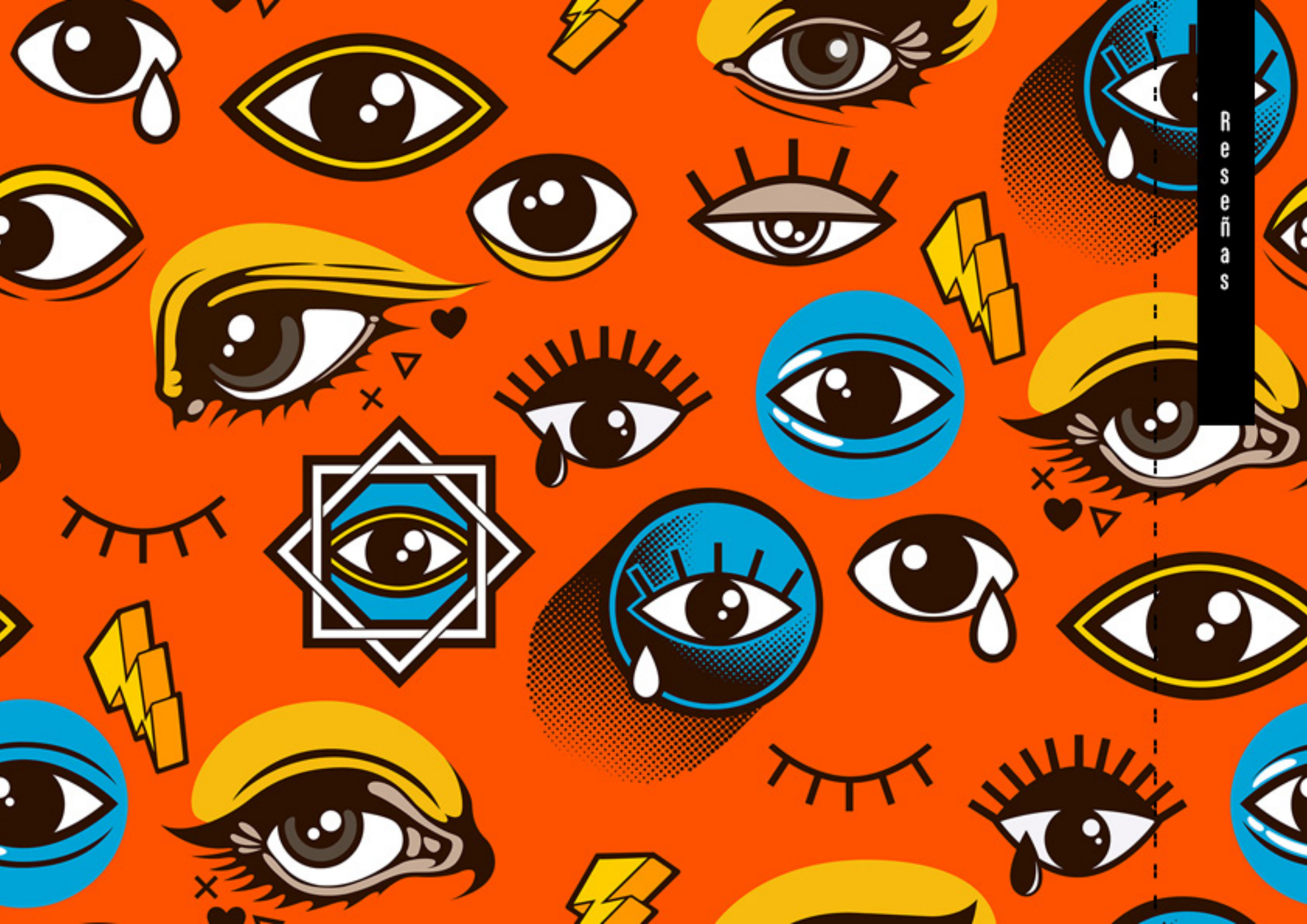
Ha publicado los libros "Serie B" (2004, cuentos), "Todos los chicos" (2007, cuentos), "Los mataperros" (2015, novela), "Habitación 945" (2019, cuentos) y "Barro de domingo" (2021, novela en coautoría con Daniel Fermani).

Entre 2019 y 2022 fue el responsable editorial de Ediciones del Retortuño y, entre 2015 y 2019, dirigió Ediciones Culturales Mendoza, el sello dependiente del Ministerio de Cultura de esa provincia, cargo desde el que creó la Librería Pública Gildo D'Accurzio, una experiencia única a nivel nacional, ya que allí solo se venden libros de autoras y autores mendocinos, además de realizarse actividades de difusión y divulgación de la literatura provincial.

Entre sus actividades anteriores se pueden mencionar la codirección de las revistas *Serendipia* y *Poslodocosmo*, la participación en publicaciones como *Gogol, Diógenes, Ran Sin Tolueno* y ***La Quinta Pata***; la realización de columnas literarias en las radios Andina, La Mosquitera, MDZ y Radio 2, entre otras, y trabajar como periodista en los diarios *El Sol* y *MDZ Online*. Ha participado con colaboraciones en los diarios *El Zonda* (San Juan) y *El Diario de Carlos Paz* (Córdoba).

Damián López nació en Rosario y vive en San Juan. Es licenciado en Letras y trabaja como docente, coordinador de talleres literarios y editor de libros y revistas científicas en la UNSJ. Desde 2007 insiste con el proyecto "Elandamio ediciones", con el que publicó cuarenta títulos de forma artesanal (2007-2016) y cincuenta títulos en su nuevo catálogo (desde 2017), casi todos de poesía argentina. Publicó "La otra cara de la almohada" (2007, poesía, elandamio), "¡Cámbiale, Marge! Posmodernidad, Capitalismo y LIteratura en The Simpsons" (2015, ensayo, Editorial UNSJ), "Anotaciones incendiarias" (2016, ensayo, el esparvero), "El Regreso de los Patriotas" (2016, novela gráfica, Editorial UNSJ), "Desconfianza crónica" (2017, poesía, elandamio), "Encuentro en los Confines - Conversaciones con Liliana Bodoc, (2018, entrevista, EDIUNC), "La clave está en saber contestar" (2020, poesía, elba laso/La Cimarrona).




Reseñas

El aroma de la comida de la infancia, la rispidez del clima, la voluntad de escapar lo más lejos posible / Gonzalo Ciaño

El aroma de la comida de la infancia, la rispidez del clima, la voluntad de escapar lo más lejos posible

/ Gonzalo Ciaño

"La casa quedaba en un pueblo de pescadores retirado de la ciudad, una punta de arena que entraba en el mar como un colmillo". Así empieza recordando la narradora de la última novela de Margarita García Robayo. Una mujer joven nacida y criada en un pueblo de pescadores huye a más de cinco mil kilómetros y se refugia en un departamento de Buenos Aires. La propuesta, en principio, no es otra que una vida sencilla, en el seno de una cotidianeidad para muchos de nosotros conocida o al menos identificable: peleas con una amiga, un trabajo de freelance que no cumple con sus expectativas pero le sirve para cubrir necesidades, un jefe con el que mantiene una relación que pendula entre lo profesional y lo personal, constantes conflictos de lo más domésticos con sus vecinos, un novio al que por momentos no logra entender, la propia ambición irresoluta.

Margarita García Robayo nació en Cartagena (Colombia), en el año 1980. Escribió las novelas *Hasta que pase un huracán, Lo que no aprendí, Educación sexual* y *Tiempo muerto.* Su libro de cuentos *Cosas peores* obtuvo el Premio Literario Casa de las Américas (2014). Su obra ha sido traducida al inglés, francés, portugués, italiano, danés, chino, entre otros idiomas. Vive en Buenos Aires y es una de las voces más potentes de la literatura contemporánea.

A partir de este escenario, la narradora de estas páginas invoca recortes de su infancia y de la crianza de su madre, traídos a ella por las habituales encomiendas que le envía su hermana desde el exterior: dibujos, fotos viejas, comida que se pudre en el camino. Una memoria que la narradora busca dejar atrás, pero que la comunicación por videollamada con su hermana logra poner en jaque.

El equilibrio propio del conflicto generalizado sucumbe ante la última de las encomiendas: una caja de gran tamaño que contiene, podemos interpretar, a su propia madre, con quien la narradora dice no hablar desde hace años. En la génesis de esta novela, García Robayo nos invita a ser parte de la historia, a narrar nuestras propias conclusiones. Una enorme duda sin explicación que nos hace buscar una respuesta, ya sea en el realismo o en el fantástico a la posibilidad de que una señora mayor viaje más de cinco mil kilómetros dentro de una caja. ¿Está efectivamente ahí? De los motivos se encargará la propia escritora.

"Para hablar de mi madre tendría que remontarme al origen de los tiempos: el caos, la oscuridad, la ausencia de lenguaje y de sentido."

Lo cierto es que, más allá de los lugares a los que nuestra imaginación de lectores nos pueda llevar, la frescura y la verosimilitud del mundo construido por la autora de *La encomienda* nos obliga, inexorablemente, a incorporar esta aparición, tan visceral como fantasmagórica, como un hecho de lo más probable. A partir de ello se constituirá una convivencia familiar pero silenciosa, cálida pero espectral, y desde donde se abrirá un vórtice en la vida interior de la protagonista. Cada uno de los aspectos que conforman su rutina entrará en ebullición y serán observados y analizados desde el prisma de una hija que necesita comprender a su madre para, quizás, comprenderse a sí misma.

"Con qué rapidez se hace pedazos la cáscara de la rutina.

Cualquier rutina, por sólida que sea, es arrasada por lo imprevisto".

A través de las 191 páginas que conforman la novela, podremos ser espectadores privilegiados de las meditaciones de una narradora que, como ya mencionamos, se encuentra en disputa en todos los frentes de batalla que la vida misma propone: el hogar, el trabajo, la amistad, el amor, la familia. El cinismo conformado a partir de una profunda sensibilidad es el punto de partida para la construcción de una voz intimista, que busca comprender, con el pasaje de los días como marco, su propio mito de origen, la figura de la madre como el germen en su infancia que la trajo hasta el presente.

La vida cotidiana se convertirá, entonces, en la excusa perfecta para preguntarnos por los sentidos más naturales, pero al mismo tiempo inciertos de nuestra existencia. Con una precisión de razonamiento abrumadora y una dulzura ácida en cada una de sus palabras, la autora colombiana será capaz de hacernos sentir que esta novela no es otra cosa que un fiel retrato de la realidad, aun cuando el margen de lo posible se desdibuje frente a nuestros ojos.

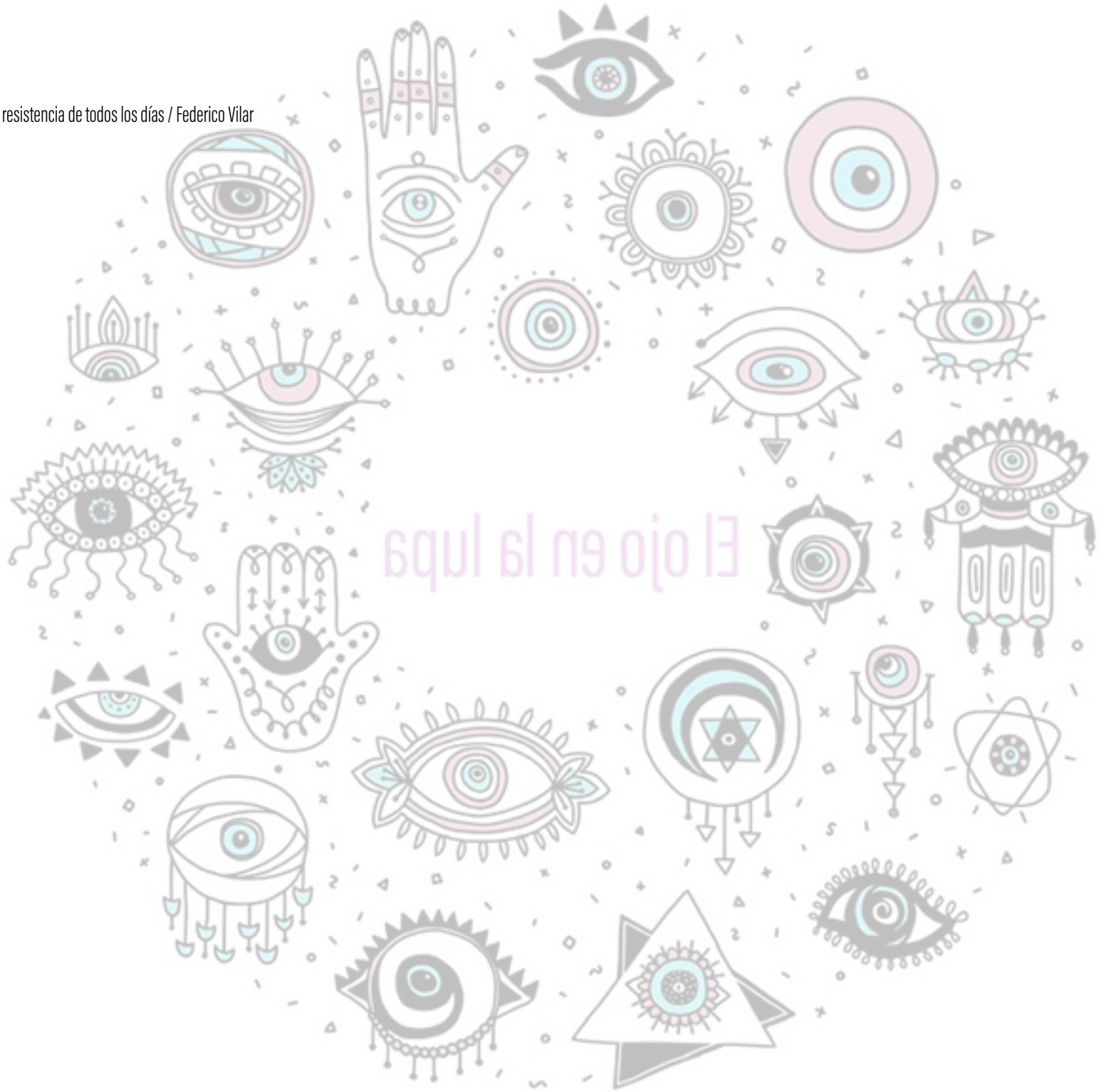
García Robayo, Margarita (2022). *La encomienda.* Barcelona, EDITORIAL ANAGRAMA S.A.

Gonzalo Ciaño (1995) nació en Buenos Aires. Estudió Ciencia Política en la UBA. Asistió a talleres literarios con Mariela Puzzo, Elsa Drucaroff y Luciano Lamberti.

El ojo en la lupa

El ojo en la lupa: opinión

El fin de la generación X o la inútil resistencia de todos los días / Federico Vilar



El fin de la generación X o la inútil resistencia de todos los días

/Federico Vilar

Opinión

Esto no es un ensayo sociológico ni pretende serlo. Tampoco una nota con humor, de tipo irónico. Pero sí es pertinente aclarar que, demográficamente, los seres humanos nos dividimos en generaciones y que, entre los Baybyboomers (nacidos en los años 50) y los popularmente conocidos millenials (que nacieron a fines del siglo XX), se encuentra la generación X. Caracterizados como holgazanes, cínicos y desafectos, son los niños desatendidos en la era de la TV y los primeros destinatarios y adictos a Internet. Aunque el término fue popularizado por el escritor Douglas Coupland, lo cierto es que fue utilizado por primera vez a principio de los años 50, en un ensayo del fotógrafo Robert Capa. Y hasta aquí, la introducción.

Si tuviera que escribir una nota sobre mi generación, pondría música de fondo de Nirvana, de Pear Jam o de Alanis Morissette. Voces quebradas que se quejaban todo el tiempo: revoltosos, disconformes. También dejaría correr cintas de VHS para que el encanto sea perfecto: Trainspoting, Reality Bites o –para no caer en los extremos– un melodramático Forest Gump.

Crecimos expuestos a un mundo que cambiaba y se volvía más grande. Algunos se animaron a subir en ese último tren. Otros, simplemente, se quedaron afuera. Como Humprey Bogart esperando a Ingrid Bergman en una nube de carbonilla: ese tren se hizo pequeño a medida que se alejaba y pronto se perdió para siempre. Una generación siguió a la otra y pronto descubrimos que estábamos solos, sentados en un banco del andén, recordando cosas que nos mantenían vivos a fuerza de nostalgia.

Si esto fuera un estudio científico, nos centraríamos en estadísticas o en los usos y costumbres que caracterizan a las personas nacidas en distintas épocas. Eso nos tiene sin cuidado. Para nosotros, que crecimos viendo la tecnología apoderarse de todo, con transmisiones vía satélite, las primeras teles por cable y muchas horas de MTV, el análisis empieza en otro lado, sin duda.

El ruido de los disparos, que pusieron fin a la vida de Cobain o de Foster Wallace, es apenas un eco distorsionado. De la música que escuchábamos en CD o en cassettes, y que hoy sería una antigüedad, no queda nada. En esos años, las primeras traducciones al español de Raymond Carver cambiaban la literatura para siempre, mientras Juan Forn fumaba encerrado en una pequeña oficina y sacaba a la luz talentos nuestros, nacidos y criados al abrigo de una X que los señalaría para siempre: aquí habría que citar a Mariana Enríquez y decir que “bajar es lo peor”, pero pronto habría más, mucho más. Desde los talleres de Abelardo Castillo o de Liliana Heker, el viejo panteón daba lugar a los nuevos: Martinez, Casas, Schweblin, Garces, Ramos, Oliverio Cohelo y Cucurto, entre tantos; marcaban el fin de un milenio y el comienzo de otro, dando luz a una

nueva narrativa: renovada y maravillosa.

Eran los primeros años del 2000. Todavía guardo en la retina la cabellera extensa de Alanis girando enloquecida sobre el escenario. Era la época del Hard Rock Café y de las radios se concentraban en los 40 principales. Desde esas radios, Pergolini, Di Natale y De la Fuente, trataban de renovar los aires caprichosos del éter. El modelo exitoso de la Rock and Pop fue tan contundente que pronto las emisoras copiaron y mejoraron el formato. Para entonces, el presidente huía en helicóptero y nuestro mundo se desmoronaba, una vez más.

El cine de autor fue declarado en peligro de extinción. Las grandes producciones de chatarra habían ganado un espacio que ya no devolverían, y las salas se convirtieron, muy fácilmente, en ambiciosos proyectos donde solo importaban el mejor sonido y la imagen con mayor resolución –hasta lo imposible–, para mostrarnos el mismo refrito de siempre: sin argumento. Algo se había roto y, para encontrar las verdaderas joyas, había que sumergirse como un buzo de Java, aguantando la respiración, en festivales o en proyecciones del INCA, que intentaba mantener vivo un arte a fuerza de respiración automática.

El último disparo se escuchó hace algunos años, en un apartamento de Detroit. Chris Cornell ponía fin a su vida y eso nos recordó, por absurdo que parezca, que aún estábamos vivos.

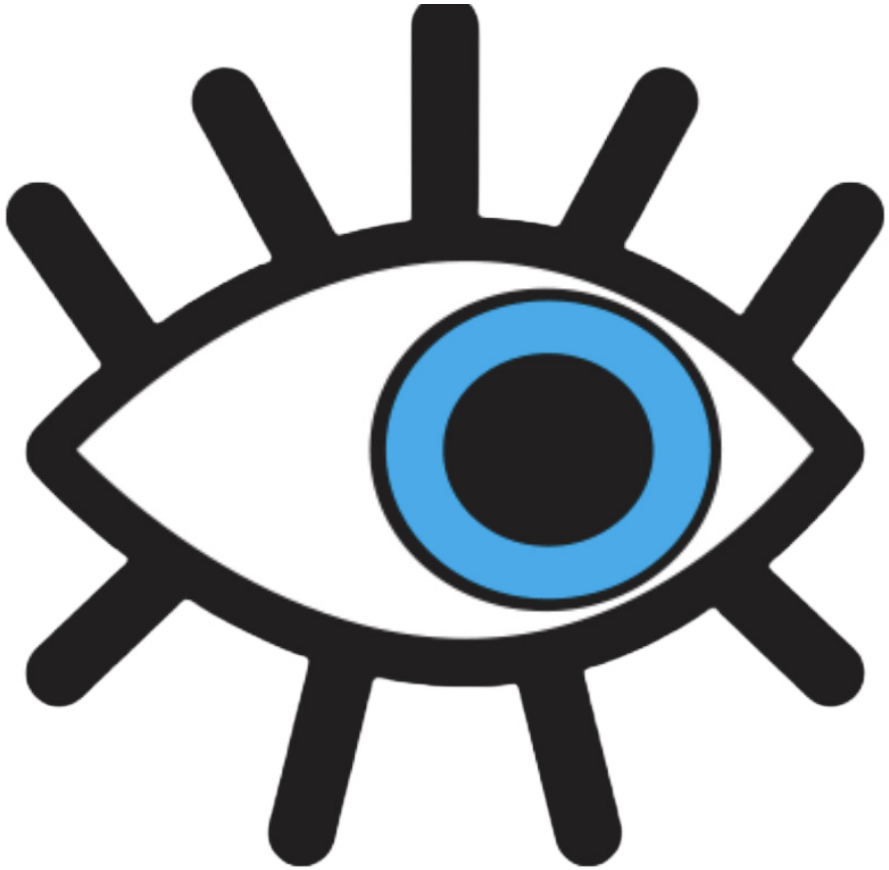
Algunos, los mayores, se acercan- vertiginosamente– a los 70 años. Otros, los últimos, ya pasamos los 40 y convivimos con la idea de que el tiempo no pasa en vano. Las cabelleras largas y los pantalones rotosos pasaron hace mucho. Las chicas con vestidos floreados y anteojos de sol redondos son una rareza retro. Si nos miramos desde lejos, sin compasión, podría decirse que somos una imagen grotesca. En la calle, empezaron a tratarnos de usted, comenzamos a ir muy seguido al médico y a las farmacias; y la gente mucho más joven se hizo con las plazas y los pasillos de la universidad. Ni siquiera tuvimos premio consuelo. Fuimos despojados, del mismo modo que los anteriores.

Ahora nos aferramos a las películas que juzgan pasadas de moda, escuchamos música de antes, porque la de hoy no nos conforma, compramos golosinas en tiendas que se encargan de reproducir el pasado. Pero no hay forma. Pronto una nueva generación llegará, para dar su golpe de suerte a esa que nos destronó un día. Creo que de eso se trata el paso del tiempo.

Sin embargo, me resisto a dejar de pensar en los colores del cabello de Kate Winslet en el *Eterno resplandor de una mente sin recuerdos*, sigo escuchando “Smale Like of Spririt” y leo *Catedral* con la esperanza de encontrar una seña.

Y lo cierto es que no hay nada. Ni siquiera el eco de nosotros mismos.

Nací en Gualeguaychú en 1981 y viví por muchos años en la ciudad de La Plata. Aunque mis padres habían soñado una brillante carrera de abogado, la verdad es que terminé inclinándome por la escritura. Publiqué en algunas antologías y revistas literarias; hice taller con algunos escritores que admiro, como Samanta Schweblin o Luciano Lamberti. Actualmente, preparo la edición del que será mi primer libro de cuentos.



El ojo de Diotima es una producción de Ediciones Diotima que se distribuye gratuitamente entre los suscriptores de la editorial.

Para recibirla en tu correo, suscribite en este enlace: